

# *El corazón que mira al sur*

**Isabel Ruiz de Francisco**  
**José Luis Correa Santana**  
**Directores, compiladores y editores**



**Universidad de Las Palmas de Gran Canaria**  
**2001**



*El corazón que mira al sur*

Isabel Ruiz de Francisco y José Luis Correa Santana (Directores,  
compiladores y editores)

El corazón que mira al sur / Isabel Ruiz de Francisco y José Luis Correa  
Santana.-Las Palmas de Gran Canaria: Universidad, *Peritia et Doctrina*,  
2001 - 217 p.  
ISBN: 84-95792-06-0

© Cada autor de su artículo

Las Palmas de G. C. - Depósito Legal: G. C.

Fotografía de la portada: aportación de M<sup>a</sup> Dolores Machado Marrero

Fotografías del interior: aportaciones de los autores del artículo

Diseño de portada: Isabel Ruiz de Francisco

Impreso en España

# *El corazón que mira al sur*

Isabel Ruiz de Francisco  
José Luis Correa Santana  
Directores, compiladores y editores



*Peritia et Doctrina*  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria  
2001

*Lanzarote 2001*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>254802</u>
N.º Copia <u>675686</u>



## ÍNDICE

Prólogo	11
<i>Textos de Peritia et Doctrina</i>	
Águeda Pérez Ramírez	19
Agustina Quintana Martín	40
Alfonso Rodríguez Cabo	44
Alfredo Alonso Ramírez	37
Ana Marta Flores Medina	47
Antonio Torres Rodríguez	50
Aurora León Báez	56
Benjamín González Araña	58
Candelaria Ceballos Pérez	62
Carmen Balaguer Ramos	64
Carmen Rodríguez Jiménez	66
Celsa M <sup>a</sup> . González Ramírez	68
Clemente Santana Martín	42
Covadonga Pérez Megido	70
Dolores Galán Lafuente	31
Domingo Cruz Socorro	72
Eloísa Rodríguez Alejandro	77
Elvita Quintero Ayala	79
Enrique Miguel Sosa Jiménez	82
Eugenia Sánchez Muntañola	86
Eugenio Tacoronte Santana	90
Felisa Cocero Polo	95
Francisco López Rodríguez	98
Gaudencio Gil Delgado	107
Hortensia Báez Pérez	110
José Suárez González	111
Josefa Sansó Puga	113

Josefina Verdú Jover	118
Juan Antonio Mata Álvarez	120
Juan Munguía Santana	123
Julián Naranjo Ojeda	131
Julio Melián Suárez	29
Jutta Klose Hitschfeld	137
Lorenzo Lang-Lenton Machado	140
Mª del Carmen Oramas Tolosa	142
Mª del Carmen Santana Morales	146
Mª del Pino Cabrera Bermúdez	23
Mª Dolores de Santa Ana Cardenes	148
Mª Dolores Machado Marrero	150
Mª Dolores Martín Ferrera	153
Mª Dolores Martín Perdomo	155
Mª Isabel López Santos	156
Mª Rosa Pulido Gutiérrez	161
Manuela Estupiñán Croissier	164
María F. Casillas Pérez	168
Mary Carmen Bello Doreste	25
Matilde Díaz Pérez	172
Pilar Gómez Rodríguez	176
Raquel Campomanes Nieto	180
Rita Teresa Domínguez González	183
Rosa Mª Rodríguez González	197
Rosario Bermúdez Rodríguez	201
Rosario Bordes Benítez	204
Rosario García Cuyás	27
Sebastián Cruz Rodríguez	33
Soledad Deogracias Gómez	207
Venancio Monzón Rivero	209
Cualquiera (anónimo castellano)	212

## **PRÓLOGO**

## **PRÓLOGO**

Cuentan los chinos —que de todo han sabido siempre antes que cualquier otra civilización— que un hombre se hace viejo cuando, en el pecho, le laten con más fuerza los recuerdos que las esperanzas. Hemos tenido ocasión, en los últimos tiempos, de refrendar esa antigua filosofía. Porque la obra que aquí presentamos, *El corazón que mira al sur*, nace esencialmente de la memoria, pero también de la ilusión de un buen número de jóvenes estudiantes mayores de cincuenta y cinco años. Un grupo de jóvenes espontáneos, frescos, de talento inquieto y esperanza intacta. A quienes firman todos y cada uno de los artículos que siguen a estas páginas aún les queda mucha tela que cortar.

Cuando, hace ahora tres años, los rectores de *Peritia et Doctrina* nos propusieron hacernos cargo de una asignatura en este animoso proyecto, no tardamos en comprender las posibilidades que se nos presentaban. Acostumbrados como estábamos a trabajar con niños en colegios e institutos y, posteriormente, con jóvenes en las aulas universitarias, nos pareció que la idea de enseñar a —y aprender de— un conjunto de alumnos y alumnas de estas características iba a resultar profundamente motivadora. No teníamos idea, entonces, de hasta qué punto. Nada más conocer a nuestros nuevos estudiantes avanzados, nada más pasar con ellos diez minutos en un aula, advertimos que estábamos ante un reto

poderosísimo: había en ellos —sigue, sin duda, habiendo— un ansia por descubrir, una curiosidad latente, una imperiosa necesidad de atraparlo todo. Detrás de cada explicación que les dábamos, se escondía siempre un nuevo interrogante. Enseguida descubrimos una enorme energía que amenazaba con expandirse e inundarlo todo. Así que decidimos aprovecharla. Sólo necesitábamos una coartada.

En la primavera de 1999 Las Palmas andaba engalanada con fotografías antiguas, en blanco y negro, retratos en color sepia, imágenes cálidas llenas de insinuaciones y de encanto. El eslogan de aquella campaña —no recuerdo bien a qué venía— era algo así como «descubre un amor». Y nos lanzamos a plagiarle la iniciativa al Ilustre Ayuntamiento de la ciudad para reconducir esa energía de la que hablábamos. Nada hay más poético, nada más evocador que los recuerdos de infancia. Les propusimos, pues, a nuestros estudiantes que bucearan en el desván, en las buhardillas, en los arcones, en las cajas de zapatos, allá donde no habían estado en tantos años. Habían de buscar una fotografía, cualquier fotografía, que lograra traerles un recuerdo, cualquier recuerdo. Y así nació *El corazón que mira al sur*. No intentaré explicar el título del libro. Baste saber que nos lo sugirió una canción que oímos un día a Mercedes Sosa («nacé en un barrio donde el lujo fue un albur, por eso tengo el corazón mirando al sur») y nos pareció que encerraba todo lo que queríamos evocar.

El lector de esta obra podrá comprobar, a poco que se esmere, que la falta de experiencia narrativa de muchos de sus autores — para casi todos, éste es su primer intento— queda sobradamente compensado con la frescura, la autenticidad y la honda emoción con que está escrita cada página. Alguien podría, incluso, creer que la mano de los editores está detrás de todo el trabajo. Nada más lejos de la realidad. Nuestra labor, si bien compleja y ardua, se ha limitado(?) a poner en orden los deberes de cincuenta y ocho estudiantes para quienes, por entonces —nos consta que, en tres años, eso también ha cambiado—, un programa de ordenador estaba más cerca de un misterio diabólico que de otra cosa. El resto es mérito de los autores. Allá cada quien con su propia memoria.

El único consejo que me permito darle a quien se disponga a leer estas páginas es que se libre de prejuicios y de tópicos. Si espera encontrar aquí un hatajo de recuerdos ñoños y sensibleros, si busca una colección de retazos melancólicos y sombríos, si pretende una colección de melindrosas cursilerías, le conviene dejar este libro donde lo encontró. El único amago de nostalgia lo hallará —y hay en ello la profunda convicción de un aprendiz de editor— en esta presentación. Lo demás es pura y simplemente la vida.

La mayoría de los textos que se presentan aquí evocan unos años difíciles, años intensos en los que vivir, sólo vivir, ya era una aventura. Eran malos tiempos para la lírica y haberlos convertido en

un libro como el que ahora prologamos es mérito innegable de sus protagonistas. Casi todos ellos hablan de la ciudad de Las Palmas, de barrios señeros, de calles empedradas, de tiendas de aceite y vinagre. Hablan de un río que ya no existe, de puentes que no están, de parques que fueron. Hablan del sol, del cielo, de la lluvia de entonces. Pero también hay retratos de otros pueblos cercanos: de Telde, de San Mateo, de Santa Lucía, del Valle de los Nueve, de Cueva Grande. Y otros algo más distantes pero igual de entrañables: La Laguna, Granada, Barcelona, Campo de Cuéllar o Ponferrada. Cuentan muchas historias que son la misma historia: una infancia feliz, a pesar de que algunos se empeñaran en agriársela; una juventud dulce, aunque alguien se propusiera amargársela.

Cuentan la misma historia en múltiples anécdotas. No obstante, quisiera tomarme la licencia de rescatar un par de ellas. Son dos ejemplos que, por sus connotaciones tan hondas y conmovedoras, podrían ilustrar al lector acerca de lo que va a encontrarse. Les invito a que lean con detenimiento el relato de María Eugenia Sánchez en el que evoca su odisea desde Filipinas hasta Canarias. Y, sobre todo, la estremecedora historia de la niña Jutta Klose, huyendo de la guerra. Repito: si alguien espera hallar «cosas de viejos» en este libro, desengáñese. Hay más juventud, más lozanía y más vida en estas páginas que en cualquier otro lugar.

José Luis Correa

**TEXTOS DE *PERITIA ET DOCTRINA***



## **Memoria breve de mi ciudad**

**Águeda Pérez Ramírez**

*Me asomo al mar en la playa de siempre y me vuelvo para mirarte, cerrar los ojos y el soplo marino ayudan a reconstruir un paisaje de gente y lugares ya sólo posible en el recuerdo. Eres cusi irreconocible, tu estampa apenas si encaja en el puzzle de la memoria...*

Añoro mi niñez, mi barrio, su gente, la familia, ¡era todo tan sencillo! Las casas terreras o de dos plantas, con los patios interiores llenos de flores, el rinconcito de la "pila" del agua, plagada de culantrillo que refrescaba sólo de mirarla

Los vecinos eran personas agradables, cercanas, muchas veces una prolongación de la familia, casi nadie era extraño, se sentía el calor humano; las personas nos saludábamos, los pequeños pedíamos la bendición a los mayores, había un respeto y una educación que hoy aprecio más que nunca, quizás por la carencia de todo esto.

Un sentimiento común y que está definitivamente perdido en esta ciudad nuestra de hoy es el de la seguridad; poder dejar las puertas de las casas abiertas en la confianza de que nadie iba a cruzar el portal con malas intenciones pertenece ya al patrimonio de

lo vivido, un privilegio de una época que cada vez menos podremos contar.

Con esa tranquilidad cotidiana era normal ver reunidos, en las noches de verano, sentados en las puertas de sus casas a familias y vecinos, conversando. Los chiquillos aprovechábamos para jugar en la calle, porque ¡se podía jugar en la calle! Conversar y jugar en la calle, dos pilares sobre los que se podría reconstruir esta ciudad; se jugaba al coro, la conga, al teje, al escondite, a "apallollo" o hacíamos teatro.

Recuerdo las tardes en que, después de salir de clase, nos íbamos a la playa de las Canteras, ¡siempre he vivido cerca de ella!; y el colegio también estaba en la playa justo en la puntilla donde hoy está el club de vela.

En la actualidad sólo queda el nombre de la maestra en el paseo de "Librada Alvarado" y el recuerdo de los que, a regañadientes, calentábamos sus pupitres deseando salir para irnos a la playa con la merienda; entonces no estaba masificada; la arena era limpia y tan rubia que con el sol hacía hasta daño mirarla; allí junto a un mar transparente y tranquilo nos poníamos todas las amigas a construir casitas de arena, jugábamos al clavo, hacíamos hoyos que nos cubrían...

Había otro lugar de recreo en, la Isleta, mi barrio: La Plaza de España, hoy Plaza del Pueblo, estaba muy bien cuidada, se esmeraba

en ella un guarda, "Sr. Leandro", que a su vez hacía de jardinero; me acuerdo de unos girasoles enormes y unas flores preciosas que nadie se atrevía a tocar pero sí a contemplar

Los días de Reyes todos los niños del barrio acudían a la Plaza de España con los juguetes, hoy le suelen dar un retoque antes de las municipales, para seguir siendo lo que todo el año: un mercadillo de la droga.

Una alternativa de ocio, no menos importante y que yo creo que en lo lúdico, marca la época, era el cine. Los domingos, a las tres de la tarde, todos los primos y amigos íbamos a la "matiné ", que así se le llamaba en aquel tiempo; costaba cincuenta céntimos, media peseta, y con la otra media nos comprábamos golosinas.

Al cine que más fui, era uno muy famoso: el Teatro Hermanos Millares, ubicado donde hoy está el Hotel Imperial Playa; fue muy célebre y una joya en su época; otro tributo que pagó esta ciudad en beneficio del "boom" turístico.

El lugar preferido para pasear las muchachas y muchachos, ya no tan niños, era el Parque Santa Catalina, sobre todo los días de salir. Santa Catalina era en esos días un rincón de la ciudad especialmente encantador, lugar de encuentro de casi toda la ciudad, proporcionaba en aquellas tardes grandes dosis de romanticismo a los jóvenes que lo visitaban. Muchos de estos sitios que a mí antes me atraían, hoy son fríos y no me dicen nada; quizás, pese a que son

mayores y modernas sus instalaciones, les falta un elemento que no consigue el más brillante de los arquitectos: el calor humano.

## **Gratas añoranzas de mi infancia**

**M<sup>a</sup> del Pino Cabrera Bermúdez**

Nací un nueve de noviembre de mil novecientos treinta y ocho, en el seno de una familia de clase media baja. A los tres meses del matrimonio de mis padres, vinieron a vivir a casa tres sobrinos paternos que habían quedado huérfanos. La llegada al mundo de mi persona fue acogida con verdadera alegría por todos, sobre todo por mis progenitores, que deseaban una niña.

Nací en la calle Pedro de Vera, nombre tan vinculado a la conquista de nuestras Islas y que tan mal recuerdo ha dejado a lo largo de nuestra historia. Vivía en aquel tiempo, se puede decir, en el centro de nuestra ciudad. Cerca estaba el Parque de San Telmo, el Muelle de Las Palmas, donde había un busto del escritor Pérez Galdós muy deteriorado por estar tan cerca del mar. También estaba muy próximo el *Frontón de Las Palmas* y la calle Triana, vía principal de la ciudad, donde estaban los principales comercios y, también, donde se paseaba.

Recuerdo la existencia de una heladería con unos helados riquísimos y adonde, de vez en cuando, me llevaba uno de mis primos a comprarme uno. ¡Qué rico! Este primo mío, como un hermano, me sacaba de paseo y me acercaba a la *Droguería*

*Espinosa* y a una perfumería que se llamaba *Salón Rosa*. Donde hubiera escaparates, allí nos parábamos . Y yo, con mi media lengua, decía: “¡Ya!, ¡tanta *coñona!* (colonia)”. Él, con eso, se reía muchísimo.

Mi infancia fue feliz dentro de las posibilidades de mi casa. Cuando tenía seis años, nació mi hermano. Volviendo a pensar en el Parque de San Telmo, recuerdo también la iglesia del mismo nombre, mi parroquia. El mar llegaba hasta donde hay ahora una parada de taxis en la Avenida Marítima. Allí había un gran muro que servía de rompeolas. Allí nos asomábamos y, cuando la marea estaba alta, el agua nos salpicaba. ¡Cómo me divertía!

¡Dios mío, cómo ha cambiado mi ciudad!

## ***Rincones de mi niñez***

### **Mari Carmen Bello Doreste**

Varios rincones de la isla de Gran Canaria y de la ciudad de Las Palmas fueron los sitios donde jugaba durante mi niñez, al ser de una familia numerosa y tener muchos tíos y muchos primos. Recuerdo cuando mi padre nos llevaba al parque de San Telmo todos los domingos. Y las papas fritas del viejo *Kiosko de la música*. Después nos acercaba al viejo muro donde las olas rompían. Pero lo que más me gustaba era dar la vuelta a la fuente haciendo equilibrios. Eso, hasta que me rompí la muñeca. No me puedo olvidar del dolor tan intenso, y de mis hermanos diciéndome que era una llorona.

Otros fines de semana me dejaban ir a casa de mi tía, que vivía en la playa de Las Canteras. Recuerdo el olor a marea baja que entraba por la ventana. Lo primero que hacíamos al levantarnos de la cama mis primas y yo era ir a mariscar. Y, según crecíamos, queríamos ir a la Peña de la Vieja, que nos parecía tan alejada de la orilla y resultaba una verdadera proeza acercarse a la roca.

Pero quizás lo más divertido era cuando íbamos los nueve hermanos con mis padres a veranear a Teror. Alquilaban una casa vieja que, hasta poco antes de ir nosotros, se alumbraba con carburo, de ahí se le quedó el nombre: “la casa del carburo”. Los niños

dormían en la parte alta, el sobradillo, y las niñas en la baja. Por las tardes mi madre nos llevaba a la vaquería donde cada uno tenía su escudilla para poner la leche recién ordeñada con el gofio. Otra de las escapadas era ir a la tienda de manolito “el cubano” (le llamaban así porque acababa de llegar de Cuba). Manolito hacía unos pirulines especiales que siempre estaban blandos y se quedaban como chicle. Terminamos apodándolo Manolito “tirijala” por la forma en que se nos quedaban los pirulines.

Casi nos apoderábamos del pueblo cuando llegábamos, porque por allí pasaban muy pocos coches y aprovechábamos para ponernos los patines y bajar la cuesta hasta la iglesia con ellos puestos. Cuando nos mandaban a buscar agua a la Fuente Agria, cada uno llevaba dos botellas. Después de llenarlas de agua, en la tienda de al lado comprábamos los chochos que nos servían en una hoja de ñamera.



## *Arucas y Triana*

**Rosario García Cuyás**

Nací en arucas, en casa de mi abuelo, y me siento muy orgullosa de ello. Mi abuelo era médico y asistió a su hija, mi madre, en el parto. Adoro a mi abuelo. Lo adoré mientras vivió y lo sigo adorando en el recuerdo. Sé que también él sentía algo muy especial por mí. Mi abuela también me quería mucho: recuerdo un día en que, con sus manos de dedos largos y femeninos, mantuvo abiertas las mandíbulas de un perro que pretendía mordirme y no las soltó hasta que yo no estaba fuera de peligro. Tendría tantas cosas que contar de mis abuelos, de las temporadas que pasamos en la casa de verano, a la que llamábamos “El Cortijo” y que era un reducto mágico, un reino aparte en que crecían las flores y los atardeceres plácidos seguían a las mañanas soleadas.

Pero voy a recordar el barrio donde crecí, sobre todo porque tal vez interesen más mis recuerdos a quienes no lo conocieron en esos años. Yo vivía en la calle Perdomo y, desde mi balcón, sin apenas esforzarme, podía ver el mar, y olerlo. Y, por las noches, arrobarme con el sonido de las olas rompiendo suavemente contra los callaos.

En aquel entonces había por Triana una calle llamada La Marina, que era paso natural al mar. La calle olía a humedad y, si la sal huele, también a sal. Con sólo cerrar los ojos puedo oler y oír los

lores y sonidos de aquel tiempo. Para ir al colegio de Las Teresianas cruzábamos el puente sobre el Guiniguada. Y para ir a ver a mis abuelos, también. Así que podría decirse que cruzábamos el barrio de puente a puente casi a diario. Además, la zona era muy pintoresca, llena de vecinos curiosos, de pequeños comercios donde nos encontrábamos y nos saludábamos, pues, en aquella época, todos nos conocíamos.

Mi hermana y yo mirábamos desde el balcón deambular a los transeúntes y a los vecinos. Una hacía calceta, otra abría la ventana y llenaba las calles con las notas de su piano. Algunos señores llegaban en taxi al bar de enfrente, mientras el garaje, con su techo de uralita y su suelo manchado de grasa, se ensanchaba en una particular oscuridad sin que pudiera saberse a ciencia cierta, desde el exterior, lo que sucedía dentro. Una modista de fama tenía su taller en la calle y las señoras entraban y salían, y siempre había bullicio y actividad. Pero no como hoy. No existía el ruido del tráfico ni tampoco la prisa que parece devorarnos en la actualidad.

El barrio de Triana no lo poblaban anónimos habitantes, sino personas reconocibles y bien diferentes entre sí. Creo que tuve el privilegio de conocer esta ciudad en una etapa más amable en la que el mar olía y sonaba, en la que intercambiábamos saludos y miradas de reconocimiento, en la que se vivía pausadamente, cruzando el puente, sin prisas, una y otra vez.

## **Recuerdo**

### **Julio Melián Suárez**

Procedo de una familia numerosa asentada en un pequeño caserío de un barrio del término municipal de Valsequillo. Había una pequeña ermita, construida en la segunda década de este siglo, por hombres, mujeres y niños que acarreaban los materiales necesarios desde el pueblo, distante más de cinco kilómetros. También traían el agua de un cercano barranco con un notable esfuerzo físico. Por si fuera poco, la economía de las casi cien familias que levantaron la ermita era más bien escasa.

Con posterioridad se creó una escuela para niños y otra para niñas que, junto a la iglesia, formaba el núcleo principal de la vida cultural y religiosa. Las familias eran todas modestas, pero honradas y trabajadoras. Vivían en casas que ellos mismos iban fabricando con ayuda de los vecinos en terrenos cercanos en los que, también, cultivaban cereales, verduras y frutas. También cuidaban algunos animales que utilizaban para el propio trabajo o para obtener carne, leche y huevos que, a parte de los que dejaban para la familia, solían vender semanalmente a los *mercachifles* que pasaban por el pueblo.

Las casas eran grandes, con paredes muy gruesas, de piedra y barro. Por dentro eran oscuras y no había luz eléctrica ni agua

corriente. Siento, a veces, nostalgia y recuerdo con frecuencia, cuando pienso en mi casa, el viejo soneto de Saulo Torón:

Al dejarte, vivienda de mi antiguo respeto  
Donde pasé los años más puros de mi vida,  
Quiero, como homenaje de cordial despedida,  
ofrendarte el divino tributo de un soneto.

Bajo la luz augusta de tus viejos maderos  
Surgió, como un milagro, mi juventud en flor;  
En ti soñé las gracias de mi primer amor,  
En ti labré el tesoro de mis versos primeros.

Tú guardas en silencio todo el pasado mío;  
Tu barro es carne mía, que hoy tiritita de frío  
En lento viaje hacia la senectud...

Por eso, aunque te deje desolada y desierta,  
Vendré todas las noches a llamar a tu puerta,  
¡a ver si me responde, dentro, mi juventud!

## ***Recuerdos de mi niñez***

### **Dolores Galán Lafuente**

Mis recuerdos más maravillosos son los Reyes Magos. También cuentan los juegos en mi casa con mis padres y mis dos hermanos. Las amigas éramos una gran pandilla: Dolores, Concha, Paca, Pino, M<sup>a</sup> Luisa, M<sup>a</sup> Jesús y mis hermanas, Teresa y M<sup>a</sup> Luisa. Vivíamos en la calle Canalejas y en Eusebio Navarro, todas muy cerca.

Jugábamos en la calle con unas patinetas. Íbamos por el Camino Nuevo (hoy, Bravo Murillo). Desde aquí hasta lo que ahora es Tomás Morales era todo fincas de plataneras. Y donde está el Hospital del Pino había grandes y frondosos laureles de indias, en cuyas sombras nos poníamos a comer las tortillas tan buenas que nos hacían, con amor, nuestras madres.

A partir de la Plaza de la Feria hasta donde terminaba la calle Lugo todo eran casas terreras y el barrio se llamaba Arenales “fuera de la portada”. En Lugo terminaba Las Palmas. Recuerdo, sobre todo, unas bonitas playas donde los soldados bañaban a sus mulas. El edificio Campo España, donde vivo ahora, era el canódromo Campo España, de donde tomó ese nombre. Desde aquí hacia el puerto, el Parque Doramas y el colegio Salesianos, que estaba frente al mar.



En Ciudad Jardín había unos cuantos chalets y, por detrás, una gran franja de dunas que se extendían hasta la Cícer en Las canteras, donde nos lo pasábamos, como se dice hoy, “guay”. Nos bañábamos en Las Canteras y también en Las Alcaravaneras. Teníamos once años. En el 36 estalló la Guerra Civil y, cuando acabó, ya éramos todas unas jovencitas.

## ***Recuerdos de mi niñez***

### **Sebastián Cruz Rodríguez**

Tiendas de comestibles con escasez de alimentos básicos que, por la noche, se convertían en pequeños cafetines de copas y charlas. Carbonerías donde se compraba el carbón para las planchas y los braseros que también vendían alfalfa verde y seca. La mayoría de las casas de la parte alta tenían en las azoteas cabras y gallinas. El latonero reparaba las cocinillas de petróleo y los calderos. El afilador con su carretón y su silbato especial. El pequeño bazar, donde se compraba el lápiz, la goma y la libreta, también vendía golosinas y cuentos infantiles. El local donde alquilábamos bicicletas a diez pesetas la hora. Los carretones y los triciclos para el transporte y venta de mercancías. Los pilares públicos que abastecían de agua a las familias que vivían en las laderas. Los baños públicos, por el precio de un real puedes ducharte. El cuartel de la Falange. El comedor de auxilio social. El local donde comprábamos papeles, trapos y metales viejos. Los cabreros con sus rebaños vendiendo leche por la calle. Y las vaquerías donde se iba a comprar la leche, cerca de las fincas de plataneras. Los entierros con monaguillos de cruz y ciriales, y el cura con capa y bonete. Y las

guaguas, que tenían su entrada por la parte trasera y sólo dos bancos laterales.

Grupos de jóvenes embanderando el paseo. A mediodía, repique de campanas. Voladores. Altavoces anunciando los festejos y dedicando canciones. Pasacalles con papahuevos y niños corriendo. Carreras de cintas en bicicletas. Puestillos en las calles que vendían turrone, chochos, chufas, pirulines. Las puertas de las casas con la aldaba puesta. La visita del día del santo. La procesión. El paseo de las jóvenes parejas de pretendientes y novios. La noche de los fuegos.

Mi escuela era la Escuela Nacional de niños n° 3 de Las Palmas. La casa del maestro estaba dividida en dos: a la izquierda, la escuela —un salón muy largo—; a la derecha, la vivienda del maestro y su familia. Al final de todo, el patio, con un surtidor para tomar agua y los baños. Había dos grupos de alumnos: los que estaban aprendiendo a leer, escribir y las cuatro tablas y y el grupo de mayores. De los pequeños se encargaba la mujer del maestro, doña Isabel. Tengo un buen recuerdo de ella: fue muy cariñosa con “sus niños”, que así nos llamaba. Cuando superábamos esta etapa pasábamos al grupo de los mayores. Las clases las daba el maestro, don Fermín. Con él practicábamos las multiplicaciones y las divisiones. Y leíamos un libro que se titulaba *El manuscrito*. Las clases superiores las daba don Fermín con la Enciclopedia. Entonces



practicábamos gramática, aritmética, geografía, geometría e historia de España.

Recuerdo las grandes pizarras donde analizábamos las oraciones y resolvíamos los problemas. Con los mayores, el maestro charlaba sobre temas de actualidad y del futuro de los chicos. Los sábados venía el párroco para darnos la clase de religión. Y los domingos íbamos a misa y a la catequesis. A la salida nos reuníamos varios compañeros para visitar el *Museo Canario*. La tarde del jueves no teníamos clase. Recuerdo que el maestro nos repartía pases para la función de tarde del *Torrecine*. Los entregaba por buen comportamiento y aplicación y procuraba que no siempre fueran los mismos. En esa escuela estuve desde los seis hasta los catorce años (1946-1954).

Recuerdo también mis años en el Centro de Acción Católica del barrio. El local era un salón con un patio bastante grande. En el patio participábamos en muchos juegos. Y el salón tenía mesa de tenis, juegos de damas y ajedrez, dominó, parchis... Había un pequeño teatro para representar comedias y desfiles de variedades. Unos años después, llegamos a proyectar películas. Allí todas las semanas nos daban charlas de religión. Y los domingos, un grupo de mayores instruía en la catequesis a los niños. Conocí a muchos chicos de mi edad y algo mayores con los que aún mantengo una buena amistad. Todos recibimos buenos ejemplos de conducta,

solidaridad y compañerismo. Estos son parte de mis recuerdos de San José, el barrio donde nací y viví tantos años.

## ***Recuerdos del paseo más popular de Telde hasta 1957***

**Alfredo Alonso Ramírez**

El lugar más frecuentado se situaba entorno a la iglesia de San Gregorio y su plaza. Cada tarde de día hábil, a partir de las siete, comenzaba a oírse la música que emitían los altavoces del *Cinema Telde*, una de las dos salas de cine de la época. La musiquilla, por lo general pegadiza, convocaba a los ciudadanos del lugar y a los de los otros barrios que, sabedores de que allí encontrarían el lugar de ocio más concurrido, deseaban pasar un buen rato en sana conversación. Los sitios de distracción –restaurantes, dulcerías, bares, sociedades de recreo, cines, etc.- aparecían concurridos, acabadas las tareas diarias.

Los novios residentes se encontraban allí cada día. Los de lugares alejados se solían ver cada jueves y los fines de semana. El ciudadano sabía que, con la sola asistencia, encontraría seguro con quien entretenerse y pasar un rato agradable. Hoy se puede recordar con nostalgia que el paseo discurría a los lados de la calzada, junto a las aceras, y que sólo se dejaba la zona central de la calle para el paso de los coches, que lo de *vehículo* es nombre nuevo. Las aceras quedaban relativamente despejadas para uso de las personas que deseaban ir más rápido. Algunos se paraban a otear el discurrir de

los paseantes e intentar localizar a alguien. También para una charla breve. La masa humana, en su lento y entretenido paseo, caminaba sin mayor preocupación, sabedora de que los conductores, que hacían gala de su acostumbrada amabilidad, acortarían la marcha lo suficiente para evitar accidentes. Parecía tenerse mayor preocupación por no interceptar el paso de los peatones que por dejar expedito el camino a los coches.

Tal estado de cosas se agravaba los días festivos por la intensa afluencia de público. Se ocupaba totalmente la calzada. Los coches se paraban a la espera de que la gente se fuera abriendo paso y, en su lentísima marcha, se unían a los paseantes hasta formar parte del conjunto.

El tiempo transcurría con inusitada y flemática indolencia cuando sorprendió a todos el incidente de 1957 en las posesiones españolas de África. Fue necesario trasladar a los heridos a los hospitales canarios. Las ambulancias, en su desplazamiento desde el aeropuerto de Gando a Las Palmas, tenían que pasar por Telde. No existía otra vía más corta. El Paseo de San Gregorio era el paso por el que más rápidamente se atravesaba la ciudad y se convirtió en un grave problema para el traslado urgente de los heridos. Las autoridades ordenaron que la calzada quedase sólo para los coches y fue entonces, en 1957, cuando se trasladó el Paseo al interior del cercano Parque de León y Joven.

Recordando aquel tiempo sólo queda pensar en las emociones, en el romanticismo, en los amores que allí se gestaron, en las amistades iniciadas, en las personas que todavía siguen allí y, sobre todo, en los que ya no están.

## ***Mi niñez***

**Agustina Quintana Martín**

Nací en la Vega de San Mateo hace 64 años, cuando el tiempo pasaba muy despacio, sin prisa, ya que no existía televisión ni otros adelantos, cuando el invierno se diferenciaba de las otras estaciones y los barrancos se veían correr. El domingo era fiesta de guardar, y toda la semana pensaba en el paseo después de la Misa, para encontrarnos mis amigas y yo con los posibles, en aquella época, *pretendientes*.

Durante la semana los días pasaban de forma tranquila entre labores domésticas y ayudando a mi madre en la "Panadería Quintana", que era de mi padre. Por las tardes nos reuníamos mis primas y mi hermana para hacer alguna labor o simplemente hablar dejando de lado cualquier clase de los pocos problemas que habían. Y por la noche era costumbre cerrar el día rezando el rosario.

El día 21 de septiembre, fiesta del Patrón, se celebraba por todo lo alto, comenzando por la Misa Mayor. Y para ese día tan especial siempre se reservaba un vestido para estrenar, cosa que se hacía con mucha ilusión; y por la noche iba a la verbena a pasármelo en grande.

Podría contar muchísimas cosas más, ya que tuve una niñez muy feliz.

## ***Ciudadano del mundo***

### **Clemente Santana Martín**

Tengo setenta y cinco años de edad, y soy hijo de emigrantes. En el año 1924, me llevaron mis padres a la República Argentina. Mi padre había viajado a Cuba siendo muy joven, y conocía la vida en los Ingenios azucareros. Por ello fue a parar, al llegar a la Argentina, a la provincia de Tucumán, donde se cultiva la caña de azúcar, que él ya conocía. En esa época, el paludismo hacía estragos entre los habitantes de los ingenios, aunque ingerían quinina para contrarrestar la alta fiebre que esta enfermedad producía. Por esta razón tuvo mi padre que cambiar de provincia.

De ahí, cuando yo contaba la edad de ocho años, nos fuimos a la provincia de Rosario de Santa Fe, donde se encontraba mi abuelo materno, a quién yo quise mucho. Una mañana muy temprano el abuelo me llevó en tren a visitar a unos familiares que vivían en una 'chacra' o finca en el campo argentino. Estos señores tenían un pozo para el consumo del agua, y junto al brocal del pozo apareció una iguana enorme. El animal se quedó mirando y yo, extrañado, tampoco me movía. Los otros chicos que conocían el animal, avisaron a sus padres, que vinieron con una escopeta y le dispararon dos tiros y mataron aquel animal. Siempre recuerdo esto, aquel



animal lleno de vida había dejado de existir, destrozado, aun cuando me miraba extrañado y creo que con cierta nobleza.

Cuando dicen que a los emigrantes, se les recibe con los brazos abiertos... bueno, eso es harina de otro costal.

***El paraíso escondido (Ficción)***  
**Alfonso Rodríguez Cabo**

Cuando uno pasa del medio siglo, en ocasiones y cada vez con mas frecuencia, la mente retoma al pasado y, como si quisiera volver al camino andado, se pone a pensar en su niñez. De ella, de mi niñez, tengo los recuerdos más bonitos y más frescos que del resto de la vida, incluso que de los acontecimientos más próximos.

Mis primeros años transcurrieron en la isla de Gran Canaria, en un lugar que sólo existe en la mente de quienes vivimos en aquella época, porque este lugar tan maravilloso, aunque sigue estando en el mismo sitio, se ha transformado totalmente en otro.

Me críe a la orilla de un río -sí, un río, aunque sea difícil de creer-, porque cuando yo era un niño, el Guiniguada era un río, o al menos a mí me lo parecía, dado que por lo menos en dos ocasiones al año, el agua corría con abundancia, mudando de colorido verdor las laderas; y con su sonido característico, que cuando el silencio es grande y el sonido del agua predomina, es como un canto de naturaleza al que pocas cosas se pueden comparar. Este estado de exuberancia daba lugar a los juegos infantiles más diversos, que la mayor parte de las veces terminaban con un chapuzón en ocasiones involuntario; a consecuencia de eso, nos teníamos que secar la ropa antes de llegar a nuestra casa por temor a la tollina de rigor.

Las otras estaciones en las que el agua no hacía acto de presencia, no eran menos asombrosas y divertidas, porque el cauce del barranco se llenaba de vida. Era un lugar de encuentro de diferentes gentes que, por distintas razones, lo utilizaban en su quehacer cotidiano: en él se pastoreaban cabras, camellos y burros, se extraían materiales de construcción, piedras y arena, se utilizaban también como establo improvisado o, mejor dicho, como guardería para los animales de carga y de monta de las personas que, desde los pueblos principalmente del centro de la isla, tenían que utilizar como medio de transporte aquel cauce seco y pedregoso. Era algo indescriptible como lugar de juegos, porque a mí y a mis amigos nos permitía una gran intimidad para todo tipo de aventuras. Lo llegamos a considerar como algo verdaderamente nuestro, pero nuestro, hasta el punto de que cuando algún niño de otro barrio se aventuraba en nuestro barranco, más de una vez se suscitaron peleas y alguna piedra voló hasta estrellarse en la cabeza del invasor, que en ocasiones corría despavorido y, en otras, hacía frente en batalla que no ganábamos y de la que, todavía, da fe alguna que otra cicatriz.

No podría evocar el recuerdo del Guiniguada de mi niñez, que hoy subyace bajo el cemento, sin recordar sus dos puentes, el de Palo y el de Piedra que eran para mí como dos castillos y que, en tantas y tantas aventuras, fueron el fuerte que asaltábamos o las

almenas de esa fortaleza que, desde el barranco, nos imaginábamos que tomaríamos por la fuerza en nuestras batallas imaginarias.

Por último -y no por ello menos importante-, quiero mencionar a aquellos amigos de mi infancia que en mi mente no han crecido y que sigo recordando como entonces: pequeños, menudos, quemados por el sol y con poca carne pegada a los huesos. Porque, en la época de mi niñez, las estrecheces alimenticias eran habituales, aunque eso no nos impidió disfrutar de una época de nuestra vida que no cambiaría por nada de lo que me aconteció hasta el día de hoy. Pero cuando, ya mayores, los encuentro por la calle, se me hace difícil identificarlos con aquellos niños alegres y vitales con quienes compartí los primeros años de mi vida y mis primeras sensaciones, de peligro, amor, miedo, felicidad. Y también me pregunto cómo me verán ellos a mí, casi medio siglo después.

## ***Un lugar en mi ciudad***

**Ana Marta Flores Medina**

Cuando me pidieron describir algún lugar de mi ciudad que hubiese significado algo para mí en mi edad temprana, todos mis recuerdos parecen tener como telón de fondo la plaza de S. Juan de Telde y su entorno. Era una plaza con mucho encanto, con grandes árboles, bancos de piedra alrededor que alternaban con otros de madera, parterres y jardines sobre los cuales solía haber revoloteando mariposas de muchos colores, como también de colores eran las flores que en ella crecían. La plaza estaba rodeada de una serie de casas de un bello estilo canario, blancas, con tejas y con sus ventanas y balcones de madera con celosía pintadas de un verde claro que a la vez le daba colorido a todo este lugar.

También se encontraban allí los edificios más representativos de la vida de la ciudad, como el Ayuntamiento, el Juzgado, la iglesia de San Juan y, junto a ella, la casa parroquial. Aunque este entorno es por sí mismo digno de mención, para mí cobra mayor significado porque en él estaba la casa de mis abuelos, justo al lado del Casino, en la misma plaza de San Juan.

Hablar de toda esta zona, no puede estar separada de las personas con las que compartía mis ratos de diversión, cuando no

teníamos clase. Por un lado, todos sabemos lo que es disfrutar de la casa de los abuelos, con los hermanos y los primos, en una época en que las casas eran lo suficientemente grandes y todos cabíamos.

No puedo dejar de hablar de mis amigas con las que compartía, en la plazoleta, los juegos: el teje, la comba, el escondite, calimbre y, por supuesto, la bicicleta. Además de todo esto, había lugares de obligada visita, como era el bazar de Tilita, donde nos dejábamos la paga semanal entre los chicles Bazoka, los caramelos y las estampas del álbum de turno. También estaba la tienda de Juanito Jiménez y, para los mayores, el bar de Secundino.

Había después una serie de personajes de la época que no sería justo dejar de mencionar como son La Capira, una buena mujer que cuando pasaba se divertía haciendo regañizas a los niños que encontraba; asustaba un poco pero era inofensiva y todos la queríamos. También estaba Domingo La Mona, conserje del Ayuntamiento, siempre de acá para allá haciendo recados. Y Santiago *el latonero*, y fontanero si hacía falta. Pancho Lobato, único electricista de esa época. En fin, podría seguir nombrando unos cuantos más, pero con esto sólo quiero resaltar que en ese tiempo, como ocurre en todos los pueblos y ciudades, algunas personas contribuyeron a darle un carácter muy peculiar a la plaza de San Juan. También estaban los cultos, los intelectuales, pero de ellos, los más cercanos eran el cura, la maestra y el médico. Tal vez

algún día cada uno de nosotros, si nos lo propusiéramos, tendríamos tema para una novela de todas estas vivencias, costumbres y recuerdos de otra época.

### ***Memorias de mi ciudad***

Un viaje en guagua del puerto a Las Palmas, años 50

**Antonio Torres Rodríguez**

Las guaguas de mi memoria no eran como las de hoy, tan espaciosas, con letreros indicativos luminosos, timbres eléctricos que no molestan al oído, que se inclinan sobre la acera para hacer más cómodo el subir y bajar, con innumerables líneas como la 1, la 2, la 3, la 27, etc. Las de mi niñez eran pequeñas, de veinte pasajeros casi todas, y de carrocería de madera barnizada que lucían como muebles; capó y techo rojo, con guardabarros en negro y, a lo largo de su carrocería, unas letras en blanco decían: *Asociación Patronal de Jardineras Guaguas*.

Nos subíamos al interior por la parte trasera, llamada estribo, y nos encontrábamos con dos bancos adosados a ambos lados de toda la carrocería. En el techo y a lo largo disponíamos de un palo redondo, a modo de pasamano, donde nos podíamos agarrar, si nuestra estatura lo permitía, y, para solicitar la parada, una campana en lo alto del conductor que, tirando de unas cuerdas que discurrían a lo largo, llamaban su atención. Era de destacar dos cartelitos en particular. Uno sobreimpreso en la bandera española que ponía:

***PREFERENTES PARA CABALLEROS MUTILADOS***



Y en el otro decía:

*PROHIBIDO FUMAR Y ESCUPIR ASÍ COMO  
LLEVAR BULTOS Y MERCANCÍAS QUE POR  
SU VOLUMEN O CONTENIDO PUEDAN  
MOLESTAR A LOS SEÑORES VIAJEROS.*

Hoy nadie mira ni conoce al conductor ni existen cobradores. Con la tarifa única y el bono guagua no le das ni las buenas horas. Antes, el inspector de parada del Muelle Grande, al iniciar el recorrido, iba repartiendo unas tablillas indicativas del recorrido: una verde y ovalada para las que iban por Triana y otra blanca y rectangular que ponía General Mola (hoy Mendizábal). Los usuarios pagaban por trayectos; por ejemplo, del Puerto a Las Palmas media peseta, del Puerto al parque Santa Catalina tres perras, a la Estación tres perras y media, al Lugo cuatro perras y, desde ahí hasta la plaza, tres perras. Si te pasabas de trayecto tenías que pagar las tres perras del trayecto más corto.

Se subía después de guardar cola pacientemente, en rigurosa fila de derecha a izquierda, y de soportar la cola de *los colados*, en palabras de Pepe Monagas, tales como militares con graduación, policías secretos que todo el mundo conocía, guardias con uniforme y otros avispados. Con suerte, te sentabas hasta que habías de ceder

tu asiento a la primera mujer que subiese, pues estaba muy mal visto no hacerlo; si te hacías el remolón, ellas se lo procuraban con aquello tan sabido de “hágame un sitio, cristiano, que aquí no vamos a vivir”. Eso hasta que aparecía el mutilado de siempre reclamando su asiento o un cura gordo, que hasta las mujeres en estado se lo cedían y ellos aceptaban, los muy caradura.

Al iniciar la salida en el Muelle Grande y tener tan pocos parroquianos la ciudad, la gente se conocía, pues casi todos tomaban la guagua a la misma hora para realizar sus quehaceres. Jugaba un papel muy importante *el cobrador*, subido en el estribo con su cartera y el cartable, que así se llamaba la carpeta de hierro que llenaban de tiques de múltiples colores, tantos como trayectos de ida y de vuelta, y daba paso a la gente poniendo el trasero con gracia y disimulo a los que pagaban media peseta y obstruyendo el paso a los de tres perras; maestrias del oficio. También destacaban, entre otros, Bartolo, Garampín *el soltero* (se había casado tres veces y enviudado otras tantas).

Entre los choferes también se conocían por los apodos, como Francisquito, *la portera*, Luisito *el capirote*, Paquito *el minuto*, etc. Sería interminable nombrarlos a todos, buena gente y serviciales, haciendo de mensajeros entre farmacias, disminuyendo la velocidad si algún usuario le gritaba: "amaine, cristiano, que me quedo en la esquina". El hombre se tiraba en marcha y, si sabía hacerlo y se

tiraba en el sentido de la marcha, bien, si no, podía dar con los dientes en el suelo.

Saliendo del Puerto, como decíamos al principio, pasaba la guagua por Juan Rejón, donde ya estaban *las tiendas de indios* en auge, tras venirse de Tánger por la descolonización de Marruecos. Llegábamos al Parque de Santa Catalina, lleno de terrazas, limpiabotas y moros con chilaba. Allí terminaba el primer trayecto. A partir del parque ya se empezaba a llenar del todo. El cobrador anunciaba: “dos sentados y cuatro de pie”. “Vámonos”, le gritaba al chófer. Y empezaba la odisea de cobrar estando la guagua repleta. Andaba de atrás hacia delante con la cartera llena de calderilla, abriendo y cerrando el ruidoso cartable, despachando sus innumerables tiques y rellenando la hoja de control en cada final de trayecto, a todo esto suelto y sorteando los vaivenes y baches con soltura, digno del mejor equilibrista.

En nuestro camino hacia la Plaza de Las Palmas, llegábamos a Las Alcaravaneras y nos encontrábamos con la Estación del Tranvía, frente a la cual quedaban las últimas dunas de arena que venían de Las Canteras y donde los moros se ponían a rezar. Siempre sorteando los molestos y peligrosos raíles de *La Pepa*, que así se le llamaba al antiguo tranvía con máquina de vapor de los años 40, a lo largo de León y Castillo. Se daba la circunstancia de que al

levantarte, para tocar la campana por culpa de los vaivenes y sin saber cómo, te quedabas de nuevo empotrado en tu asiento.

Al llegar a la Plaza de la Feria nos podíamos encontrar con la bajada de bandera, en la que todo el tráfico se paraba y las gentes, brazo en alto, saludaba a la insignia cuando la guardia y el cornetín de órdenes formaba en medio de la calle frente a la Comandancia de Marina. En esta parada la gente comenzaba ya a preguntar al chofer: “¿esta guagua va por arriba o por Triana?”. “Por Triana, cristiana, ¿no ve la tablilla?”. Llegábamos al cruce de Bravo Murillo comúnmente llamado *Camino Nuevo*, donde estaba, sobre una tarima con sombrilla, el celebre y simpático guardia municipal Ramón, con maipot y guerrera blanca. Hacía cantar el silbato mas que pitar. Era admirado por todos y fotografiado en su faena por multitud de turistas. El parque de San Telmo en aquella época era un hervidero de gente ociosa, tanto en el quiosco modernista como en el de la música, donde se jugaba al dominó y se hacían tertulias, platicaban los novios y las sirvientas salían con los soldados.

En Triana nos encontrábamos con multitud de comercios, no sólo de tejidos, sino también almacenes mayoristas de ultramarinos donde se podían ver muchos jamones colgados, que los pobres miraban de reojo y seguían pensando Dios sabe qué, pues se ganaba once duros a la semana. El reloj de Triana formaba parte de la ciudadanía pues por él se programaba la gente o ponían sus relojes

en hora. Nosotros, mientras, seguimos hasta la plaza para llegar al puente de palo y al café *El Suizo*, lleno de bohemios tertulianos, los puestos de flores y la tienda de tejidos del famoso Santiago Saíd. Terminaba nuestro recorrido al girar la guagua por la calle de La Pelota y situarse en el margen naciente del Barranco del Guiniguada.

Dependiendo de nuestras preferencias, también teníamos la otra opción en la que la guagua subía por Bravo Murillo y torcía por Viera y Clavijo con parada en El Cuyás, San Bernardo, Pérez Galdós, hasta la Alameda, en donde a los chiquillos de la época nos llamaba la atención la puerta giratoria del hotel Cairasco, con relucientes metales limpios como patenas. Un poco más allá nos tropezábamos con La Plazuela, con su fuente de ranas de cerámica verde, dentro de un estanque de bonitos azulejos, de la que nunca dejaba de salir agua. Subiendo el puente de piedra llegábamos a la Catedral, bajábamos Espíritu Santo y por la calle de los Balcones llegábamos a General Mola. Fin del trayecto.

***Una experiencia antes de los diez años***  
**Aurora León Báez**

Yo nací en Telde. Era un sitio muy agradable para vivir. Nos conocíamos casi todos y participábamos en todas las fiestas e, incluso, las tardes las pasábamos jugando todas las niñas en la calle. La fiesta de San Gregorio era muy divertida y mis padres nos llevaban a los fuegos artificiales. Sólo ese día salíamos de noche. Era el día antes del Santo. Había ventorrillos donde siempre tocaba algo, desde una muñeca a un gato de cerámica; había puestos de castañas, chochos, millos y muchas cosas más: cochitos, tiovivos, la banda de música y a las doce de la noche los fuegos artificiales. Nunca me parecieron tan bonitos como en esa época, ya que fueron las primeras experiencias.

El día del Santo se estrenaba la ropa de invierno, hiciera frío o calor. Era la norma: el día de San Juan, la ropa de verano, y el día de San Gregorio, la de invierno. Había procesiones y, por la tarde, carreras de bicicletas y de sacos y además, partido de fútbol. Con diez años yo estaba en un colegio unitario del que tengo un gran recuerdo, sobre todo de mi maestra. Como tenía que empezar el bachiller, me fui al colegio de Cruz. Era un colegio mixto lo que para mí fue una gran experiencia, ya que en casa éramos ocho niñas, y los niños eran más atrevidos e inquietos. El examen de ingreso lo

hice en Las Palmas, en el instituto de la calle Canalejas que era el único que había en la isla, aparte de uno femenino que creo que estaba en las Canteras.

Al terminar el examen, mi padre me llevó de paseo al puerto de La Luz. Nunca había visto tantos barcos y camiones que cargaban y descargaban mercancías. A la vuelta, subió por una carretera desde la que sólo se divisaban, a ambos márgenes, montañas de arena. Pregunté a mi padre que si era un desierto y me dijo que eran los arenales. Fue para mi un gran día. Además, aprobé el examen. Doy gracias por la familia que tuve y por la que tengo, y por haber vivido en un pueblo acogedor. Ahora mismo mis amigas son las de aquella época.

## ***Volver al Ayer***

### **Benjamín González Araña**

Hace muchos, muchos años, mis abuelos tenían una gran casa en el campo, dentro de una finca con árboles frutales en la que había cabras, vacas, gallinas, palomas, conejos, pájaros, cerdos, caballos, burros y hasta una cacatúa. La casa era grande, con muchas habitaciones, amplios patios, un granero, un cuarto para aparejos de labranza, hornos para hacer el pan, cuadras, la cocina con los fogones y los hornos de hierro y la correspondiente chimenea. En el patio había una acequia por la que constantemente pasaba agua. Junto a la casa existían también dos molinos, uno para hacer gofio y otro para obtener el aceite. También tenía un largo almacén en el que se almacenaban las hojas de tabaco para secarlas y luego hacer el pilón.

Yo pasaba temporadas allí, en Santa Lucía de Tirajana, y asistía a las diferentes faenas agrícolas. Recuerdo bien la recolección, el transporte, trilla y el almacenaje de las almendras. Y recoger las piñas de millo y luego las nocturnas descamisadas. La recolección de las papas, el ordeño de vacas y cabras, la elaboración del queso, el paso del ganado de ovejas desde la costa hasta la



cumbre en verano y luego el regreso en invierno a hacer noche en la finca. En invierno se preparaban las semillas, la comida y salían los peones de madrugada a sembrar, llevando las yuntas de vacas y los burros y las mulas de carga. Las noches de timple y guitarra en el patio Y no sé cuantas cosas más que llenan mi vida de recuerdos.

Me vienen a la memoria imágenes de aquellos días que se dedicaban a la matanza y la preparación de los productos del cerdo. Una vez, a las cuatro de la madrugada me levantaron, no digo me despertaron porque no pude dormir pensando en lo que vería. Una vez vestido, a la luz de las velas y el quinqué, bien abrigado pues era noviembre y hacía frío, nos fuimos a los chiqueros. Allí estaban cuatro o cinco hombres alumbrándose con luces de carburo. El cielo estaba lleno de estrellas y corría un airecillo bastante fresco. Los hombres bebían para matar el frío y el de mayor edad comentaba cómo debía hacerse la matanza y revisaba si todo estaba preparado. Sacaron al cerdo del chiquero y lo hicieron caminar hasta una pequeña explanada que estaba cerca. El cerdo me pareció monstruoso, grandísimo, y gruñía mientras lo obligaban a caminar. En el lugar apropiado, un hombre, sin decir palabra, lo golpeó en la cabeza con un objeto contundente, un fuerte golpe y el cerdo dio un fuerte berrido mientras se desplomaba. Rápidamente el que hacia de jefe le clavó en el costado un gran cuchillo canario y el animal echó por la herida una gran cantidad de sangre que iban recogiendo en un

recipiente. Yo miraba todo esto cogido a mi padre, entre miedo y asombro. Muerto el cerdo, procedieron a quemar la piel con julagas, raspándolo luego con piedras hasta que estuvo limpio de pelos.

Empezó el descuartizamiento: abrieron la caja torácica y el vientre y sacaron las asaduras y el mondongo, que se colocaban en recipientes separados. Separaron la cabeza del cuerpo, retiraron las cuatro patas y trocearon el resto. Aparte cortaron el rabo y me lo ofrecieron pero yo no estaba para bromas. Antes se había desollado al animal separando la piel con la grasa del resto de la carne. A todo esto nos amaneció. Se trasladó el cerdo troceado a la casa donde, ya con la colaboración de las mujeres, empezó un trabajo que duraría varios días: vaciar y lavar muy bien las tripas, separando el intestino grueso del delgado, sacar bolas de carne limpia de grasas, lonchas de carne, separar y picar pedazos de carne para adobar y para hacer chorizos, para hacer tocino cortar con un cuchillo la grasa formando cuadros. También se solía preparar, en un lebrillo, la mezcla para hacer morcillas a base de sangre, pasas, almendras, cebollas y otras especias.

Con este trajín se hicieron las tres de la tarde y, a pesar de los cafés y los traguitos de ron, ya había bastante hambre. Preparamos, primero, la gandinga: en una cazuela se guisan las asaduras blancas (pulmones e hígados) y las asaduras negras (corazón y riñones) junto con garbanzos y otros aditamentos. Luego, con el caldo amasamos

gofio con trozos de pimiento verde. En esos caso, se come la carne prepara de diferentes formas: asada, frita o guisada con diferentes mojos y papas arrugadas, queso duro y todo acompañado de vino y así mientras el cuerpo aguante. Por supuesto, se habla mucho de los incidentes de la jornada con lo que se pasan las horas y, como los días en estas fechas son cortos, a descansar hasta el día siguiente. Antes se ha hecho un reparto de carne entre los asistentes a la matanza.

Al siguiente día se hacían las morcillas rellenando las tripas gordas mediante foniles apropiados y luego atando tramos de diez o doce centímetros Las tripas delgadas se rellenaban con la mezcla de los chorizos y se ataban en tramos de siete u ocho centímetros. En ambos casos se formaban largas cadenas que se cocían en calderas para después poner a secar colgándolas para que les de el sol y el aire. Se volvía a salar el tocino guardándolo en barricas. Se calentaban en grandes recipientes las grasas separadas de la carne para obtener la manteca y se apartaban de la superficie los trozos de carne (los chicharrones) que se guardaban en recipientes para consumir el resto del año, junto con la carne en adobo. Casi nunca estos trabajos se terminaban en el día por lo que se continuaba a la mañana siguiente, hasta acabar lavando todos los cacharros y utensilios hasta la siguiente matanza.

## ***Memoria de mi ciudad***

**Candelaria Ceballos Pérez**

Conservo en mi memoria como un hecho reciente, recuerdos de mi Ciudad de Las Palmas de cuando apenas contaba yo seis o siete años. Nací en Las Palmas, muy cerca del barrio de Vegueta, en una época que a decir verdad pudo haber sido muy triste para cualquier niño, por las secuelas que había dejado una recién acabada guerra civil, cuando el hambre y la miseria se hacían sentir hondamente. Ahora bien: aún así recuerdo los años de mi niñez con mucha alegría recorriendo el barrio de Vegueta y de Triana, siempre junto a una de mis hermanas, dos años mayor que yo.

Las Palmas, en aquel entonces, era transitada por burros y carretas más que por coches, y recuerdo perfectamente cómo era la "Pepa", en la cual viaje muchas veces. Tocaban los misioneros a las puertas de las casas en las madrugadas y antes del alba, recorriamos las calles cantando canciones como *El reloj lo hizo el relojero* y otras. Eran días gozosos los de mi infancia aún con las carencias materiales y afectivas que me tocó vivir pues, como siempre he tenido una mente soñadora, yo creaba mi propio mundo de fantasías donde nadie podía entrar más que yo y siempre me encontraba

proyectando pensamientos buenos. En ese mundo fantástico, yo era feliz.

Recuerdo Las Palmas con cariño, recuerdo el barranco del Guinguada en pleno invierno cómo se desbordaba y arrasaba por *El Suizo*, un famoso cafetín que estaba instalado en el mismo Puente de Palo, y cómo los animales venían arrastrados por las aguas canelas ofreciendo un espectáculo dantesco.

En fin. Seguiría incansablemente rememorando tantas y tantas cosas sobre esta entrañable ciudad que me vio nacer hace sesenta años y que aún recuerdo como algo reciente; por eso que dicen que la memoria retrospectiva es la que más perdura, pero no voy a extenderme más, sino solamente decir que mi Ciudad y yo fuimos testigos fieles de muchas vivencias a cuál más entrañable y por todo ello, doy gracias a la Vida y a mis padres que me dieron lo que en herencia ellos también habían recogido, aunque para mí como niña no fuera suficiente.

## ***Reconstruir la ciudad***

**Carmen Balaguer Ramos**

Entendiendo el término "reconstruir" la ciudad, como una vuelta a mi pasado, a mi niñez. A veces con delicia y añoranza, mi corazón evoca recuerdos de mis islas en los momentos más felices: las playas, las olas, los quioscos de la alameda de la Plaza de las Ranas, los juegos en mi Vegueta, en la Plaza de Santa Ana con las palomas. Guardo tantos queridos recuerdos de aquel entorno, que reconstruyo en mi mente con el paso del tiempo aquel trocito de ciudad, sobre todo aquella ermita de San Antonio Abad, actualmente llamada ermita del Espíritu Santo, donde hice mi Primera Comunión.

Entendiendo la reconstrucción de la ciudad como un avance inevitable de la evolución lógica y normal, que también acompaña al ser humano, me encuentro con una ciudad confortable, aunque un poco agresiva visualmente, y muy cosmopolita, que en nada se parece a la que yo viví. Siempre he creído que la conservación del entorno, de lo nuestro, no tiene que competir con la evolución de tu ciudad, aunque las decisiones sobre este asunto, está en manos de los que nos gobiernan, que no siempre actúan acertadamente con

estos temas. Como ejemplo, basta citar el Quiosco de la Música del Parque de San Telmo.

## ***Relatos de mi niñez***

### **M.<sup>a</sup> Carmen Rodríguez Jiménez**

Aunque se trata de evocar una época muy lejana, trataré de recordar a grandes rasgos como transcurrió mi niñez o parte de ella que fue una de las más felices de mi vida, junto a la que viví con mi marido, por desgracia para mí ya desaparecido.

Nací en el seno de una familia de clase media en la que crecí sin problemas junto a cinco hermanos más, éramos cuatro varones y dos chicas; Tuve todos los caprichos que quise y hacía lo que quería dentro de un orden de aquella época. En resumen, reconozco que fui una niña muy mimada y muy querida por mis padres.

Recuerdo la primera vez que fui al Colegio Viera y Clavijo tenía cuatro años y me llevó mi hermano mayor que yo, me dejó en mi clase pues los niños estaban separados de clase de las niñas, pero a media mañana me escape de mi clase y me fui con él, ya que no quería estar sola, fui muy tímida y retraída y me costaba hacerme con nuevas amigas.

Soy del barrio de Vegeta y por esa época no pasaba casi ningún coche por las calles, y podíamos organizar juegos de todas clases, el tejo en mitad de la calle, estampitas, corritos, saltar a la sogá, correr, escondite, etc. Una niñez francamente bonita. Recuerdo también los domingos cuando por las mañanas iba a ver a mis



abuelos que me daban la bendición y cinco pesetas (que en aquella época daba para mucho). Después iba a misa a la iglesia de Santo Domingo y para casa. Por la tarde, iba con mis amigas al cine de matiné de las cinco y a la salida a jugar a la Plaza de Santa Ana o al Parque de San Telmo, y a las ocho de la tarde en casa.

Otros domingos iba con mis padres a visitar a unos tíos que teníamos en Arucas y en Telde. Entonces se usaba mucho las visitas entre las familias en los dos sitios lo pasaba muy bien, pues era en pleno campo y mis hermanos y yo disfrutábamos como enanos subiéndonos a los árboles, metiendo los pies en las acequias, cazando mariposas y poniéndonos perdidos de tierra y arañazos por todo el cuerpo.

A los ocho años hice mi primera Comunión recuerdo que fue un día precioso la ilusión de ponerme aquel traje tan bonito, por la tarde en la merienda lo puse perdido, pues se me cayó encima una taza de chocolate y me quedé hecha un desastre.

Conforme he ido escribiendo han aparecido muchos recuerdos, que si los cuento sería interminable este relato.

Por lo que vuelvo a decir que fue una época muy feliz y le estoy agradecida a Dios por darme esa felicidad.

## ***Cruz de Pineda***

**Celsa María González**

Nací el día de Santa Rita, el 22 de mayo del año cuarenta y tres. Soy la tercera de cuatro hermanos. Cruz de Pineda es un barrio del municipio de Arucas. Mis abuelos tenían una tienda de esas donde se vendía Aceite y Vinagre y, cómo no, Ron de Arehucas. Se les servían a los clientes en vasos del fondo grueso y una raya roja para no pasarse. Y el enyesque eran sardinas saladas que venían en barricas y aceitunas en garrafas a granel.

Tenía yo siete años cuando hice mi primera comunión. Me preparó para ese sagrado sacramento mi tía Lala, porque la parroquia me quedaba lejos, pero el examen y el visto bueno me lo daba el párroco. Ese día tan importante, salimos mis padres, mis hermanos, mis tías Carmen y Lala y yo para recorrer a pie la distancia de tres kilómetros que hay entre mi casa y la Iglesia de Arucas. Llegamos a las diez y media, media hora antes de la ceremonia era. Después de terminar la misa nos tenían preparado un desayuno en la Plaza de San Juan, que consistía en chocolate, bizcochos de Moya y churros. Más de uno acabó todo manchado. Nuestras madres se nos enfadaban, pensando en el trabajo que les había costado hacer el traje blanco, largo con entredós y encajes, con una bolsa haciendo juego que nos servía para poner el dinero que

nos daba la familia que visitábamos para la bendición y a la vez recoger algunas perras de cinco o de diez céntimos y algún que otro real. Al final llegábamos a casa sobre las siete o las ocho de la tarde, más muertos que vivos. Todo esto con zapatos nuevos.

Podría seguir contando más cosas como, por ejemplo, las fiestas de San Juan, las batallas de flores, la gira a la montaña de Arucas, los paseos por la calle León y Castillo a buscar novio: yo encontré a esa persona que me iba a acompañar durante los mejores años de mi vida, pero no quiero seguir porque me pongo triste.

***Mis primeros años***  
**Covadonga Pérez Megido**

Los recuerdos agradables de mi vida se remontan a mis primeros años. Nací en la isla de la Palma en un sitio muy bonito llamado Los Llanos de Aridane. Vine a Las Palmas de Gran Canaria a la edad de cinco años aunque siempre volvía a la Palma en los veranos a ver a mis abuelos paternos. Ellos tenían en Los Llanos una casa antigua muy grande con los pisos de madera; detrás había una gran huerta llena de árboles frutales y plataneras, gallinas, cabras, varios perros y gatos. También tenía la huerta muchos panales de abejas llenos de miel. Yo disfrutaba mucho subiendo a los árboles a coger manzanas, peras y naranjas.

La casa estaba situada al lado de la Plaza donde esta la Iglesia Matriz de los Remedios, Patrona de Los Llanos, en una avenida llamada Tanausú que tiene unos árboles centenarios enormes y unas casas que muchas de ellas recuerdan estilos coloniales. Todavía se conserva en ella la casa donde nacieron mis hermanos y yo, en la que me lo pasaba en grande montando en bicicleta con mis amigas porque el tráfico era mínimo.

Cuando volvía a Las Palmas donde vivía al lado de playa de Las Canteras, también los recuerdos son de tranquilidad, ya que

podíamos jugar en la calle, a la comba, al teje: hacíamos cuadrados con una tiza en la acera y jugábamos con un trozo de azulejo sobre ellos. Las casas en ese tiempo no se cerraban con llave en el día, sólo se ponía el picaporte y por las noches era cuando se pasaba la llave.

Nuestra vida discurría entre el Colegio y la Playa de Las Canteras pues mi casa estaba en la calle Padre Cueto muy cerca de allí. En los primeros años fue el colegio del Carmen que sigue estando en la calle Luis Morote: allí hice Mi primera comunión a los siete años. Siempre me vestían de ángel en el mes de mayo y en las procesiones de la Iglesia de San Pablo. Luego, a los nueve años pasé al Colegio de las RR.MM. Dominicanas.

De la playa, qué se puede decir que no sea siempre bueno. Vivíamos en ella, y en verano íbamos en grupos a bañarnos a las siete de la mañana. Un poco mayores –doce o trece años– recuerdo que nuestros bañadores tenían falda y nos cubríamos con la toalla o el albornoz, hasta llegar a la orilla y al salir del agua. Jugábamos al clavo, que era un juego que se practicaba mucho con un clavo grande y en el que todas éramos expertas.

Mucho más podría escribir de todas estas vivencias que tengo presente pero en resumen fue una infancia tranquila, feliz, de una ciudad que no tenía el movimiento de hoy, pero muy entrañable.

## ***Recuerdos de infancia de un sesentón***

### **Domingo Cruz Socorro**

En 1945, vivíamos en el Puerto, en la calle Isla de Cuba. Por razones de trabajo, mi padre fue trasladado a Las Palmas y, debido a la distancia tan grande entre el Puerto y Las Palmas, tuvimos que mudarnos. Nos fuimos a vivir a la calle Alcalde Obregón, en la Parroquia de San Francisco, situada en la margen izquierda del Barranco Guiniguada. Para llegar a mi calle desde el Puente de Piedra o Puente de Verdugo, hay que atravesar *El Terrero*, una zona de las más antiguas de esta Ciudad, formada por las calles Fuente, San Justo, Enmedio y Terrero. En planos de Torriani están ya estas calles.

Buscando en mi memoria, he recordado cosas que hoy día han desaparecido y que voy a narrarlas por calle: al empezar la calle Fuente, en el nº 1, había una Farmacia, la más antigua de la Ciudad, fundada en mil ochocientos y pico, por el Licenciado Vernetta (creo recordar); por estar en un ángulo del edificio se la conocía por la *Farmacia del Rincón*. Bajando Fuente, encontramos, a la derecha la calle Terrero, donde estaba el edificio que albergaba el Monte de Piedad. En el nº 4, haciendo esquina con Terrero, en lo bajo, la Cooperativa Farmacéutica Canaria tenía una industria, Laboratorios COOP, donde hacían sueros, jarabes, etc. Frente existía una fuente,

la causante de darle nombre a la calle; cuando la conocí estaba seca, pero si se conservaba la obra, había un pilar que vertería el agua en un recipiente-abrevadero, como de 2 m de largo, realizado en granito, para las bestias. En el n° 5, una gran Carpintería-serrería, *Talavera*. Hoy ocupa el solar un edificio de viviendas. Lo que alteraba algo la tranquilidad del barrio era, la parada de los *Piratas del Monte* y Santa Brígida: eran coches que hacían el servicio de transporte de viajeros, llamados así porque le robaban los pasajeros a los coches *de hora*; salían de Las Palmas cuando el coche se llenaba, pero la salida del Monte, por ejemplo, la hacían desde que veían aparecer el coche *de hora* y así le *pirateaban* el pasaje. Recuerdo que los primeros piratas de marcas hoy poco conocidas (Buicks, Willys, Studebaker, etc.) eran largos, llevaban siete pasajeros, tres atrás, otros tres en unas butacas articuladas llamadas *transportines* y uno al lado del chófer. Después fueron sustituidos por microbuses de nueve plazas. Recuerdo también que, a esta altura de la parada de los piratas, había una rampa a favor de la corriente del barranco, del ancho suficiente para que pasaran vehículos, que se continuaba mediante una pista que, por en medio del barranco, llegaba al Hospital Militar, hoy Rectorado de la Universidad; la otra rampa daba a la calle Juan de Quesada (*El Toril*), y conectaba con la carretera del Centro. Esta pista se usaba en Semana Santa, el Jueves y Viernes Santos, cuando el Señor estaba muerto. Estaba prohibida

la circulación, desde el Parque de San Telmo hasta la Plaza de Santa Ana.

A esta altura, la calle Fuente pierde su nombre y se convierte en San Diego de Alcalá. Desde aquí parte otra calle, San Justo, que sería el límite Oeste de la Ciudad y que pone en comunicación la parte baja con la subida al *Risco de San Nicolás*. Como hay una gran diferencia de altura, existe una escalinata amplia, que termina en una plazoleta en la que hay un edificio que, en tiempos, fue la Iglesia de los Santos Justo y Pastor. Yo conocí este edificio como una carpintería; luego la tiraron y fue el célebre Cine *Cairasco*. Al pie de la escalinata, una imprenta, posiblemente de las primeras, la imprenta San Justo que, en tiempos, editó el periódico *El Tribuno*. Hacia la mitad de la calle había un potrero, donde guardaba caballo y tartana Antoñito *el tartanero*, que tenía un concierto con la Cooperativa Farmacéutica y luego con el Comercio de Triana para retirar y llevarles los paquetes postales.

Ya en la parte nueva, y siguiendo por San Diego de Alcalá, la primera calle es Párroco Artiles, que desemboca en Alcalde Obregón, la mía: aquí jugábamos al fútbol, al *baty play* (algo parecido al béisbol, donde el bate era nuestro brazo), al trompo, a las diferentes variaciones de piola: "piola y muda", "a la una la mula", "monta la uva, monta el garbanzo", etc. En estos tiempos no todo estaba construido: había solares, algunos cerrados; uno de ellos era



de un tal Pepito *el de las cabras*, donde guardaba las *idem*, con un magnífico macho cabrío que en ciertos momentos perfumaba el entorno. Allí solían llevar los vecinos a las cabras que tuvieran para que *las viera el médico*. Las casas lindaban por detrás con fincas de plataneras y al fondo Pambaso, aproximadamente frente al Rectorado actual. De esa edad, el recuerdo más intenso y que más nítido tengo en mi memoria es el del fallecimiento y el entierro de don Domingo Jaén, un agente comercial, socialista, buenísima persona. D. Domingo murió en una intervención quirúrgica, varices en las piernas; murió desangrado en la mesa de operaciones, parece ser que por no hacerle un buen preoperatorio, ya que tenía alguna dificultad congénita en la coagulación.

Lo impresionante del entierro fue la multitud asistente, el féretro por el Puente de Piedra y el gentío mas allá de la parada de los piratas. Y la anécdota, que un célebre comerciante de Triana, se fue porque no llevaba *curato*. Como curiosidad de personajes populares estaba Josefa *la mayuya*. Le gritábamos "mayuya" y ella nos correspondía con insultos. Lo de *mayuya* supongo sería porque hablaba sola, y como un murmullo. *Pancho el bruto*, cuando se le llamaba así, salía corriendo detrás de nosotros y como trincara una piedra te la tiraba. Y Rafael Moniaco, todo el día borracho: le decían "Moniacooo", y él contestaba "niño malo al potrero". Andrés *el Ratón* dormía debajo del Puente, iba siempre engalanado con

chatarra, medallas, descalzo, daba unas pisadas fuertes con un pie ancho y calloso que resonaba como un tabletazo, cargado de humanidad, daba al que necesitara lo que tuviera, siempre estaba rebuscando en basuras y en la desembocadura del barranco, objetos, chucherías, medallas, etc. que limpiaba, daba lustre y vendía. Tiene una calle con su nombre en la Plaza del Mercado de Vegueta, Andrés Déniz “El Ratón”.

Y para acabar el recuerdo, otro personaje interesante era *Berros, ¡pum!*, un tipo que cargaba una gran canasta llena de berros, a quien recuerdo verlo en el Puerto, Las Palmas y el Monte; Anunciaba su producto con un fortísimo “beeee... rrooooh!”, Que parecía cantar barreno, por eso la gente le contestaba con un ¡puuum!

## ***El Valle de los nueve***

**Eloísa Rodríguez Alejandro**

Nací en un pueblo llamado Valle de los Nueve. No tenía plaza, ni iglesia, sólo dos escuelas, la escuela de los niños y la escuela de las niñas. Sus casas se construían a lo largo de la carretera, la mayoría de ellas con cercados de tierra donde plantaban papas, millo, judieras, etc., que se regaban con el agua de una acequia que bajaba junto a la carretera, desde Lomo Magullo o desde más arriba. Era una delicia cuando caminábamos oyendo el ruido del agua, ya que no había tráfico, sólo bestias, el coche de hora y algún que otro coche. Claro que en ese tiempo no lo apreciábamos, porque era normal, pero hoy, recordándolo, pienso que con la evolución hemos ganado muchas cosas, pero hemos perdido el silencio y el aire puro.

En algunos tramos se ensanchaba el pueblo hacia el barranco, por donde bajaba agua y las mujeres iban a lavar la ropa con la cesta en la cabeza y un niño a la cintura. Al otro lado de la carretera, lindando con la de Valsequillo, había una ermita llamada San José de Las Longueras, y para acceder a ella teníamos que atravesar el barranco y subir la ladera. Esta ermita siempre estaba cerrada, no recuerdo haber ido a oír misa allí. Para eso, mi madre –¡oh, perdón!

No he dicho aún que soy la tercera de siete hermanos, dos varones y cinco hembras—, como decía, mi madre nos levantaba a las cinco de la madrugada para ir caminando dos kilómetros y medio a la iglesia de San Gregorio, en Los Llanos de Telde. Aunque me levantaba de mal humor, después de oír la misa, lo que más me gustaba eran los churros con chocolate y el ambiente que había en el mercado de frutas y verduras, que se extendía en la plaza delante de la iglesia. Hoy se le llama mercadillo.

También recuerdo mi casa con un patio con geranios al aire libre, donde jugábamos al escondite y también a las casitas. Me viene a la memoria, en ese patio, un gato que no pasaba del quicio de la puerta, mientras almorzábamos. Luego, mi madre le echaba los restos. Pero, cuando había pescado fresco, ella no se podía descuidar porque se lo comía.

Recuerdo la escuela como una etapa de mi vida feliz. La escuela era una casa terrera. Sólo recuerdo dos casas de dos plantas, que eran de personas hacendadas. La escuela de los niños estaba dos casas más abajo. Mi maestra era muy buena para enseñar, lo que sé se lo debo a ella. Todavía vive. Se llama Francisca Hernández.

***El mar de mi infancia***  
**Elvita Quintero Ayala**

Desde muy pequeña me he sentido atraída por el mar. Mi vida ha transcurrido cerca de la playa de Las Canteras, y siempre me he sentido acompañada por su grandeza. Sus olas, de juguetona espuma, han sido mis fieles amigos, siempre esperándome, ahí, en la orilla del mar. Con el paso del tiempo he madurado y he conocido varios lugares y playas, pero ninguno de ellos me ha hecho sentir la fuerza de mis costas.

Aún hoy, camino descalza por la arena mojada dejando que sus miles de dedos acaricien mi piel y refresquen mis recuerdos. El tiempo ha pasado y yo ya no soy tan joven para correr como antes entre las olas, pero sé que el mar siempre estará esperándome fielmente. El agua seguirá chocando y revolcando a los niños entre nubes de arena. Yo suelo sentarme y ver cómo la espuma me llama, me llama a la juventud, me llama a sentir una vez más el juego inocente de la vida.

Corralejo, playa de Fuerteventura, donde la arena es de tonos blancos y cálida presencia. El mar, como su inseparable compañero, choca alocado contra la orilla y dibuja en espuma gran variedad de figuras. Desde que puedo me escapo de la ciudad y la monotonía que me encierra en una prisión de humo, para viajar hasta ese

preciado lugar. Con o sin compañía, cuando voy, me entrego por completo a los plácidos rayos del sol, reposo en la arena, que es como la espuma, suave, blanca; dejo pasar el día, contemplando el ir de las horas, sin que esto varíe la calma del mar. Esta playa de grandes dimensiones me ha inspirado sueños, pensamientos y me ha servido como musa para una poesía:

De las islas, la Sultana,  
de transparencia en el mar,  
Y de arena suave y blanca.  
¡Eres como playa virgen,  
jamás por el hombre hollada

Tendida bajo tu cielo,  
perdida en él la mirada,  
roto el profundo silencio  
por olas arrodilladas,  
que acarician tu arena,  
Como novia enamorada.

suave brisa que me abraza,  
perfume de Sol y mar,  
y mi alma lacerada  
Se siente purificada.

Claras aguas ondulantes,  
armonía cadenciosa que me llama,  
... y se cautiva mi ser,  
de este mar de espuma blanca,  
de azul cielo y del silencio,

y me entrego a esta playa,  
y ser parte de ella misma,

en lo profundo de su agua,  
Me cubra la espuma blanca.

Dormir, arrullada por sus olas,  
tener su sombra, su azul,  
la pálida luna me acaricie,  
¡Quiero ser tú!



***Recuerdos de mi infancia***  
**Enrique Miguel Sosa**

En un lugar de Las Palmas, adentrado a unos veinte o treinta metros en tierra firme, existía –aún existe– un castillo que marcó parte de mi niñez: el castillo de S. Cristóbal.

Aunque nací en Las Alcaravaneras, a la edad de cuatro años me trasladé al barrio de Vegueta. Allí, el principal pasatiempo de la chiquillería era estar todo el día *marisquiando* o cogiendo lombrices. Nos recorríamos toda la marea desde nuestro barrio hasta el Túnel de Telde y fue precisamente así cuando descubrí por primera vez aquella torre.

Cuando llegaban las vacaciones de verano, ya no jugaba con mis compañeros en el colegio de los jesuitas ni me bañaba con ellos en la plazoleta de Santa Isabel ni iba al cine Vegueta a ver alguna película de Cantinflas. Mis pasos siempre terminaban en El Castillo de San Cristóbal. Allí me bañaba, allí “marisquiaba” y allí me sentaba frente a montículo levantado lleno de historia. Me metía en él escalando sus muros, oteaba el horizonte y entonces empezaban mis fantasías: *Barco a la vista. Preparen los cañones*. Me movía de derecha a izquierda. Lanzaba piedras a diestro y siniestra y, pasado cierto tiempo, cuando mis brazos ya estaban mermados por el



cansancio de mis lanzamientos de piedras hacia el agua, veía cómo aquellos barcos se retiraban a todo trapo. Una vez más se había rechazado al invasor.

Mi historia no acaba aquí en el recuerdo único del Castillo de San Cristóbal. Sería injusto no mencionar a un barrio marinero que formaba parte del entorno de aquel castillo. Su gente, su forma de ser, su forma tan peculiar de hablar, su comportamiento, también me cautivaron. Eran las personas conocidas en toda Las Palmas como *chacalotes*. Yo no era del barrio pero me trataban como uno de ellos. Cuatro años estuve compartiendo su filosofía de vida.

Uno de los personajes más emblemáticos que había en aquel barrio, era *Mastro Chano*, el *limpio*. Cuando lo conocí tendría unos cuarenta años, pero su comportamiento era como el de un niño y mis compañeros de aquel barrio me contaban múltiples anécdotas sobre este personaje. Pasado cierto tiempo se hizo muy amigo mío. Aquel hombre irradiaba amor y gran humanidad y siempre daba algo a cambio de nada. Un día, tuvo un accidente fatal y murió.

Cuando subía a mi castillo ya no había barcos de guerra, ya no había cañones, ni siquiera una pequeña guirrea entre ellos y yo. Surcaban el cielo las gaviotas. Estaba triste y mis fantasías me hacían volar, volar y volar para estar junto a mi amigo, pero nunca lo encontraba. Quizás algún día... Me gustaría que conocieran a

*Mastro Chano*, así que les contaré algunas de sus vivencias, pero con palabras de aquel barrio, con palabras canarionas.

*Mastro Chano* era en realidad un hombre de lo más “jediondo” y alérgico al agua, que entraba en un bar y oía pedir un vaso de agua y salía corriendo por no verla. Según me comentaron personas que fueron a su bautizo, se salvó de que le echaran el agua, por ser tiempo de sequías; y en su lugar lo bautizaron con un poco de vino tinto del Monte, incidente que le valió para el resto de su vida, porque le gustaba el *trinqui* de mala manera, por fuera no se mojó nunca, pero por dentro tenía hasta culantrillo. Miren ustedes, él veía un barquillo en un escaparate y ya se estaba *mariando*. Era un hombre conocido desde San Cristóbal hasta Arguineguín. Hablaba del mar como nadie, pero la verdad lo que él entendía del mar era comerse un sancocho con su mojo picón y todo.

*Mastro Chano* les tenía tirria a los pilares públicos, a los tanques, a los charcos, a las pilas de agua fresca... en fin, a todo aquello que tuviera relación con el líquido elemento. Parece ser que él decía, que la lluvia era un castigo del cielo. Un día le invitaron a comerse unos chicharos en un cafetin del barrio. Salió *embullao* como una *panchona* y, estando a la orilla de la playa, le dijeron que se arremangara los pantalones para ayudar a tirar del chinchorro. Nuestro hombre se plantó y dijo "pero concio, ustedes se han

empeñado enfermarme"; pos no, y tirándose encima de los teniques se quedó fritito”.

Un día su mujer le dijo que ya era hora que se bañase y él siempre le contestaba “cuando dos se quieren, con uno que se bañe basta, vaya mareo de mujer, ¡coño!”. Cuando ya era de avanzada edad y aún no había sido víctima del agua, se fue a ver un partido de fútbol al Campo España. Resulta que al entrar y pasar por la cantina, alguien que destapaba en aquel momento una botella de *cliper*, le echó todo el líquido por arriba de *Mastro Chano*, dejándolo que parecía una rana en un charco de agua; Cuando a nuestro personaje se le pasó la impresión y pudo ver imágenes concretas, lo primero que vio fue un cartel que decía *CONTAMOS CONTIGO*, y él, dirigiéndose a todos nosotros, comento: sí, pero a traición.

Algo así era *Mastro Chano*. Hay muchas más anécdotas pero estas quizás son las más notables y lo que seguramente les ha ayudado a ustedes a conocer un poco más a uno de mis compañeros de Infancia. Son personajes y cosas de mi infancia, cosas inolvidables, cosas que te impactan, cosas que nunca puedes olvidar. Hasta siempre, castillo de San Cristóbal, hasta siempre *Mastro Chano, el limpio*.

## ***Mi infancia***

### **M<sup>a</sup>. Eugenia Sánchez Muntañola**

Nací en Manila, capital de Luzón, una maravillosa isla perteneciente al Archipiélago que componen las Islas Filipinas. Hija única de padres españoles, viví en una hacienda a hora y media de la ciudad, donde se cultivaba la caña de azúcar. Se plantaba, recogía y se prensaba para sacar el azúcar y elaborar el ron.

La hacienda se componía de varias casas, las que lindaban entre sí con unos preciosos jardines donde crecían toda clase de plantas tropicales y árboles frutales. Había bosques y parques para disfrute de todos, y un Club de ocio con golf, tenis, etc., todo cuidado y vigilado por personal de la empresa *Compañía de Tabacos de Filipinas*.

Las casas eran todas iguales, de madera y construidas en alto para evitar inundaciones en tiempo de los monzones (época de las grandes lluvias). Las ventanas y puertas estaban hechas con tela-metálica para impedir la entrada de animales salvajes y serpientes. Todo el personal (y familiares) de la Empresa que vivíamos allí éramos de diversas nacionalidades y razas: españoles, franceses, alemanes, chinos y filipinos y hasta es posible que alguna más.

Pasé mi infancia jugando todo el día en nuestro jardín o en el del vecino, como en un paraíso con unos padres estupendos y un ama china que cuidaba de mi. Estas circunstancias no duraron mucho, ya que al empezar la invasión de las Islas por los japoneses y la salida de los americanos (cuando Mc. Arthur pronunció la famosa frase: "*I shall return*") tuvimos que trasladarnos al norte, y no recuerdo mucho de esta etapa, salvo vivir en un hotelito de montaña, con muchos huéspedes. Allí me supongo que haría lo de cualquier niño de esa edad, excepto que tenía que dejar todo cuando sonaba la sirena de alarma y correr al refugio.

Una vez tomadas las Islas por los japoneses vivimos unos años bajo su dominio, no recuerdo los efectos de esta invasión, sólo que había muchos nipones por todas partes, tenía que saludarles doblando el cuerpo hasta la cintura, y que los niños teníamos que ir al colegio japonés.

Más tarde fui a un colegio público donde era objeto de burla por no ser natural del país, no tener su color o no hablar bien su idioma. No duró tampoco mucho esta situación. De nuevo estábamos en guerra: era la Segunda Guerra Mundial.

Los japoneses abandonaban las Islas y los americanos volvían con el General Mc. Arthur, que cumplía así su promesa. Esta situación nos obligó a trasladarnos a Manila, la capital.

En Manila, los niños jugábamos cuando podíamos por el escaso espacio para ello. Algunas veces el entretenimiento consistía en salir al patio o al jardín a recoger la metralla aún caliente de la última bomba después de un ataque aéreo, o nos sentábamos alrededor de los mayores oyendo las últimas noticias de alguna radio clandestina y relatos de algún vecino que venía a contarnos la mala suerte de estos o aquellos que, en el último momento de elegir refugio, se metían en alguno donde los japoneses esa noche habían decidido echar granadas de mano y acabar con todos los que allí estaban.

La misma suerte corrieron los que se refugiaron en un hospital, según relato de un superviviente. Este hecho podía sucederle a cualquiera, y nos distraíamos haciendo cigarrillos a mano, con máquinas muy rudimentarias.

Los hechos que he descrito ocuparon mi niñez hasta los ocho años.

Una vez terminada la guerra, fuimos reclamados por el Gobierno Español, que nos envió el barco *Plus Ultra* para dicho viaje, una prueba más de supervivencia.

Al ser el primer barco de repatriados íbamos a tope, en condiciones bajo mínimos en sanidad e higiene, alimentación, etc.; motivo por el cual, habiendo subido un pasajero con una enfermedad

contagiosa, fue el detonante de la declaración de una epidemia a bordo, siendo yo uno de los contagiados.

La enfermedad que contraí y la falta de medicamentos fueron los motivos por los que tuvieron que desembarcarme en Port Said, Egipto, una auténtica odisea, mis padres tuvieron que sobornar a varias personas, barqueros y camioneros, para poder llevarme escondida bajo una lona a una clínica inglesa, y salvarme así la vida. Esta situación se originó porque el barco estaba en cuarentena, fondeado y no podía atracar en puerto.

Permanecimos en Egipto tres meses hasta mi recuperación llegué a España cuando tenía nueve años, para disfrutar unas vacaciones. Regresamos a las maravillosas Islas Filipinas después de un año.

## ***Alcaravaneras, mi barrio***

**Eugenio Tacoronte Santana**

Fue una gran franja de arena que, en la subida de marea, era bañada por las olas. Un enclave situado en el istmo que une la isleta y la ciudad, rodeada por los Arenales, la Ciudad Jardín, el barrio de Santa Catalina y la playa, antiguo paraje de inmigración de alcaravanes del que tomó su nombre. Su tipología arquitectónica era de viviendas unifamiliares o casas terreras, como las llamábamos antes, donde casi todos los vecinos tenían una o dos cabras, conejos y gallinas, aunque eran los gallos los que hacían de la llegada del alba una fiesta.

Mi barrio era pequeño, entrañable, se respiraba una atmósfera familiar en la todos nos conocíamos y sabíamos de nuestras vidas, y no había que pedir nada porque en la adversidad la ayuda llegaba sola. Me queda un entrañable recuerdo de la figura grande y bonachona de don José Espino, el viejo párroco que me bautizó y que ya, en aquellos tiempos, usaba el avanzado *marketing* de rifar una peseta al final de la catequesis semanal a la que todos asistíamos. Este buen hombre realizaba su magisterio en una pequeña capilla que compartía con el colegio La Salle, que en la guerra civil sirvió como centro de retención policial al servicio de los fascistas del golpista General Franco. Al llegar la noche se oía el



entremezclado ruido de aporrear del piano y los gritos de los pobres torturados. Por eso mi padre, que se durmió muchas noches con tan macabra música, no permitía que en la mesa se hablara de política y te decía: “¡Niño, de esas cosas no se habla!”

Mi barrio era apacible, tranquilo, tenía su cine Goya con la *matinée* y la doble función de los jueves, enfrente la heladería, el carrito de las chufas y manzanas acarameladas, donde cada domingo dejábamos nuestra exigua paga semanal.

Nuestro parque era la playa, los arenales y los solares, en el que al saltar sus tapias nos hacíamos daño en los pies y mi abuelo Papayuyo *el pajarero*, que era medio estelero, me las arreglaba y me advertía: “¡No seas mataperros y vete pa’ tu casa!” Jugábamos en todas las calles porque apenas había circulación de coches, se podía jugar al trompo con la consabida cantinela *jeste trompo no tiene cruz para el norte o para el sur!* Y lo tirábamos. También jugábamos a la pelota de trapo, que rellenábamos con calcetines, o a las chapas usando de portería las cloacas, o a monta la uva, monta el garbanzo, monta el borriquillo manso, y otros tantos juegos con los que pasábamos nuestras tardes infantiles. Al atardecer nos sentábamos a contar historias de chupasangres y del hombre del saco o, a veces, acechábamos a los *guiros*, que eran las parejas de novios que realizaban sus escarceos amorosos al resguardo del muro de la playa.

Al llegar a casa teníamos que vaciar nuestros bolsillos de boliches, callaos y la tiradera hecha de horqueta de limonero, que es una madera muy dura. Después de la ducha, nos sentábamos a oír la radio y recuerdo que lo hacíamos en un cuarto que estaba presidido por un gran cuadro con la foto de mis abuelos maternos en blanco y negro, a los cuales no conocí pero que nunca olvidaré por su figura tan seria y ceremoniosa: él con su bastón y su bigote y ella con la mirada penetrante, que hasta hoy en día la tengo presente y así tan bien acompañados nos poníamos a escuchar *Diego Valor*, versión guerra de las galaxias de la época con sus marcianos verdes y el malo *Mecón* y, los viernes, oíamos *El criminal nunca gana*, de tema policíaco. Toda nuestra actividad cultural se basaba en los seriales de radio, el cine y los tebeos que salían los jueves.

El barrio poseía personalidad propia y nos sentíamos orgullosos de él. En mi recuerdo están los personajes que marcaron nuestra niñez: Manolito *el cojo*, guardián del colegio, que nos reñía porque nos subíamos al algarrobo a comernos sus frutos; o *El guindilla perejil*, que nos la tenía sentenciada por las roturas de ventana con el balón; O el tendero Leopoldito, a quien nos enviaban nuestras madres a comprar petróleo para la cocinilla o cinco pesetas de queso. Y Pepito el barbero y Padilla el practicante, el acuarelista Elías Marrero, que tenía su estudio dando a la calle y a quien veíamos pintar. En el barrio había muchos futbolistas que en la playa

adquirían mucha resistencia; yo presumía de tener un primo en la U.D. Las Palmas.

Por otro lado estaban los personajes que ofrecían servicios profesionales por las calles a grito pelado, como el lechero con sus cabras recorriendo el barrio por la mañana y por las tardes y que las ordeñaba allí mismo. Y el repartidor de hielo y el calderero, que arreglaba en la puerta de tu casa los cacharros que tenías rotos. Uno que nos gustaba de forma especial era el afilador quien con la llamada de la boquilla nos avisaba de su presencia. Y, por supuesto, quedan mis grandes amigos del alma: Andresín *el corredera*, Pipo *el ratón*, Feluco y tantas otros que llenaron mi infancia de amistad y cariño. Siempre esperábamos con impaciencia las fiestas del barrio para poder participar en las carreras de sacos, la subida del palo engrasado, la cogida de las cintas en bicicleta, las piñatas, que eran tallas de barro que rompíamos con un palo: en la primera siempre metían agua o gatos salvajes y la última la llenaban de caramelos.

Pero el recuerdo más grato lo tengo para mi querida playa, que era nuestro gran parque natural, donde jugábamos, hacíamos deporte, nos bañábamos y teníamos nuestras primeras aventuras amorosas. También en la playa alquilábamos los botes de Marcelino, para ir de pesca o hacer pegas; otros días hacíamos fijas con los hierros de las obras y con un trozo de trapo blanco en la punta íbamos a pulpiar, también cogíamos cangrejos y lapas.

En los años cincuenta y sesenta la playa estaba llena de vida marina en la que varios pescadores con sus chinchorros y nasas se ganaban la vida. De aquellos largos veranos me quedan en la memoria los corros que hacíamos los chicos y las chicas y que, al calor de la arena de nuestra playa, íbamos degradando nuestras vidas y, sin darnos cuenta, nos hacíamos mayores teniendo como silencioso testigo el mar.

***Recomponiendo mi barrio***  
**Felisa Cocero Polo**

Desdichadamente no puedo relatar los recuerdos de un barrio de Las Palmas de Gran Canaria, ya que soy segoviana, de un pueblo situado al noroeste de la provincia que se llama Campo de Cuéllar. Así que en estas líneas reviviré aquellas calles y costumbres. De todas formas el pueblo es tan pequeño. No más de cuatrocientos habitantes, que poblacionalmente es inferior a la mayoría de los barrios de esta ciudad; no obstante, al estar aislado y, sobre todo, pertenecer a la meseta castellana, siempre ha tenido unas costumbres muy peculiares que le han caracterizado y que, remontándome a los años cuarenta, voy a intentar exponer.

El pueblo es exclusivamente agrícola y ganadero y, fundamentalmente, la mayoría de los vecinos son agricultores, lo cual imprime un carácter recio pero hospitalario a sus gentes, gentes que, sin distinción de sexo, están acostumbradas al trabajo físico, a soportar el aplastante sol de los cortos pero abrasadores veranos, y el intenso frío de largos inviernos donde, por lo menos durante tres meses, las temperaturas nocturnas bajan de los cero grados.

En aquellos tiempos las calles eran de tierra, lo cual no impedía que se disfrutara de ellas, ya que era la única diversión para unos niños que, conociéndose todos, se unían en pandillas para jugar

a la comba, a la parranca, al marro, a la pelota o a pídola. La mayoría de las casas eran de adobe (hoy todavía existen algunas) que conseguían, debido a sus características aislantes, un soportable ambiente tanto en invierno como en verano.

La iglesia es de estilo renacentista, con artesonado barroco en madera policromada: su torre, de planta cuadrangular y campanario en la parte alta, sirvió de referencia en el trazado de las calles más importantes que de forma radial confluyen en la Plaza Mayor. También las cigüeñas, cada año en febrero, regresan a la torre para hacer sus nidos.

La Plaza Mayor, como digo, linda con la iglesia por el naciente y el muro que las separa sirve de frontón para jugar a la pelota, hoy poco utilizado pero elemento fundamental en aquellos tiempos donde, sobre todo en fiestas, se hacían campeonatos de pelota "a mano". Sólo queda para describir la parte central del pueblo la referencia a un olmo (nosotros lo llamábamos *la olma*) situado entre la Plaza Mayor y la plazoleta delante de la entrada a la iglesia que, según los entendidos, puede tener más de cuatrocientos años y cuya savia desgraciadamente ya no circula por él desde hace una década.

A las afueras del pueblo, al noreste, se encuentre el Cementerio, y por el mismo camino, dos kilómetros más alejada, la ermita de San Mamés, de estilo románico-mudéjar de los siglos XII

y XIII, construida de un ábside de una iglesia perteneciente a un pueblo extinguido por la peste, llamado Peliagudo.

El 25 de mayo se celebra la fiesta de San Urbán, dedicada al Cristo de San Mamés que mora en la referida ermita y que, habiéndole trasladado a la iglesia del pueblo el Día de la Cruz y tras varias novenas, es devuelto por San Urbán, en procesión, a la ermita, danzando, la mayoría del pueblo, al son de una dulzaina y un tamboril. Las Fiestas Mayores del pueblo son las patronales de San Juan, a finales de agosto, que además tenían un sabor especial, pues todas las gentes participaban y muchas eran las parejas que, ataviadas con el traje típico segoviano, danzaban delante del Santo durante la procesión.

Los campeonatos de pelota y las veladas musicales en la Plaza Mayor eran los principales acontecimientos que, durante tres días, mantenían entusiasmados a los pequeños y jóvenes, y hacían olvidar a los mayores, por unas horas, el sudor derramado en los campos cuando ya expiraba el verano.

## ***Descripción de la ciudad en que nació (Barcelona, 1927)***

**Francisco López Rodríguez**

Nací en un barrio cercano al corazón de la ciudad, cercano a la Catedral, a Plaza de Cataluña, a Las Ramblas, al Hospital de Santa Cruz, a los mercados de la Boquería y San Antonio, al Ayuntamiento y la Generalidad. Vine al mundo en un piso de vecinos de la calle Wifredo, rotulada en memoria del Conde de Wifredo que rigió los designios de Cataluña, por eso se denomina a Barcelona como Ciudad Condal, por ser la única regida por condes.

La finca tenía seis pisos y veintidós hogares. Recuerdo que, por regla general, las puertas estaban siempre abiertas y los niños de nuestra edad íbamos a jugar con nuestros amigos sin impedimento alguno, entrar y salir de la casa de cualquier vecino no era tarea difícil para nuestras inocentes ansias de libertad.

Mi primer recuerdo data de cuando tenía cinco años, en el año 1932: es el de un vecino llamado Melchor a quien adoraba y pensaba que era familiar del Rey Mago.

En las largas noches, al no haber otras cosas en que entretenerse, se jugaban partidas de parchís y siempre está en mi recuerdo las trampas que los mayores nos hacían, con el consiguiente enfado nuestro.



Nunca he olvidado mi primera pelota de goma, una de las que en aquella época llamábamos *de reglamento*, un regalo de un vecino francés que me la trajo de París.

Otro recuerdo fue la caída por la escalera de la finca, un trecho de quince escalones por los que me deslicé en caída libre. Una vecina, la señora Mercedes, salió a ver qué se había roto y me descubrió tirado en el rellano. Su susto mayúsculo la llevó a regalarme un helado, con lo que de inmediato me levanté y salí corriendo a jugar a la calle; ¡Que pronto se olvidan los golpes a esa edad!

La calle para los niños representaba la expansión y el juego y nuestra ambición estaba en disponer de ella en el mayor espacio posible, acotarla como espacio vital de igual forma que un lobo marca el territorio en donde se siente dueño. Allí dábamos patadas a la pelota, corríamos, nos escondíamos en los portales, jugábamos al burro, a las canicas y, sobre todo, nos veíamos de héroes de nuestros sueños. Pero nuestro juego más habitual era la pelota y las hacíamos con trapos, papel y cuerda. La pelota que me trajeron de París causó impacto y todos los niños del barrio se disputaban jugar en mi equipo.

En muchas ocasiones me llevaban de paseo unas vecinas jóvenes. Yo era un muchacho formalito y tímido, así y todo no sabía explicar por qué había tantas muchachas dispuestas a darme un

paseo por los alrededores del barrio. Cuando pasaba delante de un puesto de helados sólo acertaba a decirles: “¡mira, el Sr. Mantecaero!” Pasado el tiempo llegué a saber que me rifaban las muchachas casaderas para que les sirviera de carabina, ya que estaba mal visto que las niñas fuesen solas a pasear.

Con mi poca edad mis ídolos favoritos eran Lauren y Hardy, las películas de guerra y las de indios y vaqueros. Cuando me preguntaban qué quería ser de mayor yo contestaba sin titubeos “yo quiero ser Cinero”. Asistí a un colegio público cerca de casa llamado de *Los Ángeles* y allí me reuní por primera vez con niños que no eran de mi entorno. Cierta vez que jugábamos a policías y ladrones me enfrasqué en la persecución, llegué hasta una calle cercana que había una fuente llamada de la Riera Alta. Perdido, me senté y pasé mucho tiempo esperando, como así fue, a que me encontrasen mis padres, sin llorar ni preguntar a nadie.

Recuerdo con ocho años el nacimiento de mi hermano menor; me dijeron que lo habían encargado a París y había sido traído por una cigüeña, por lo que tuve que pasar mi primera noche en la casa del vecino.

En aquellos años se celebraban con esplendor las llamadas fiestas del barrio, en la que había toda clase de diversiones, bailes, tenderetes y otros espectáculos, pero recuerdo especialmente las

carreras de sacos, las carreras de burros, las chocolatadas y las piñatas.

Mi abuela era una fuente de ingenio y sabiduría y el primer acertijo que me contó decía: “entre dos piedras feroces sale un hombre dando voces, ¿qué es?”

Si hijo, me decía, es el pedo o cuesco que soltamos por ese sitio en donde la espalda pierde el nombre. También me preguntaba: “¿qué es lo mejor que tiene un burro?” La sangre porque, me aclaraba, se puede vivir sin una de las extremidades pero nadie puede vivir sin sangre.

Mi madre, como buena andaluza, tenía mucho sentido del humor y para mí cantaba estupendamente, sobre todo zarzuelas de la época y cantares del pueblo, toda vez que en su niñez había estudiado piano y canto. Con su optimismo y su carácter jovial en los tiempos de estrechez siempre nos decía lo mismo: “en mi casa no comemos, pero nos reímos mas...”

En verano y debido a los fuertes calores, al atardecer se reunían en los portales de las distintas fincas los corros de madres que, mientras sus hijos jugaban, ellas comentaban los avatares del día y como buenas comadres contaban sucesos, chascarrillos y cotilleos pero siempre atentas a sus vástagos. Esto era debido a que después del calor del día en la calle podía disfrutarse del aire fresco que antecedió al anochecer. Por ello las tertulias se hacían en la calle

y no en los domicilios. Desconocíamos la existencia de las neveras, gas butano, aire acondicionado, televisores y todos esos artilugios que después nos han hecho la vida más fácil, sólo sabíamos de aquellos aparatos que hablaban y que llamaban radio pero su precio solo lo hacía asequible a los bolsillos pudientes. Durante los fríos inviernos usábamos los braseros caseros y con respecto al agua corriente no estaba instalada en la mayoría de las casas. Esta se distribuía mediante el almacenamiento en las azoteas de bidones comunitarios que, aun siendo apta para el consumo salía de los chorros caliente o con exceso de cloro, eso sí, al menos era gratis para los inquilinos. Por ello lo habitual era que al atardecer se fuese a las fuentes públicas para llenar los botijos de agua, que salía muy fría y se conservaba fresca durante varias horas. Cada fuente tenía su propio nombre como el de la Fuente de León, la Fuente de la Tortuga, la del Gato, la del Tigre o la de la Riera Alta o Baja.

En mis primeros años de colegial intenté averiguar quién fue el sujeto que dio nombre a mi calle. Wifredo Velloso fue un personaje que estando en batalla, al ser herido y siendo su escudo de armas color amarillo, para alentar a los suyos, untó con sus cuatro dedos la sangre que salía de sus heridas y les dijo, mas o menos: “con esta sangre tendréis un escudo”, y dio lugar al actual escudo de Barcelona y Cataluña.

Eran personajes famosos en el barrio la Moños, una especie de Lolita Pluma canaria y era conocida por los moños en el pelo; el hombre del saco que nos llevaría lejos de la familia si nos portábamos mal, y el guardia urbano, conocido comúnmente como "guindilla", que cuando nos sorprendía requisaba las pelotas de trapo.

Tampoco puedo olvidar el caballo de cartón con base de madera que me trajeron los Reyes Magos. Era más grande que yo y según mi madre le abrí la barriga en canal para comprobar que tenía dentro; supongo que en mi interior quería descubrir si era verdad lo que me contaba mi abuela cuando hablaba de la sangre.

Aún hoy, siempre que vuelvo a Barcelona, visito a mi antigua vecina la Srta. Isabel. A sus noventa años conserva la lucidez para recordar las vivencias y juegos de mi niñez.

Y así, entre mis recuerdos personales y los formados sobre la base de lo escuchado en distintas conversaciones de allegados a través del tiempo, no puedo por menos que sonreír y asociarlo a una época feliz, con multitud de estrecheces que como niño apenas notaba, pero lo suficientemente feliz para no tratar de borrar de mi memoria ese puñado de recuerdos que permanecen.

#### Inicio de la Guerra Civil

De la guerra recuerdo el ver como se levantaban los adoquines de la calle para hacer barricadas y los disparos de bayoneta entre

facciones rivales. En mi casa, igual que en todo el barrio, protegíamos los cristales con papeles pegados para que si entraba alguna bala por los cristales no se deshiciesen en cientos de pedazos. En los peores momentos incluso hubo que tapar las ventanas con los colchones para amortiguar el impacto de las balas, mas asesinas si cabe cuando se trata de cegar vidas de civiles inocentes.

De niño, de tanto oírlo, terminé por aprender las siglas de los distintos partidos y asociaciones políticas (Ezquierda Republicana, FAI, POUM, CNT, UGT y tantos otros). La gente comentaba acerca de las checas de la Modelo (cárcel situada en plena ciudad) y los fusilamientos del Campo de la Bota.

La primera salida de mi casa fue para pasar al internado "Virgen de la Paloma," habilitado para los refugiados madrileños y del que obtuve una plaza gracias a la mediación de una vecina que tenía un cargo importante en el ayuntamiento. Gracias a esto pasé la mayor parte de la guerra alejado de los sinsabores que la misma produjo en la población.

Así y todo fui feliz por tener al menos una parte de lo que cualquier niño desea; No pasé necesidades, no padecí hambre durante la guerra (mas dura fue la postguerra), tuve mis soldaditos de plomo, cochecitos, mecanos, indios y hasta a los americanos metidos en sus fuertes. Fue a los siete años cuando tuve mi primer

traje de hombre, exhibiéndolo con orgullo en las fiestas de guardar y resto de días festivos, o cuando acudía a visitar a otros familiares.

Y una vez extractados estos recuerdos que han acudido a mi mente me pregunto si habré sabido expresarlos. Con el mejor deseo he intentado hacerlo y dejo a criterio de quienes lo lean su calificación.

Comentario fuera de tema:

Al llegar a Canarias me instalé en un pueblo cercano a la capital, Las Palmas de Gran Canaria. Me llamó poderosamente la atención por la sencillez y el comportamiento amable y cariñoso de sus habitantes.

Hace cuarenta y cinco años, en la mayoría de los pueblos de la isla, el agua de beber y consumo había que transportarse de las fuentes o pilares instalados al efecto hasta las viviendas particulares. Me resultó curioso comprobar que las mujeres la transportaban en baldes o cubos, muchos de ellos de veinte o veinticinco litros, poniéndoselos en vertical sobre la cabeza. Había que ser una consumada artista para acarrear aquél peso sin derramar una gota. Los hombres, sin embargo, lo hacían mediante ganchos adosados a un palo redondo en el que transportaban el líquido en dos baldes.

Otro detalle que me llenó de curiosidad fue el rito de los entierros y velatorios. Ejemplo de ellas eran las plañideras que mediante sollozos, gritos, llantos y expresiones ensalzaban las

virtudes del finado. Por parte de los familiares su principal empeño estribaba en tener dispuesto café, coñac, ron o cualquier otra bebida bien fuerte para los que acompañaban al fallecido. Algunos, al finalizar el entierro, se sumaban a visitar lo que se daba en llamar "monumentos," nombre sonoro con el que se designaban a las tabernas, bochinches y tiendas de aceite y vinagre, o lo que es lo mismo, cualquier lugar donde sirvieran un vaso de alguna bebida alcohólica. En mi caso, alguna vez, influenciado por amigos y compañeros, llegué a amanecer en San Bartolomé de Tirajana.

Aún siendo breve en estas reflexiones las escribo por haberme llamado la atención, tan distintas aquí de la ciudad en que nació: Barcelona.



## **Recuerdos de mi aldea**

*A mis queridos profesores y condiscípulos*

**Gaudencio Gil Delgado**

*“Seguro que mi aldea no es más grande, ni más hermosa que las demás aldeas, pero tengo derecho a idealizarla, porque hace cincuenta años, una fría mañana de invierno, ensillé a Rocinante, me pertreché de camisas blancas y varios libros, bien calzadas las espuelas y siempre lanza en ristre, comencé la aventura, que venturosamente, me trajo por esta isla venturosa, no sin antes haber librado cruentas batallas en tierra de moros, siempre victoriosos gracias a la incomparable fuerza de mi brazo.*

*Y volviendo a mi aldea, diré que siempre la he llevado en el corazón y que no la amo por ser grande (que lo es) ni por ser bella (que también lo es) si no por ser mía, como hijo agradecido.”*

*Yo, Claudio*

En una remota aldea de la estepa castellana, tuvo principio mi linaje, ubicado en un extremo de tierra de campos donde empieza la sierra cantábrica a ondular. Un riachuelo que se nutre de las nieves perpetuas de los Picos de Europa, serpentea por hermosos valles y forma recodos de exuberante vegetación que alberga abejarucos, picamaderos, perdices, etc.

Sobre las verdes praderas, mientras pastan pacíficas vacas y maduran los manzanares, cientos de jilgueros, capirotos, petirrojos alegran con sus canciones al campesino y dan gracias al creador proclamando la alegría de vivir. Las aves de gran envergadura - cigüeñas, buitres, águilas, etc.- describen grandes círculos en la bóveda celeste y proyectan su sombra sobre la llanura asustando a los roedores que se hallan buscando cobijo en el espeso follaje .

Y en medio de este concierto de la vida, dos bueyes cansinos, arrastran el pesado arado, rasgando las entrañas de la tierra, al tiempo que el sembrador proyecta la semilla, que fecundará la madre tierra y con la ayuda de Dios nos dará ubérrima cosecha el próximo verano.

La campana de la aldea derrama su ronco sonido por la vasta llanura, toca a vísperas es la hora nona, los bueyes lo saben y hacen un alto en la tarea. El sembrador se despoja de la boina e inclina la cabeza sobre el pecho. El belfo labio de las bestias y los hombres tiembla musitando una oración: Padre nuestro...

En la distancia del monte en la ladera, se acerca una manada de blancas ovejas, con el alegre tintineo de las esquilas. Un pastor vestido de la misma piel se confunde con el rebaño que lo rodea. Su tez curtida por la brisa de la sierra y tostada por los ardientes rayos del verano, le acreditan como un ser austero y orgulloso. Un poco de pan en el zurrón y agua en el cuenco de la mano. Nada tiene y nada

necesita. Comerá carne el día del Santo Patrón, pero llevará mondadientes en la boca el resto del año. Es un filósofo. Sabe por intuición que civilizar es crear necesidades. Conoce la naturaleza, no necesita más.

Anochece. El sol declina. Todos los seres buscan su querencia. El rebaño va dejando la majada triste y sola. El lobo merodea y sus efluvios llegan al mastín que se apresta a cumplir su cometido de guardián, está cerca el aprisco y termina la jornada.

Y mientras la luna sale, el sembrador se recoge. Sigue el río su camino y al pasar por el poblado empuja fuerte la rueda del solitario molino. Rueda la rueda, brota la harina, canta la niña del molinero, soñando amores...

*“Y allá en el fondo del caserío, al par que el hombre trabaja el río”*

***Yo, Claudio***

***Mi lugar preferido de la ciudad***  
**Hortensia Báez Pérez**

El rincón preferido de mi ciudad, Las Palmas de Gran Canaria, es, sin duda alguna, la playa de las Alcaravaneras. Yo nací en la calle Luis Antúnez, muy cerca de la playa, y pasé mi niñez y adolescencia en una casa terrera compartida con mis cinco hermanos. Viví una niñez muy bonita: salíamos del colegio y mi madre nos dejaba ir a jugar a la playa; cruzando solamente la calle León y Castillo estábamos ya en ella (no habían tantos coches y los niños no corríamos el peligro que corren nuestros niños hoy). Con la arena de este lugar hacíamos unas casitas preciosas que decorábamos y disfrutábamos como si fueran nuestros propios hogares.

Sin yo quererlo, en la parte que tenían los niños para jugar al fútbol ya se encontraba el que posteriormente llegó a ser mi marido (hasta el día de hoy); jugando él a una cosa y yo a otra. En esa playa tan querida de nuestra niñez nos descubrimos durante nuestra pubertad, nos hicimos novios llegada la adolescencia y nos casamos a los veintitrés años: después hemos tenido cuatro hijos.

Al recordar mi rincón preferido, no podía por tanto faltar el barrio y la playa de las Alcaravaneras, lugar donde conseguí todo lo bueno que un ser humano puede llegar a tener en su vida.

## *Un viaje al Sur*

**José Suárez González**

Una gran mujer, profesional de la enseñanza como la copa de un pino: me ha levantado el ánimo, y me ha dado unas pautas para hacer este escrito, que se me había atragantado; pues a mi "hablar se me da bien", pero el escribir no tanto

Yo nací en esta ciudad que mira al mar, un 22 de noviembre de 1940; todavía los japoneses no habían bombardeado Pearl Harbour (lo hicieron al año siguiente). Vivimos un tiempo entre El Fondillo y San Francisco de Paula en la zona de Tafira.

Al principio del año 44, nos mudamos a la zona del puerto, más concretamente La Isleta. Mis recuerdos de estos años son muy vagos; pero puedo decir que había muchas calles sin asfaltar, no teníamos luz eléctrica (nos alumbrábamos con quinqués de petróleo), ni agua corriente (había que traerla de un pilar público que estaba muchas calles hacia abajo) ;también recuerdo subir al famoso tranvía o ferrocarril, llamado *La Pepa*. Andando el tiempo recuerdo la llegada de la langosta africana, que causó muchos problemas, y que cubrían el cielo a su paso por El Mercado del Puerto. Tuve el privilegio de estudiar unos años en la clase de párvulos del colegio

Viera y Clavijo, en Las Canteras; iba y venta caminando por el paseo de la playa.

Lo que más me impactó de aquellos años, fue una excursión que hice a Maspalomas, con el Frente de Juventudes (la hicimos en el camión de falange). Para ir al sur, teníamos que pasar por Telde, luego Ingenio y Agüimes, aquí visitamos la iglesia, y nos explicaron como funcionaba el reloj principal de la torre, cuando daba las campanadas. Bajamos al Cruce de Arinaga y pasamos por Vecindario, yo estaba asombrado de ver una carretera recta y larga; seguimos hasta la zona de Maspalomas (pueblo), que era muy desierta y había muchos cercados de tomateros. Bajamos a la zona del faro, nos bañamos en la charca y allí comimos.

Más tarde subimos por las escaleras del faro, hasta llegar a lo alto, y allí un farero nos explicó el funcionamiento del mismo. Fue un viaje muy largo, pues parábamos por todos los pueblos por donde pasábamos. Al regreso en Agüimes, tocamos en una casa, en la que se nos había caído la pelota por la mañana, y el dueño no estaba a esa hora, nos la dio y ya estaba oscurecido; este es el último incidente que recuerdo, de aquél hermoso viaje al sur.

## ***El entorno en que crecí***

**Josefa Sansó Puga**

Recuerdos de una ciudad hermosa y apacible, recuerdos amables pero grabados a cincel, uncidos al carro de mi memoria por los hilos de la nostalgia. Mi ciudad era mi barrio; nací y viví en la calle Alonso Alvarado y recuerdo sobre todo el aspecto de la calle, tenía el piso adoquinado con losetas rectangulares, lisas, pulidas, limpias y brillantes como el piso de un salón. Me viene a la memoria un retazo de conversación en la que uno de mis tíos, que había visitado Cádiz, *la tacita de plata*, comentaba con mi madre y mis tías, que Las Palmas le parecía cuando menos tan limpia y bonita como Cádiz, lo que me llenó el alma, y cuando salía la calle miraba orgullosa y apreciativamente su espectacular limpieza.

En el piso de enfrente, vivían una de mis tías y su marido. Mi tío era un hombre de gran cultura, además de músico y compositor de muchas y famosas canciones canarias. En su casa, ante el elegante piano de cola, vi ensayando a María Mérida, a Mari Sánchez, y en música, clásica, a mi madre que era una magnífica soprano. Este ambiente cultural y sereno propiciaba en mí una

actitud sociable que me ayudaba a observar positivamente mi entorno.

A dos pasos de mi casa, en la confluencia de Rabadán con Venegas, estaba y sigue estando la heladería *Los Alicantinos*, a la que iba con mis primos alguna que otra noche de verano a comprar “quesitos helados” que luego comíamos apoyados en el muro que daba al mar oyendo el “singuido” del agua en los cayados de la orilla, cuando la ola iba y venía.

Unos metros más allá, vivían y tenía su empresa mi tío Nicolás, cuya afición, mejor sería decir devoción, eran el teatro, y el cine canario, en los que destacó como actor por su buen hacer y apostura. En su casa vi alguna vez a Martín Moreno, y quizás sea esta conjunción de personas que amaban esta ciudad, esta isla y que luchaban culturalmente por ella, la que me enseñó a querer a mi tierra, a enorgullecerme de ella.

No puedo pasar por alto mi parque de San Telmo, en cuya ermita me bautizaron. Allí iba los domingos a jugar, mientras los mayores se sentaban en los alrededores del Quiosco de la Música. Recuerdo las losetas del suelo con las perinolas caídas de los árboles y los “rabollevas” que nos pegábamos en la ropa unos a otros. También nos sentábamos los chiquillos en el muro adosado a la ermita y que hacía las veces de banco, y nos poníamos a leer los cuentos que le alquilábamos al señor del carrito colocado a la



izquierda de la Iglesia, y podía más mi afición a los tebeos que las regañinas de mi padre por leer cuentos “que tocaba todo el mundo”.

Otro personaje del domingo en San Telmo era el señor de los barquillos al que siempre le comprábamos y que tenía la emoción añadida de darle a la ruleta a ver cuántos barquillos te tocaban. Pero sobre todo, maravilla de las maravillas, lo más estimulante era ver en los días de mar de fondo, no ya el sonoro sino el trepidante Atlántico, chocar embravecido a lo largo del muro del Parque, y los niños asomados a ese muro descarnado por el marismo que salíamos corriendo despavoridos cuando la ola estruendosa y gigante se nos acercaba como para tragarnos. Y la estatua de Pérez Galdós carcomida por la sal, pero que en cierto modo estaba de vigía y guardián de la ciudad en esa zona costera que tenía una vista incomparable, un horizonte sin fin con algunos barcos allá en lontananza.

El Frontón era otro de los puntos de encuentro en aquella acogedora y amable ciudad. Ibamos a ver a los pelotaris y algún partido de baloncesto u otro evento deportivo que no exigiese una gran cancha. Y subiendo la calle Murga hacia Senador Castillo Olivares estaba el Colegio de Santa Teresita, regido por unas hermanas maestras, que han dejado un cariñoso recuerdo en todas las niñas que allí estudiamos. Nos preparaban hasta los diez años para hacer el Ingreso, aunque realmente como salíamos con el Grado

Medio superado, estuviéramos en el colegio que estuviésemos, a las alumnas de Sta. Teresita, el primero y segundo de Bachiller nos resultaba un paseo con música.

Otra calle bien conocida en mi niñez era la de Rabadán, Corazón de María, como le decíamos por la Parroquia y el Colegio, hoy Claret. En dicho Colegio estudiaron mi padre y mis primos y, pasado el tiempo, sobrinos e hijos míos. Recuerdo los desayunos con chocolate de las celebraciones de la Primera Comunión en el patio, y ¡cómo no!, Cuando mis primos y yo bautizamos a mi muñeca Juanita en la pila del agua bendita, seguramente la única muñeca cristiana del Orbe.

La calle de Triana empezó a ser interesante para mí, cuando tenía quince o dieciséis años. Paseábamos por la acera de Poniente, a la ida hasta Malteses o Remedios y a la vuelta hasta la esquina con Buenos Aires y los chicos al contrario, bajando la acera; así nos veíamos una vez en cada dirección y teníamos ocasión de intercambiar algunas palabras, y esperar emocionadas la continuación a la vuelta. El reloj de los alemanes nos recordaba el improrrogable regreso a casa y *Los Espejos* nos servían para comprobar que estábamos fascinantes u horrorosas. En medio de la calle pasaban ocasionalmente las guaguas y algunos coches, que nos amenizaban el paseo con el “clac clac” que producían los neumáticos al rozar los railes que quedaron de cuando *la Pepa*; Y al

pasar delante del cine Triana aún arrugo la nariz cuando recuerdo el olor a margarina frita que salía de la cafetería.

Esto es un retazo de un barrio de mi tranquila ciudad de los años cincuenta, y es lo que subyace en mi mente, de tal forma que si cierro los ojos vuelvo al pasado con toda facilidad.

## ***Del Colegio a la Universidad***

**Josefina Verdú Jover**

Cuando me dijeron en la Universidad que describiera un lugar de Las Palmas relacionado con mi infancia, enseguida me acordé de mi colegio del alma; Colegio del Carmen del Puerto de la Luz, situado cerca del Parque Santa Catalina y la playa de Las Canteras. ¡ Qué maravilla ;

Hoy está bastante cambiado, pero sigue siendo para mí, mi colegio del alma. Cada vez que puedo lo visito, saludo a los profesores y siempre hay alguien que me recuerda las travesuras...

Qué infancia más linda y qué experiencia más rica me dejó mi colegio; tanta, que inculqué a mis ocho hijos todo lo mejor que allí aprendí. Todavía recuerdo aquel final de curso en el que fui elegida para recitar un pequeño discurso a mis compañeras y profesores. Me



sentí tan importante delante de todos ellos que parece que aún lo estoy viviendo, no se me olvidará mientras viva.

Hoy, después de tantos años, quién me lo iba a decir a mí, estoy en la Universidad con la misma o quizás con más ilusión que entonces, con más años, eso sí, pero con el gran apoyo y el gran aliento de estos magníficos profesores y fabulosos compañeros, y con la ilusión de intentar dar a mis queridísimos nietos un poquito de experiencia y muchísima paz, a la vez, que me siento otra vez estudiante; y sentirse estudiante es sentirse joven, mantener la mente despierta, como en aquellos años tan lejos en el tiempo, pero tan cerca en mi recuerdo. Gracias a todos ustedes, profesores y compañeros, que han hecho que los vuelva a revivir.

## **Montefrío**

### **Juan Antonio Mata Álvarez**

Yo nací en Montefrío un pueblo de la provincia de Granada situado al Noroeste de la capital, con 7.000 habitantes en el casco, en las estribaciones de la sierra de Parapamda a 833 metros de altitud, su economía es agrícola (olivo, trigo, cebada, garbanzos y vid) y ganadera (caprino, lanar, porcino y para el trabajo mulos y burros). También tiene unas ocho almazaras y cinco molinos harineros.

La "Iglesia vieja" es una nave redonda de estilo románico, diseñada por Diego de Siloé y data de 1543; y además liene otra iglesia que le dicen de la Villa y que está construida sobre los cimientos de un antiguo castillo, situada al borde de un precipicio desde donde se divisa toda la comarca, en los restos del muro exterior del castillo, hay tres cruces que fueron grabadas por El Gran Capitán.

El clima es frío en invierno y caluroso en verano.

Mis recuerdos más gratos son de la época de mi niñez, estaba todo el día en la calle jugando con los amigos, pues en ese tiempo no había ningún peligro para nosotros}

Recuerdo que, cuando nevaba en invierno, le cogíamos al padre de un amigo las medidas del grano para usarlas de trineo y no tirábamos por las calles dentro de la medida. A veces nevaba tanto que nos quedábamos aislados y sin luz dos o tres días, hasta que podía salir Antonio el “Chispas”, como le llamábamos al electricista, a reparar la avería. Esto dificultaba mucho la vida en el pueblo; escaseaba el pan que tenía que ser amasado a mano, no podía salir el correo (coche de hora) no se recibía la prensa ni funcionaba la radio, ni el telégrafo, ni el teléfono, etc.; pero, sin embargo, a los niños nos encantaba pues no teníamos colegio y jugábamos con la nieve, hacíamos pelotas e incluso muñecos aunque no nos salían bien. Algunos teníamos que prolongar un poco más las vacaciones a causa de las anginas.

También me viene a la memoria que, llegado el mes de enero solíamos ir a las almazaras a pedir róndeles (Alfombras de esparto con un agujero en el centro, donde se pone la aceituna molida para prensarla y sacarle todo el aceite) viejos, con ellos nos íbamos los niños a recoger tomillo y hulagas que las cargábamos y, tirando de una cuerda, los arrastrábamos por las calles hasta una casa vieja del padre de un amigo, donde lo almacenábamos para ayudar a la fogata que se celebra el día de la Candelaria, donde se quemaban todos los trastos viejos y leña que compraban los vecinos. Entorno a la fogata se cantaba, bailaba y se lanzaban cohetes y era muy divertido.

En el mes de abril, más concretamente el día de San Marcos (día 25), para celebrar la llegada de la primavera, es costumbre que la familia se vaya ese día al campo a disfrutar del aire libre; la típica comida que se lleva es toda a base de las primeras hortalizas, trae buena suerte estallarle un huevo duro al comensal que tengas al lado cogiéndolo por sorpresa; el pan, ese día, son rosas.

En invierno, los domingos por la tarde después de comer, mi padre nos llevaba a la carretera que va a Alcalá la Real a tomar el sol, mientras nosotros jugáramos a la pelota, él leía un libro y mi madre descansaba de nosotros.



## **Construyendo mi ciudad**

**Juan Munguía Santana**

El barrio donde nací, hace sesenta y seis años, se llama la Higuera Canaria. Es un pago teldense de una superficie aproximada de un kilómetro de largo y quinientos metros de ancho. Su población es de unos cuatrocientos habitantes aproximadamente. A principios de siglo alguien la bautizó con el nombre de Ave María. Desde siempre, sus gentes han sido laboriosas, emprendedoras, capaces de extraer de sus tierras fértiles uno de los frutos más frondosos, la naranja. Y es que el naranjo es el símbolo, la seña de identidad de este hermoso lugar. Por ello hay un dicho que dice que la Higuera Canaria es la higuera que da las naranjas más dulces del mundo. Antiguamente, si se le pedía un favor a alguien, era de buen gusto pagárselo con un cesto de naranjas como regalo.

La asociación de vecinos *Los Azahares* hace entrega cada año del premio “La Naranja” a las personas que han contribuido al mantenimiento de esta tradición. Actualmente, son muy populares las fiestas dedicadas a esta fruta. Se celebran, muy animadas, la semana antes de Navidad, se exhiben, además, otros productos de la tierra como los aguacates, las cebollas, las papas o las batatas y se realiza también una feria de ganado.

Imagen del interior de la iglesia Momento de las fiestas, del Sagrado Corazón de Jesús donde el alcalde saluda a los vecinos

El santo patrón del barrio es el Sagrado Corazón de Jesús, cuya festividad se celebra el segundo domingo de julio. Mi casa se encuentra a dos kilómetros, a la izquierda de la carretera situada sobre el puente que cruza el barranco de Telde. Un kilómetro después del barrio, hay un cruce que conduce, en una dirección, hacia Valsequillo por la Solana y, en otra, hacia Santa Brígida por la Gavia, las Goteras y la Atalaya.

Cuando yo nací no había iglesia en el barrio. Teníamos que ir con mis padres a misa de las cinco de la mañana en San Gregorio en Telde, en cuya plaza había un mercadillo. Para llegar a la iglesia íbamos caminando por la carretera para luego cruzar el barranco. Un domingo de madrugada, con una oscuridad espesa, mi padre, que iba delante porque conocía bien los caminos del barranco, cayó dentro de uno de los numerosos hoyos que había. Nos llevamos un gran susto porque no lo veíamos por ninguna parte. Mi madre lo llamaba y él le contestaba quejándose desde el fondo del hoyo. Como resultado de la caída, murió aplastado un pájaro que mi padre llevaba dentro de una jaula para un amigo y él acabó lleno de magulladuras y rasguños.

Del mercado me entusiasmaba el bullicio que producía la gente comprando y regateando precios, el olor a churros calientes, a

castañas asadas, el aroma de las frutas, de las verduras, de las flores de retama. Y el ruido que producían los platos, las tazas y las copas en los bares con su habitual clientela, junto con el replique de las campanas que indicaban el comienzo del oficio religioso. No sólo era por esta razón por la que le pedía a mi madre que me llevara con ella, sino también porque me compraba sifón y gaseosa (de boliche), el único refresco que había.

Existían en el barrio tres tiendas de ultramarinos, pero una sola, la de Juanito Martel, era la única que estaba autorizada a vender con la cartilla de racionamiento, siendo los artículos más racionados el millo, el azúcar y el aceite. En ella podíamos encontrar desde un desatascador para las cocinillas de petróleo utilizadas en la cocina, hasta zapatos de esparto, siendo el calzado común en esas fechas. También se compraba carburo para la luz del candil, lebrillos para amasar gofio, alfalfa para los animales, etc.

Mi madre tostaba el millo en un tostador enorme (en comparación con la cantidad que nos asignaban), el cual se apoyaba en tres piedras de igual tamaño que hacían de fogón. Dicho fogón ardía con leña que yo buscaba en las laderas próximas a mi casa y que mi madre revolvía, para que el millo no se quemara, con un palo en cuya punta tenía un muñón de trapo del tamaño de un puño. El fuego lo atizaba hacia dentro del fogón a medida que la leña se consumía, y cuando se apagaba, conque no teníamos con qué



avivarlo, soplabla las brasas con la boca. Al finalizar la operación, la pobre mujer terminaba roja como un tomate y con lágrimas en los ojos por culpa del humo.

Una vez tostado, el millo se llevaba al molino de gofio, situado en el barrio histórico de San Francisco, para molerlo. Este trabajo lo hacía yo, con el saco de millo tostado y caliente cargado a la espalda, entre las horas de entrada y salida de la escuela, sin apenas tiempo para comer, y mucho menos para jugar. El gofio de esta tostadura, como así la llamábamos, nos llegaba hasta el día veinte de mes, prestándose a mi madre una vecina, que además era prima suya.

Como abundaba la hierba, siempre teníamos dos cabras, además de otros animales domésticos: conejos, gallinas, etc. Gracias a ello nunca faltó leche o queso.

A mí me tocaba cuidar las cabras, y por la mañana, antes de ir a la escuela, las dejaba con la estaca puesta en la ladera que está por debajo de mi casa. Luego, al mediodía, al salir del colegio, las cambiaba de sitio y, por la tarde, al regresar las soltaba para que comieran lo que quisieran, estando siempre atento para que no fueran al sembrado de los vecinos. Mientras, recogía hierba para darles de comer antes de acostarme, buscaba leña para el fuego, y al anochecer, después de rezar el rosario, iba a buscar agua para nuestro consumo, transportándola en dos cubos los cuales,

enganchados a un palo, a modo de los chinos, iban sobre mis hombros. Esta tarea la hacía al final de la tarde al estar el agua más limpia, ya que durante el día se encontraba más sucia debido a que las mujeres lavaban la ropa. La distancia que había hasta la acequia era de unos 300 metros.

Recuerdo también cuando rezábamos el rosario la familia entera alrededor de la mesa, alumbrándonos con un candil de aceite o petróleo, o también con velas. Mientras rezábamos, debíamos mantener absoluto silencio, pero a mi hermana y a mí, nos provocaban risa algunos pasajes de la letanía y mi abuelo se enfadaba muchísimo.

Otra aventura era la de recoger huevos cuando ponían las gallinas, las cuales al estar sueltas no sabíamos donde las ponían. Sabíamos que habían puesto porque se ponían a cantar y además porque todos los días cuando mi madre les daba de comer, las cogía y averiguaba si iban a poner porque les metía el dedo por el ano. De vez en cuando podía encontrarme los huevos entre los huecos de las paredes de piedra seca que formaban las terrazas de las laderas, situadas debajo de mi casa.

Empecé a ir a la escuela a la edad de ocho años sin saber leer ni escribir, por las razones ya citadas, dándome tres premios durante los cuatro o cinco años que estuve por lo aplicado que era, siendo el primero una cartilla de ahorros con una imposición de 100 pesetas,

que me concedió el entonces Capitán General de Canarias, García Escámez.

El segundo fue el tercero de los tres que se daban cada año en la escuela. Se recogía en la plaza de San Juan Bautista, y lo entregaba Doña María Paz, Inspectora Provincial de Enseñanza, y el tercero fue el primero de los tres que se entregaban cada año. El transporte desde el colegio hasta San Juan lo hacíamos en camionetas, lo que nos divertía bastante al ir colgados de las barandas de los mismos.

Estando un día en la escuela, Don Domingo, el maestro, que me quería mucho, me soltó tan fuerte cachete porque me reí cuando cantábamos "Cara al Sol", que me dejó la cara dormida como anestesiada, no dejándome entrar otro día por llegar tarde debido a que fui a llevarle los recados a mi madre. Algunas veces, cuando salía de la escuela aprovechaba para jugar con el trompo o al teje. Cuando llegaba a mi casa, mi madre me esperaba con la alpargata (a la que mi hermana y yo llamábamos machanga o chola), para darme una buena tunda, y es que se me hacía tarde para hacerle los recados.

En verano, la empresa de Aguas San Roque instalaba una caseta, fuera de la fuente donde se llenaban las botellas, en el barranco. Allí, de pequeños, íbamos con mi madre, mi hermana pequeña, mi prima y yo. Nos bañábamos desnudos, divirtiéndonos

mucho porque al beber agua de la ducha, nos asfixiábamos debido a la gran cantidad de gas natural que tenía.

Por si era poco trabajo tenía que quedarme todas las noches con mi abuela paterna, no siendo un castigo para mí, ya que era muy cariñosa. Como premio por quedarme todas las noches con ella me daba una peseta de los dieciocho duros que cobraba del subsidio. Cuando reuní 20 pesetas, me compré unos zapatos.

Mi abuela, al ser tan anciana, tenía problemas con la circulación, y en el dedo meñique de una de las manos, tenía un dedal de tela para no lastimarse y evitar que se le infectase. Una noche, después de encender la vela mientras yo estaba acostado, me dijo: "Juan, me huele a chamusquina". Se le había quemado el dedal de tela y chamuscado el dedo, al tenerlo tan insensible. Como tenía que trasladarse a Telde casi todos los días para curárselo, se fue a vivir con una hija, muy cerca del hospital de Santa Rosalía, y creo recordar que fue ésa la causa de su muerte. Después de este accidente de mi abuela hubo que cerrar la casa. Yo volví a dormir en mi casa compartiendo cama con mi abuelo materno, el que se enfadaba cuando nos reíamos al rezar el rosario.

No quiero cerrar este ciclo de mis primeros doce años sin hacer mención a la memoria de mi madre. No me acuerdo de cuántos años tenía cuando me caí de una pared y en la caída arrastré una piedra que me hizo una herida de 7 cm. en el pie derecho que hizo que me

dieran 6 puntos de sutura. En el primer "coche de hora" de Melián y compañía o en la "guagua de Fleitas" no recuerdo bien, fue donde me llevó al hospital. Más de una vez me tuvo que llevar en brazos, caminado hasta dos kilómetros, para hacerme las curas, ya que el transporte pasaba dos veces al día. Como Don José, el practicante, no quiso cobrarle, le regalo una gallina, moneda corriente de pago en aquel momento, además de unos huevos y unos tunos. Tampoco quiero olvidar que a partir de los doce años, me pusieron a trabajar con un tío materno, en Las Palmas, pero ya esa etapa es otra historia.



## ***Reconstruir la ciudad***

**Julián Naranjo Ojeda**

Cueva Grande, que así se llama el barrio donde yo nací, tiene unos límites muy bien definidos por accidentes geográficos: por el norte, el espacio se encuentra abierto; por el este, linda con el Lomo de la Sepultura y el Roque; al sur, con la Degollada Blanca, Montaña de las Arenas y Cruz de los Llanos; y al oeste, con Ladera Alta y Lomo del Coco. Es un valle que en la época de mi niñez tenía un color verde que alegraba la vista, las lluvias eran abundantes, y las gentes, en su mayoría, se dedicaban a la agricultura; no había ni un trozo de terreno que estuviera sin cultivar ya que los de regadío se dedicaban a productos hortofrutícolas, y los de secano para pastos; Hasta las hierbas que salían en las orillas de los caminos eran aprovechadas por pequeñas manadas de ovejas conducidas por sus dueños con la ayuda de un perro, que generalmente estaba muy bien adiestrado, para evitar que entraran en alguna propiedad y pisotearan o se comieran los frutos que sus dueños habían sembrado.

En este barrio, que pertenece a la Vega San Mateo, no había teléfono ni radio. El único medio de comunicación era el periódico

que traía el panadero cada mañana, y salvo el propietario, que era Panchito el de la tienda, era leído al atardecer por alguno de los más aventajados en el ejercicio de la lectura. Sólo leían los artículos que por su interés pudieran afectar a los españoles o a los canarios, en particular, ya que el resto de las noticias quedaban sin salir del papel, quizás, hasta que alguien sentado en el baño las sacara a la luz. El tercer aparato de radio que hubo en esta localidad fue el de Panchito el de la tienda, y no hablo de los dos anteriores porque fueron adquiridos por personas particulares, y nunca tuve la ocasión de verlos u oírlos, pero éste, el tercero, sí que fue muy famoso porque se encontraba en la tienda donde todos podíamos oír a Estrellita Castro, Antonio Molina, y a tantos otros cantantes de la época. Lo que muy pocos hombres dejaban de oír era “el parte”, es decir, el diario hablado de las nueve de la noche. Nos llenaba de asombro el modo y la rapidez con el que los locutores se expresaban. Estos receptores tenían un gran inconveniente pues al ser aparatos con montaje de válvulas tenían un gran consumo y no podían ser alimentados con pilas, por lo que las baterías debían ser recargadas con frecuencia, con el consiguiente peligro que suponía su traslado debido a que el ácido se derramaba y corroía las ropas de los transportistas.

“Me ha dicho mi padre que los japoneses han inventado unas radios que se pueden llevar en el bolsillo y que se alimentan con

unas pilas pequeñinas”, esto me contaba mi primo Celedonio una tarde en la que esperábamos para entrar a clase. A lo que yo le contesté: “eso es imposible”. No daba crédito a sus palabras. Sucedió que bastantes años más tarde fue una realidad.

El medio de transporte más empleado era el animal, y pocas eran las familias que no fueran dueñas de algún caballo, burro o mulo. Junto a mi casa pasaba una carretera de tierra, que parecía, más bien, un camino ancho, y solamente se usaba para los casos de emergencia y para cuando Panchito hacía las compras para su tienda: por tener las cartillas de reparto hacía gran acopio de productos alimenticios. Pero el gran problema se presentaba cuando coincidía con días de lluvia, pues lo que llamábamos carretera se convertía en un barrizal y el tránsito de vehículos se hacía imposible, y si algún osado conductor se arriesgaba en esa aventura, casi con seguridad que tenía que ser ayudado por un equipo de personas para salir del atolladero. Lo normal en invierno era que la mercancía se dejase en casa de mis padres, puesto que vivíamos más cerca que Panchito de la carretera general, y posteriormente, la mercancía sería transportada por los medios tradicionales. Como era tanta la necesidad de alimentos, el pueblo no esperaba a que la mercancía llegase a la tienda y, en este caso, Panchito habilitaba un equipo de personas de su familia para que el reparto se hiciera en casa de mis

padres y el resto era transportada cuando mejorara el estado de la *carretera*.

La escuela era otro de los lugares que dejaron en mí muchos recuerdos, buenos y malos, quizás más de estos últimos que de los primeros. De los muchos maestros que conocí, unos pernoctaban en la casa que a tal efecto les había proporcionado el Ayuntamiento, pero otros, procedentes de la capital, preferían viajar cada día, para lo cual debían hacerlo en el *coche de horas*, llamado así porque dicho vehículo pasaba por cada lugar a la misma hora cada día. Concretamente, el que subía pasaba cerca de mi casa a las nueve de la mañana y era en éste en el que venía el maestro, y bajaba en el de las cinco de la tarde. Recuerdo que algunas veces, mi madre esperaba en la azotea de casa a que el maestro pasara para preguntarle si sus hijos iban bien en los estudios, pero aunque el maestro contestara de forma favorable, mi madre no dejaba de advertirle: “usted... ¡mano dura con ellos! Porque, de lo contrario, están perdiendo el tiempo”. El caso es que el maestro se lo tomaba tan en serio que nos hacía imposible la vida escolar. Recuerdo que en una ocasión me dio una paliza tan grande con una vara de mimbre que me oriné en los pantalones, ¿el motivo?: “Haber llegado a clase unos minutos tarde”. ¿Cómo iba a ser puntual si ni siquiera teníamos reloj y el que tenía mi padre estaba estropeado más de la mitad del tiempo? No le gustó a mi padre la forma en que me trató D. Aurelio,

que así se llamaba el maestro, pues llevaba marcados en las pantorrillas los golpes recibidos y decidió esperarlo a la bajada para pedirle explicaciones. Fue ésta la única vez, que yo recuerde, que mi padre se encaró con alguien por mi causa; a partir de entonces todo marchó perfectamente, aunque nunca gocé de la simpatía del maestro. Por suerte, en aquella escuela duraban poco los profesores ya que ninguno quería pasar allí el duro invierno.

En una ocasión en la que nos acercábamos a la escuela llegó un camión cargado de tejas para una casa que estaban fabricando, y nos dijo el conductor: “si nos ayudan a descargar el camión los llevo hasta la escuela” y, como éramos un grupo de cinco o seis niños, le contestamos que sí y no tardamos mucho en hacer el trabajo. Una vez terminado éste apenas nos dio tiempo para subir al vehículo, de tal modo que unos iban bien acomodados, pero otros íbamos colgados como podíamos, por lo que el paseo resultó desastroso hasta el punto de llegar con todo el cuerpo amoratado. La propina nos la dio el maestro cuando se enteró del caso.

Por encima de mi casa había, y aún hay, una presa que se llenaba cada año con las aguas torrenciales, y por dentro de ella una vereda que acortaba el recorrido a la que la llamábamos el *caminillo*, y era por ahí el lugar que habíamos elegido cuando íbamos a la escuela, por supuesto, contra la voluntad de nuestros padres. Como la superficie del agua estaba tan cerca nos entreteníamos tirando

pedras a las ranas, que allí abundaban; en otras ocasiones, y con gran riesgo de nuestras vidas, pasábamos por el borde de la presa sólo por acortar unos metros de camino y por sentir, de este modo, la emoción que proporcionaba el peligro y lo que nos estaba totalmente vedado. “Que yo no me entere de que pasan por el borde de la presa. ¿Está claro?”, Nos había dicho mi padre en infinidad de ocasiones, aunque en algunas no hice caso de sus advertencias, pero el remordimiento no me dejaba vivir y aún hoy recuerdo el miedo que pasaba cuando transitaba por aquel lugar, el cual producía en mí un vértigo tal que algunas veces llegué a pensar que no sería capaz de acercarme al otro extremo, y una vez que lo había rebasado me prometía no volver a pasar, pero yo era reincidente como son casi todos los niños.

Mi padre tenía unos terrenos en un lugar llamado El Lomo de Las Indias, situado en la parte alta de Cueva Grande y hasta allí nos acercábamos mi hermano y yo después de salir de la escuela para atender a tres cabras que teníamos para nuestro consumo de leche. En verano era muy agradable permanecer en aquella zona el resto del día acompañado de las cabras y de un perro que se llamaba Brillante: la pureza del aire, el canto de los pájaros, el aroma de las flores de retama, el silencio y la paz de que gozaba en aquel lugar son inimaginables, difíciles de describir e imposibles de olvidar.

## ***Recuerdos de mi infancia***

**Jutta Klose**

Aún no he llegado a conocer la ciudad donde nací. Mi madre y yo fuimos refugiados de guerra después de huir del Este ante las tropas rusas.

Mi primer recuerdo es muy difuminado: una litera transformada en una especie de tienda de campaña gracias a unas gruesas mantas militares en un campo de refugiados, en un intento por parte de mi madre de conseguir algo de intimidad para nosotras.

Mi siguiente recuerdo es una larga caminata hasta llegar a un palacio de los barones Rothschild habilitado como orfanato en el sur de Alemania.

Era la más pequeña de, al menos, cien o más niños. Debía tener sobre los cuatro o cinco años. Mi madre tenía que dejarme allí para poder trabajar y al menos tener la seguridad de que yo estaría bien atendida en el orfanato. Dada la lejanía con el orfanato, mi madre sólo podía visitarme una vez al mes. Las noches resultaban terroríficas, pues en las salas dispuestas como dormitorios había unos enormes cuadros de los antepasados de los barones. A pesar de que el palacio estaba rodeado de unos hermosos jardines, el viento que agitaba los árboles en la noche y el aspecto sombrío de aquellos

enormes cuadros vagamente iluminados por la luna, se encargaban de asustarme del todo.

Sin embargo, no todo fue negativo.

Hasta hoy siento una gran admiración de la UNICEF. Esta admiración está causada, porque mi primer regalo de Navidad lo recibí de un Papa Noel negro (un soldado americano), que fue un calendario de adviento. Se trata de un calendario que se regala a los niños en tiempos navideños, que empieza con el día primero de diciembre y termina el veinticuatro de diciembre (Nochebuena). Es un calendario adornado con motivos infantiles con unas puertitas que se abren de una en una por cada día que pasa. Cuando todas las puertas ha sido abiertas, ya es Nochebuena. Antes, sólo tenían unos dibujos, hoy ya los hay que vienen con chocolate.

Cuando tenía seis años, mi madre me sacó del orfanato, porque tenía edad para ir al colegio. En agosto de ese mismo año, 1948, llegué a conocer a mi padre a su vuelta de Rusia.

Poco más tarde, nos fuimos a vivir a Berlín, que en aquel momento era una ciudad dividida y ocupada por las cuatro potencias que ganaron la guerra.

Con ocho o nueve años corrí delante de un soldado negro americano del tamaño de un jugador de la NBA. Afortunadamente, estaba muy borracho y no conocía muy bien el terreno. No me pasó nada, pero el susto se me quedó grabado.



En esa misma época una amiga y yo escapamos de la misma manera de unos soldados rusos que nos apuntaban con sus fusiles. Verdaderamente nos jugamos la vida al no ser capaces de escondernos en un campo de trigo. Nos habían inculcado tanto respeto por la comida que ni se nos pasó por la mente el escondernos en el trigal.

Por el enorme desgaste de su situación de prisionero en Rusia, mi padre, a pesar de tener sólo 46 años de edad, fue certificado médicamente como que tenía la edad biológica de un hombre de 80 años. Por este motivo, cambiamos nuevamente de residencia en su búsqueda de empleo. Y así una y otra vez. He estado en catorce colegios diferentes, a lo que hay que sumar las idas y venidas. La estancia más prolongada en una misma ciudad ha sido de cuatro años.

Esto no me ha marcado negativamente, sino más bien todo lo contrario. Siempre me ha gustado ir al colegio y creo que a pesar de todos los problemas pasados he sido una niña, desde un punto de vista general, bastante feliz.

Por todos estos cambios de residencia, de círculo de amigos y ambientes en general, he conocido a muchas personas diferentes, algunas comprensivas, otras tolerantes. Por todo ello siento una gran aversión por las rencillas entre pueblos por motivos tan triviales como es el fútbol (entre otras cosas).

## *Nostalgia de un niño reciclado*

**Lorenzo Lang-Lenton**

Nací y me "hise" un galletón en un barrio de Las Palmas llamado El Toril, también Matagatos. El primer calificativo le vino, según se dice y pude comprobar personalmente, por los toros que pasaban una vez en semana por la calle Juan de Quesada camino del matadero, que estaba en la trasera del mercado de Vegueta. El segundo calificativo de "matagatos", aunque yo honestamente no llegué a matar a ninguno, se debe a que en los solares cercanos había muchísimos y se decía a nivel popular que los chicos los usábamos para "hacer puntería" (jerga del barrio).

La mayoría de las casas colindantes eran de gran tamaño, pero nuestro patio no era el de la casa, era la calle. Los apodos entre los chicos, como buenos canarios, eran sonados. Como ejemplos vayan un par de ellos: Garrapata por lo feo, Verguilla por lo flaco y otros tantos por el estilo.

El fútbol, que era el deporte favorito, se practicaba de dos modos: el tradicional con pelota de trapo, teniendo la calle como campo de juego. Más tarde y debido a la persecución de los "guindillas" nos trasladamos al barranco Guinguada, que limpiábamos de piedras para allanar el terreno. La otra modalidad

consistía en jugar en el zaguán con chapas (¡increíble!), con puertas para el guardameta y once jugadores identificados con un cromó pegado a la chapa.

Nuestras excursiones Guiniguada arriba eran también frecuentes, a la captura de ranas, peces, lagartos y lisas. Si se terciaba, se "distravía" alguna fruta de las fincas al margen. Me olvidaba de las "guerras" con los barrios cercanos donde la munición era el barro del Guiniguada, cuando llovía y el barranco llevaba caudal de río. Alguno que otro le quitaba a su madre de la cocina la tapa del caldero mayor y lo utilizaba de escudo protector.

El barrio era amante de los animales, que habitaban en cada casa. Recuerdo toda clase de ellos, monos, loros, tortugas, palomas, perros y un largo etcétera.

También permanecen en la lista de recuerdos personajes como Maestro Trejo el zapatero y Enrique el carpintero tallista. Sus talleres eran sitios de tertulia, donde sus trabajos eran verdaderas obras de artesanía.

Estas son algunas de las vivencias de un niño reciclado.

### ***Zafra de la almendra***

**María del Carmen Oramas Tolosa**

Recuerdo desde pequeña la algarabía de la zafra de las almendras. Desde el mes de agosto se empezaba a preparar la zafra, que era un jolgorio. Se formaban las cuadrillas de mujeres y hombres. Cada cuadrilla tenía un vareador y cuatro mujeres. Se contrataba a los arrieros y se preparaba la enorme comida basándose en gofio, queso, higos, etc. para toda la cuadrilla. Unas cuarenta personas cogían almendras durante un mes.

En septiembre se empezaba la zafra. Ese día era divertidísimo. Salían las cuadrillas montaña arriba con todo ese cargamento de comida en burros y mulos. Llegaban, y las mujeres preparaban y adecentaban lo que iba a ser su vivienda. Después se colocaban las mantas extendidas debajo de los almendros y el vareador golpeaba las almendras que caían sobre las mantas. Las cuatro mujeres de cada cuadrilla las iban recogiendo e introduciendo en los sacos. Cuando se acababa un almendro se repetía la operación en cada uno de los demás almendros.

Entonces venían los arrieros con las mulas, cargando en cada una dos o tres sacos de cincuenta kilos. Cuando el arriero tenía unas tres mulas cargadas salía con las almendras y bajaba la montaña

hasta la casa solariega. Esta operación se repetía durante todo el día hasta media tarde. Entonces se comía. La comida era una diversión. Todo el personal (vareadores, mujeres, arrieros e, incluso, perros) se preparaba para la cena que era alrededor de las seis de la tarde. El agua se cogía en una cascada de agua que caía cerca de los almendros y allí también se bañaban.

Estos trabajos se hacían durante un mes en el campo y, mientras, los arrieros iban a la casa con el personal a dejar las almendras y volvían con burros montaña arriba. A la casa llegaban muy de madrugada y la almendra se iba clasificando: la amarga por un lado, la dulce por otro y la mollera por otro. Terminada la recogida de la almendra empezaba el trabajo en la casa. Primero se ponía la almendra dulce en el gran patio canario de la casa. Alcanzaba una altura de cuarenta centímetros. En el patio se remojaban continuamente las almendras y cuando estaban bien remojadas se traían dos o cuatro vacas. Se dejaba en el centro del patio un hueco sin almendras donde se situaba el hombre que conducía a las vacas, convenientemente atadas en parejas, y las hacía dar vueltas y vueltas pisoteando las almendras durante varias horas. Ayudando al hombre que estaba en el centro, se situaba otro, generalmente un chico, por fuera del círculo de almendras, cuya misión era mojar las almendras con el agua de la acequia que pasaba por el patio. Aunque las vacas mojaban también de vez en cuando

las almendras, y no precisamente con agua, sino con pis y bostas cuando hacían sus necesidades, el muchacho o nosotros estábamos siempre prestos a retirar los excrementos con una pala.

Este trabajo de trillar las almendras duraba hasta la tarde. Entonces, con una gran cernidera, un hombre echaba cestas de las almendras trilladas en el cernidero y otro iba cerniendo: en el suelo caían las partes blandas, cáscaras deshechas, y sobre las cernidera las almendras. Mientras, se iba improvisando una mesa larguísima a lo largo de aquel patio canario, a base de tablas y burras con sus correspondientes sillas o cajones para sentarse aquellas cuarenta mujeres, y en esas mesas se echaban las almendras cernidas para que las mujeres terminasen de descascarillarlas y limpiarlas.

Entre risas, comentarios, chistes groseros y chismorreos pasaba el tiempo. Mientras se limpiaban las almendras, se echaba en cestas que se llevaban al almacén, que se iba llenando hasta el techo. Esta operación se repetía todos los días durante un mes o más hasta que se terminara el almacenaje de todas las almendras en hueso. La partida de las almendras se hacía a mano y podía hacerse con una piedra, con un martillo, un trozo de hierro o lo que fuera. Las almendras, además, se podían partir en la misma casa, con mujeres a las que se les pagaba, o se le podían dar a mujeres de fuera para que las partiesen. En este último caso, cuando una mujer quería llevarse una cantidad para partirlas, se les entregaban ya pesadas y, cuando

las devolvía, se pesaban por un lado las cáscaras y por otro las almendras a ver si coincidían con lo que se había entregado. También se probaban unas cuantas almendras por si había cambiado la almendra dulce por la amarga, que valía menos. El pago de su trabajo se podía hacer con dinero o con cierta cantidad de la almendra partida.

Los restos de las almendras (cáscaras duras y otras cosas) se aprovechaba como leña para fuego y también como abono junto con los restos de la cernidura. Una vez terminada con toda la almendra dulce se repetía el proceso con la almendra amarga. Las almendras mollares, por ser de cáscara blanda, no se podían trillar y sólo se partían. Con esto se terminaba la zafra que duraba aproximadamente tres meses.

Las almendras en pipas se vendían y, si tenían poco precio, no se partían y se almacenaban enteras en sacos hasta que diese mejor precio. Las almendras podían durar varias decenas de años por ser el clima de Santa Lucía seco. Al final de la zafra, se hacía la fiesta campera con guitarras, vino, juerga y toda clase de diversiones. Una paradoja: ahora todo esto ya no existe. Las almendras y las aceitunas se quedan en los árboles. No compensa todo este batallón de almendras y gastos. Las almendras se traen de California, blandas, mojadas, sin calidad. Y la almendra canaria se queda en el árbol y en el recuerdo.

## ***Mi Barrio***

### **M<sup>a</sup> del Carmen Santana Morales**

Nací en un barrio de Las Palmas que, por extenderse por una ladera, tenía una peculiaridad: en la mayoría de sus calles no entraban coches y esto permitía que los niños jugáramos sin peligro alguno. Por este mismo motivo carecía de plaza, iglesia y muchos de los servicios fundamentales que la mayoría de las barriadas poseen y que marcan mucho, así que crecí entre Vegueta y San Antonio, mi barrio. Como en casi todos, mi barrio tenía esos personajes conocidos de los que guardo un bonito recuerdo como Susito, el de la tienda, que más que un tendero era un miembro más de la familia y cuando nos vemos y recordamos los momentos en los que sus hijos y yo jugábamos juntos se nos hace corto el tiempo. Otra persona de la que me acuerdo es de Silvestre, el barbero, el cual igual que pelaba a un niño le cortaba muy bien el flequillo a una niña. Pero de la que guardo mejores momentos es la escuela donde pasaba el mayor tiempo y donde más me divertía jugando al teje, el calimbre o saltando a la soga. No todo, sin embargo, son recuerdos buenos; también me acuerdo de las riñas de las maestras cuando me



portaba mal y me castigaban a quedarme más horas de las establecidas.

Pero mi barrio, a pesar de no tener ni iglesia ni plaza, era divertido, sobre todo en fiestas cuando nos sentábamos en las escaleras y en una pantalla gigante nos proyectaban películas. También había piñatas y ventorrillos. Era una fecha donde todo el mundo estaba alegre. Y aunque no son muchas las veces las que uno se pone a recordar el barrio donde gastó parte de su vida, ahora se me hace mucho más fácil, puesto que mi maestra de entonces, Pilar, de la que guardo grato recuerdo y a la que debo parte de mi educación, comparte conmigo estas clases que tanto bien nos hacen.

## ***Recuerdos de mi ciudad***

### **M<sup>a</sup> Dolores de Santa Ana Cárdenes**

Todavía recuerdo el ruido que hacían las piedras en la marea, con el ir y venir de las olas.

Yo vivía en la calle Francisco Gourié (antes la Marina). Mi casa daba también a la calle Triana; ésta era una calle a la que iba la gente además de para hacer las compras, (ya que el mejor comercio estaba allí) para pasear, bueno, si es que a aquello se le podía llamar paseo. Pues lo que hacíamos era dar vueltas y más vueltas, sólo llegábamos del Parque San Telmo al Reloj, que todavía hoy existe. Allí nos encontrábamos los niños de los Jesuitas, Claret, Dominicas y Teresianas.

De esas vueltas y revueltas surgieron muchos noviazgos...

La otra calle, la de la Marina, era una calle con un estilillo especial. Por la que circulaban unos personajes muy singulares dignos a tener en cuenta. Andrés el Ratón, que siempre iba montado en su carro con aquellos pies descalzos, por lo que la planta parecía una suela, y un clavel metido en el ojal de aquella camisa que estaba hecha una verdadera piltrafa. Maestro Teófilo, que hacía barriles y siempre estaba contento, rodeado de niños viendo como daba

martillazos haciendo encajar los aros de hierro en las tiras de madera.

Como estábamos al lado del mar, los niños nos reuníamos a mariscar, creo que nunca cogíamos nada pero lo que sí puedo asegurar es que nos divertíamos muchísimo.

Al tener el Parque San Telmo cerca de casa, estábamos buena parte del día allí metidos, no había peligro, casi toda la gente que vivía por aquellos alrededores nos conocían, nosotros íbamos y veníamos de casa al parque sin preocuparnos ni sentir ningún miedo.

Recuerdo cuando se cayó el edificio de La Unión y el Fénix, que estaba en Triana enfrente de San Telmo. Lo estaban construyendo y por lo que se dijo, el cemento no estaba en buenas condiciones y se vino abajo. Gracias a Dios no hubo ninguna víctima pues fue a las cinco de la tarde; los obreros se habían ido y el guardián había salido a comprar tabaco; para que después digan que fumar es peligroso.

No es que me vaya a poner morriñosa, pero al hurgar en mi memoria para buscar recuerdos me ha dado un poco de añoranza. La verdad es que hemos progresado, y el progreso siempre es bueno, pero con respecto a la tranquilidad, creo que la hemos perdido.

## ***Vivencias de mi niñez. Un día en la playa***

**M<sup>a</sup> Dolores Machado Marrero**

Hace más de cuarenta años, y aún recuerdo los días que pasé en la playa de Las Alcaravaneras como si fuera ayer.

Solíamos empezar los baños en el mar el día veinticuatro de Junio, coincidiendo con la festividad de *San Juan*, santo de mi padre. Ese día nos reuníamos la familia al completo, siendo nosotros ocho hermanos con edades comprendidas entre los 14 años, el mayor, y con sólo uno el más tierno. Solo hay que ponerse a recordar la hora de partir para comprender lo que es un "zafarrancho de combate". Mientras mi madre preparaba las cosas de la playa, mi padre con la ayuda de sus hijos más maduros, bañaba y vestía a los retoños. Cuando estaba todo listo, sin más negocio, partíamos hacia la parada de "*guagua*", cargados hasta los dientes, ganas de disfrute y de todo material, pues en aquellos tiempos era muy típico el montar una caseta, llevar "cocinilla", calderos, y otros tantos instrumentos. Es de suponer, que la comida se hacía allí mismo. En el día señalado a mi madre le tocaba cocinar, preparando "arroz con pescado", con peces frescos que compraba a los "*albañiles de las redes y el mar*" que regresaban de la pesca. Recuerdo, y por eso los llamo peces, que veía a los animalillos marinos saltar en la barca, y

no se me ocurría mas que pedir a esos sufridos pescadores que los devolvieran a su hogar.

*Las Alcaravaneras* no estaba como ahora. El agua era puro espejo cristalino, agua sin suciedad acumulada, nada contaminada, como tan modernamente advertimos. La arena se contemplaba sin restos humanos, estaba impecable, limpísima. En ella se permitía montar casetas, y por este hecho la playa no quedó nunca en mal estado, nadie dejaba el litoral en malas condiciones, no había que preocuparse por la suciedad.

Cuando mi padre terminaba de montar la caseta, mi madre comenzaba a preparar el almuerzo, y todos sus retoños nos metíamos en el agua. Los pequeños se quedaban en la orilla mientras los mayores hacíamos múltiples competiciones. El mar era como una gran piscina, y solíamos nadar hasta un limite al que llamábamos "LA BALSA", donde no parábamos de subir y saltar. Era nuestro trampolín.

Cuando la comida estaba a punto, nos reuníamos alrededor de la caseta para comer. Aún tengo presente aquel gran caldero, tan grande que más bien "perola de cuartel", lleno de "*arroz amarillo*" con grandes rodajas de sama fresca rodeando el borde del recipiente.

Mientras hacíamos la digestión solíamos subirnos a unas barcas, cuyo alquiler era de quince pesetas la hora, y con ellas llegábamos hasta el muelle sin más objetivo que el de dar un

agradable paseo. Cuando había transcurrido el tiempo del "préstamo", más o menos dos horas, volvíamos a revolotear en el agua sin parar hasta que llegaba el momento de recoger. Cuando estaba todo recogido, no más de la siete, aunque todavía el sol solía relucir, nos tocaba la vuelta a casa, y todo el trasteo que conllevaba.

De las vivencias de mi niñez, ésta es una de las que recuerdo con más cariño. Quizás sea por los juegos con mis hermanos, o tal vez porque suponía un pleno día de movimiento, con todo el sentido de la palabra. Hay tantas cosas que recordamos, que mucho cuesta nombrarlas, porque son tantas y tan claras las imágenes, que las palabras se quedan obsoletas.

## ***Alcaravaneras***

### **Dolores Martín Ferrera**

Nací en el barrio de las Alcaravaneras, actualmente el centro de nuestra ciudad por la importancia que le han dado los centros comerciales.

Cuando era pequeña, recuerdo que habían montañas de arena. Entre la playa y la arena sólo había cuatro calles paralelas: León y Castillo, Luis Antúnez, Alemania y Valencia.

En toda la zona que comprende hoy desde la Base Naval hasta lo que es el centro comercial "Las Arenas" lo único que había eran dunas, de ahí el nombre que hoy día tiene dicho centro comercial. Para ir a Guanarteme había que atravesar todo aquel desierto, y a las fiestas del Pino que se desarrollaban en la Iglesia, que continúa con el mismo nombre y situada en el mismo sitio hoy que en aquella época, también había que subir y bajar montañas.

Nuestra mayor diversión era, que nuestras madres nos dejaran ir a jugar a la arena; subíamos a la montaña y nos echábamos a rodar hasta llegar abajo, siempre con mucho cuidado de mirar bien donde dejábamos los zapatos, porque como se enterrarán, la cosa se ponía fea, pues no teníamos otros.

El Colegio Arenas, mi colegio, el primero, puesto que hoy en día está situado en la vuelta de los Tarahales que, como se puede apreciar en las fotos de ese tiempo, sólo tenía arena a su alrededor –supongo que de ahí su nombre– el edificio sigue igual, pero ahora hay calles y con nombres: Galicia esquina Pi y Margall.

Nuestra bonita avenida Mesa y López guarda bajo sus pies muchos recuerdos y algún que otro zapato olvidado con las carreras.



*En un rincón de mi ciudad*

**M<sup>a</sup>. Dolores Martín Perdomo**

Cuando tenía siete años, allá por los años 50, mis amigas y yo nos íbamos a jugar a la Plaza de la Feria. De todos los juegos, quizás sea "el escondite" el que recuerde más gratamente. Solía esconderme detrás del bonito quiosco de madera, donde el jardinero guardaba las herramientas de trabajo. Otro escondite, para mí ideal y del que casi siempre salía victoriosa, era colocarme detrás de las personas que pasaban por allí, que de buena gana se involucraban en el juego haciéndose cómplices.

También pasaba las tardes recogiendo del suelo unas semillas que caían de los árboles y que nosotras llamábamos "Pirinolas". Con ellas mi abuela, "Mamá Lola", me enseñó a hacer collares y pulseras para jugar a las "casitas".

Hoy recordando esa entrañable plaza de antaño no puedo olvidar el sonido de la trompeta que venía de la Comandancia de Marina, anunciando el relevo de la guardia y la bajada de la bandera. Nosotras parábamos el juego para ir a verlo y una vez terminado, seguíamos jugando.

## ***Memorias de mi pueblo y mi niñez***

### ***Villa de Tunte***

**M<sup>a</sup>. Isabel López Santos**

Mi pueblo, se encuentra al sur de la isla, en una caldera, abarca desde la cumbre hasta el mar. Es un Municipio muy extenso, por aquel entonces el medio de vida era, la agricultura y a partir de los años sesenta su actividad más destacada es el sector turístico.

Mi Villa es verde y árida al mismo tiempo, con grandes extensiones de playas y altas cumbres. Se encuentra a novecientos metros sobre el nivel del mar.

En la época de floración de sus almendros, parece un valle de algodones.

Me viene a mi memoria, los recuerdos de mi infancia y mi niñez. Estuve en la escuela privada de párvulos, la señorita, "Nievita, la nana" (pues era muy bajita) y no era maestra, nos envolvía diciendo que si nos sabíamos la lección, nos regalaría unos marineros de pisa que tenía en su sala.

A mí me gustaban mucho, pero nunca, como al resto de la clase, nos lo dio. Recuerdo que eran unos muñecos grandes pintados de blanco con su sombrero azul y las cintas colgando.

Al cumplir los seis años, pasé a la escuela Nacional.

Atrapando los recuerdos de mi mente, me veo en la clase, la pizarra negra el lugar donde me sentaba, las compañeras, los almendros, los geranios que adornaban el patio donde jugaba.

Al salir de clase, "Pilarito", la catequista de mi pueblo, nos daba la Doctrina en medio de cuentos que todavía recuerdo como el de Pelayo.

En la plaza, jugaba a guilgo, saltaba a la sogá, marigata, a las prenditas entre tantos otros.

Recorríamos el pueblo buscando escondites.

En Navidad para la Iglesia, hacíamos el portal de Belén, e íbamos en busca de musgos y otras hierbas al barranco.

Yo hacía mi propio portal de Belén, con mis figuritas que guardaba con recelo en cajas de cartón en mi ropero, el río con platina de chocolate, las casitas, las ovejitas, gallinas, que me la traía mi hermana la mayor de Las Palmas y emprendía la tarea con disfrute e ilusión.

Por Semana Santa, nos íbamos, a la "Hoya", en busca de flores, para al pasar la Procesión, arrojar los pétalos a los Santos, que paseaban por las calles de mi pueblo. También en el mes de mayo, se enramaba el altar de la Virgen, con las propias rivalidades entre las adornantes para ver quién lo hacía mejor.

Las fiestas de Santiago, la más importante del pueblo, se celebraba con Bandas Municipales, que amenizaban las tardes y noches. Venían de distintos pueblos, romeros descalzos, de rodillas, a cumplir sus promesas.

Todas, como de costumbre, estrenábamos traje y zapatos por las fiestas.

¡Qué contenta y guapa me encontraba, y con qué esmero acariciaba los zapatos y cuidaba aquellas prendas!

Los inviernos nos parecían los más duros, tristes, fríos, lluviosos y me ponía bajo la chorrera de "Florita", salteaba los charcos, y llegaba empapada con la inmediata censura de mi madre: "Cámbiate de ropa, que vas a coger un catarro."

El Verano era caluroso, seco, en los meses de julio y agosto, dormía en la azotea. No olvido aquel cielo limpio y estrellado, contaba estrellas a pesar que nos decían que nos salían verrugas, veía la Osa Mayor, la Osa Menor y el llamado Camino de Santiago. Me sorprendía cuando una estrella se disparaba a otro lugar y me detenía a pensar. ¡Y, si se cae! ¡Al amanecer volvíamos a nuestras habitaciones y la casa parecía un horno!.

Una vez al año, íbamos de excursión con toda la familia al "Faro de Maspalomas". Nos trasladábamos en camiones por la Carretera de Fataga y cuando pasábamos el "zig zag" rezábamos el

Rosario. Maspalomas era una gran Playa llena de caracoles y palmeras y prácticamente desierta.

Entre otros recuerdo: el Correo o Coche de Hora, de color amarillo: ¡Ya viene el Correo!, vociferábamos, ¡viene por Hoya Grande o Bajo el Roque! Y esperábamos en la entrada, y en las aceras del pueblo anhelando su llegada para subir en él y llegar hasta el final del trayecto.

Más o menos así transcurrió mi vida hasta los nueve años, pero lo más que en mí dejó huella fue cuando mis padres decidieron que tenía que venir a Las Palmas a estudiar. Empecé a vivir, en casa de una tía, hermana de mi padre que no conocía, pues sólo la veía una vez al año por las fiestas del Patrón.

Me pusieron en un Colegio Privado, para prepararme el Ingreso al Bachiller, pero eran tantos mis llantos en clase y por la noche al acostarme, que decidieron que volviese con mis padres. Me preparó allí Bernardo, aprobé y no me quedó otro remedio que volver a la Ciudad.

La ciudad, para mí, era triste y aburrida, pues no conocía a nadie, me pasaba el día yendo a clase y aislada en mi cuarto, soñando que llegasen las Navidades para retornar a mi casa y estar con los míos. Cuando se acababan las vacaciones, al llegar al Túnel de la Laja y ver la Catedral, la ciudad se me caía encima, tres meses, hasta volver otra vez al Pueblo, por Semana Santa.

Pasado el tiempo, me fui adaptando a la ciudad, me fue gustando ir a clase, el paseo por Triana domingos y festivos, los chicos, el Barrio de Vegeta y mi Plazoleta de Santa Isabel. Ya no añoraba tanto a mi pueblo. Hoy recuerdo todas estas vivencias con nostalgia y al mismo tiempo alegría, El balance es positivo, así fue como maduré y todo esto me hizo valorar tantas cosas en la vida. Fui feliz en mi pueblo. Quedan aún muchos recuerdos que al ser tantos, no puedo por razones obvias, comentarlos en su integridad. Como conclusión puedo afirmar que tuve una infancia bonita y que recuerdo con gran emoción y cariño.

## ***Memoria de mi ciudad***

**M<sup>a</sup>. Rosa Pulido Gutiérrez**

Para narrar unos recuerdos que nunca pensaste narrar, parar rememorar una época y plasmarla en un escrito teniéndola como "referencia" de algo que no quieres catalogar como pasado, puede ser un tema algo difícil, no obstante, intentaré que estas líneas plasmen lo que para mí sería "Memoria de mi ciudad".

Era realmente una ciudad, su bagaje histórico, su iglesia con su valioso retablo y su milagroso Cristo, sus hijos preclaros, su gente de nobles costumbres y saber estar la avalaban como tal, pero para todos los que la habitábamos tenía un calor entrañable que la hacía hogareña, más pueblo.

Mi diversión infantil se centraba en la plaza principal, la de la Iglesia donde se sentaban los mayores en los bancos de piedra, o de madera, a desgranar sus historias mientras los niños jugábamos al corrito, al teje, al escondite, eso sí, pendientes a la campana ya que al toque de la Oración había que irse a casa rápidamente, aunque la cita para el día siguiente ya estaba fijada.

"¿Vamos a casa de Tilita?"..., éste era el estribillo obligado, y allí nos íbamos a colgarnos materialmente de los mostradores del

bazar, con los ojos brillantes porque, había nuevos "pirulís", los chicles eran rosa más fuerte y los cromos de la última colección salían muy repetidos, aunque en realidad, nos servían para jugar a la estampita en los escalones de la plaza.

El Cura, el Maestro, el Médico, tres de las figuras más carismáticas del pueblo y que para una niña tanto significaban, a la vez que los integraba perfectamente en su entorno. Así era normal ver al cura charlando con los feligreses a la puerta de la iglesia, mientras se fumaba el cigarrillo que él mismo envolvía. Una de las maestras, la de mi colegio (aquel que estaba formado por varios grados de enseñanza donde milagrosamente se impartían desde las primeras letras a la raíz cuadrada con un orden infalible), era mi guía, mi todo, no podía ser menos porque... era mi madre María del Carmen.

Teníamos la suerte de que la playa estuviese a muy pocos kilómetros de nuestras casas, y el ir a ella era casi una excursión, ya que con gran sentido práctico, algunas familias se reunían y ¿qué mejor solución que alquilar una guagua? Así íbamos todos juntos, cestas de meriendas, pamelas, flotadores, etc., ¡eso sí!, bajo la mirada implacable de los mayores.

Son tantos los recuerdos, tanta la añoranza, que quizás, no se deba desmenuzar demasiado las vivencias por si acaso puedan perder su encanto, sólo decir que aunque me tocó vivir sufriendo



algún desconsuelo, no en vano eran tiempos de postguerra, mi Ciudad, Telde, (mi querido pueblo), irá siempre unido a mis recuerdos y aunque hace años que no vivo en Ella sigo enraizada allí, siempre será mi ANTES, porque ahora hay un DESPUÉS.

***Recuerdos de mi niñez, vivida en mi querida ciudad de Telde***

**Manuela Estupiñán**

De ella tengo recuerdos que no he olvidado nunca. Pero algunos vuelven a mi mente con más frecuencia.

Uno de estos recuerdos, yo diría que el principal, fue el día de mi Primera Comuni3n. Para mi importantísimo, teniendo en cuenta que contaba con seis años.

La emoci3n de recibir a Dios por primera vez, la ropa tan bonita y especial que nos hacían para la ocasi3n, con aquel velo que me cubría hasta la mitad de la frente, el librito blanco con las cubiertas de nácar, rosario, etc. Después de aquel ayuno prolongado sin tomar ni agua desde la noche anterior, junto con la gran emoci3n que sentía, creo que fueron la causa de que después de haber comulgado, y cuando estaba rodeada de toda mi familia, empecé a sentir como que me faltaba el aire, pero de repente y oportunamente asomó el brazo de mi tía Carmen por encima de todos ellos, y haciendo un esfuerzo me sacó de allí diciendo: "Dios mío esta niñita está a punto de desmayarse". Me llevó fuera de la Iglesia de San Gregorio, y sin saber de dónde lo sacó, me puso en la mano un gran bizcoch3n (bizcocho lustrado), que al comérmelo sentí que me devolvía la vida.

Muchas veces recuerdo aquel momento, aquel sabor tan especial del rico bizcochón con que mi tía me obsequió, quedó grabado en mi mente para siempre.

Otro de mis grandes recuerdos era el Día de Reyes, cuando nunca me faltaban mis cacharritos de cocina y mi muñeca con la cara de cartón pintada. A mi hermana, como era mayor, también le ponían los reyes una preciosa muñeca, pero esta con cara de porcelana. Recuerdo que a mi hermano le ponían el juguete que nunca le gustaba y lo rompía dejándolo caer por la acera de la casa de mi abuela ante la cara de disgusto de mis padres, pues él pedía una bicicleta y le ponían un caballo de cartón, ante lo que derramaba sus lágrimas descontento.

También recuerdo las preciosas cintas de colores para el pelo, que acompañadas de sabrosos caramelos y unos calcetines calados blancos nos solían dejar en la sala de la casa de mi abuela y a la que no nos atrevíamos a entrar solas, sino todas las primas juntas por miedo a encontrarnos algún camello rezagado.

Hay un hecho como misterioso que recuerdo de las noches en que dormía en casa de mi abuela. Cuando nos íbamos a acostar, ya algo tarde, mi tía Pino me decía como algo asustada: "¡¡Escucha, escucha!!..." y se oían unas pisadas, eran unos pasos fuertes y rápidos. Y decía mi tía: "Ese es Corredera". Que venía de noche a ver a su madre y familia que vivían en El Cascajo, detrás de la casa

de mi abuela, en una casa cuyas habitaciones estaban construidas con piedras, como si fuese un corral. A mí, aquello me llamaba la atención pues no era una casa como la nuestra, ya que eran muy pobres. Mi tía me contaba que Corredera de niño, cuando pasaba por casa de mi abuela le arrancaba las flores del jardín y ella se enfadaba mucho con él.

Y finalmente, recuerdo mi playa de Melenara. Era maravilloso cuando pasábamos algunas semanas con mis primas en casa de mi tía Aurora. La casa era de madera y estaba junto a la orilla del mar como muchas otras. No tenía ni luz ni agua corriente, nos alumbrábamos con luces de carburo o velas. Un burro nos traía los garrafones llenos de agua desde Telde. Lo que sí recuerdo de las luces de carburo era su fuerte olor cuando las habrían por la mañana para volver a llenarlas. Aquella pequeña lucecita alumbraba toda la casa pues las colgaban en alto para que los niños no las tocasen.

A merendar íbamos con nuestras familias a los riscos de Clabellinas o Taliarte con nuestros bocadillos de conserva y queso o chorizo del país, y chocolate o galletas cuando había.

Al anochecer, los barqueros que vivían detrás de las casa de los veraneantes, también de madera o latón. Hacían hoyos en la arena, ponían brazas encendidas y un trozo de tela metálica para asar los gueldes y fulas, pescados pequeños que no: vendían por las calles, nosotras, a escondidas de mis tías, paseábamos por delante y

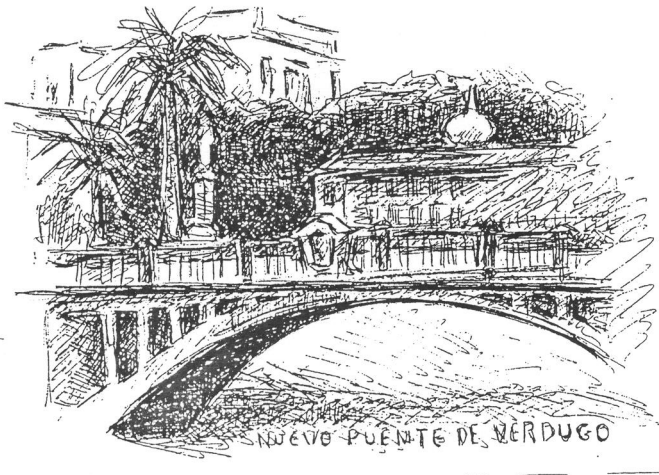
nos invitaban con aquellos pescaditos asados... ¡estaban  
buenísimos...! Nos encantaba oírles hablar con aquella voz ronca de  
marinero y en tono muy alto que a nosotros se nos hacía difícil de  
entender.

***Un lugar que recuerdo***

**María F. Casillas Pérez**

Me piden un trabajo donde tengamos que hablar de nuestra niñez.

Recuerdo cuando vivía en Ciudad Jardín.



Antes la población era Vegueta y Triana y terminaba “fuera La Portada” después estaba, Ciudad Jardín y el Puerto.

Mesa y López, El Corte Inglés, el Estadio, eso era un lugar donde estaban “Los Arenales”; eran unas dunas inmensas que se cogían toda la zona y llegaba por encima de Paseo de Chil.

Después cuando se hizo el Estadio sólo quedó algo de arena por la parte alta, encima del estadio, y allí se sentaban los aficionados al fútbol para ver el partido.

Esos arenales era un problema porque nadie los quería, se vendía el metro cuadrado a un real y siempre se comentaba que no era negocio, porque para fabricar había que desmontar esa cantidad de arena y salía carísimo.

Un real se parecía mucho a lo que tenemos ahora la moneda de veinticinco pesetas, creo que también tenía un orificio, cuatro reales era una peseta y de las monedas actuales, la más parecida es la de cien pesetas.

Recuerdo que vivía en Ciudad Jardín subiendo por el Hotel Metropole, ahora Ayuntamiento.

En esa época Ciudad Jardín tenía muy pocas casas fabricadas, se podía contar como media docena. El resto era



grandes terrenos donde había árboles y sitios para jugar. Fue una época muy divertida.

Voy a recordar los chalets que nos eran familiares.

Casi frente a la mía estaba la de D. Manuel Monís, Cónsul de Inglaterra y de otro país que ahora no recuerdo. Después los de Fuentes, los señores Massanet. Esta familia nos invitaba todos los domingos para que fuéramos a misa, tenía en su casa una capilla e iban todos los padres con sus hijos, éramos pequeños y nos gustaba.

Algo parecido a las familias de colonos en el Oeste.

Recuerdo que un invierno llovía con mucha frecuencia; se formaban unos grandes charcos, que nos parecían lagos, lagos navegables. Entonces cogíamos las tapas de los grandes baúles abandonados, era muy frecuente encontrar en los solares montones de cosas inútiles y muy útiles para nosotros. Así que echábamos el baúl al agua y nos metíamos dentro y estábamos un buen rato navegando hasta que, como se supone, empezaba a zozobrar.

También recuerdo que con las camas de hierro abandonadas las poníamos derechas haciendo agujeros para hundir luego las patas y formábamos la red para jugar

al tenis. En todo esto, siempre destacaba nuestro amigo Doro Monís, que después de los años llegó a ser campeón de España de tenis.

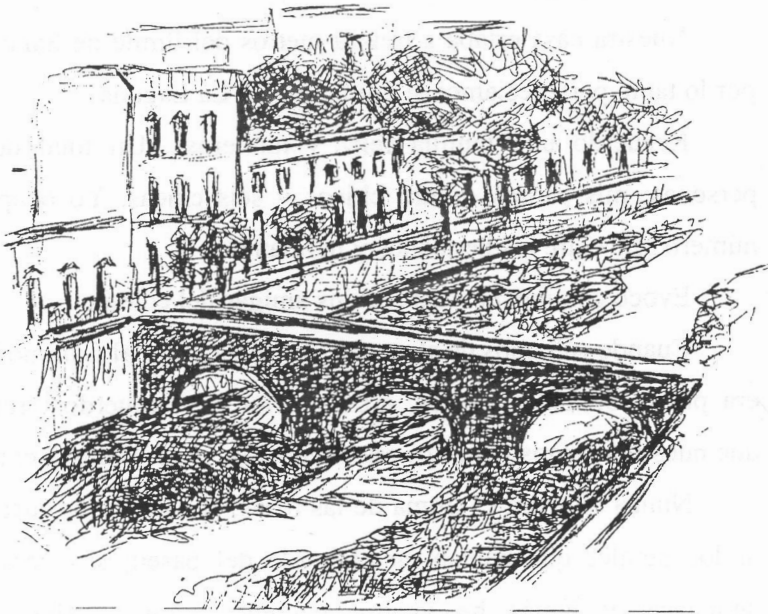


Recuerdo algo más, que ya hoy es historia, fue el cine “Pabellón Recreativo”. Estaba en la esquina de la calle Perdomo y Juan Padilla. Hoy desaparecido.

Recuerdos... No es importante volver a los recuerdos. Soy de la opinión que no es nada positivo, aunque sean tan bonitos.

Pienso que es hacia adelante donde está la parte mejor de nuestras vidas nos ayudará más a sonreír.

Los recuerdos nos entristecen y hoy queremos vivir y no serán los



recuerdos los que nos animen.

## ***La Laguna***

**Matilde Díaz Pérez**

En este momento me dispongo a retroceder cincuenta años en el tiempo.

Era yo una adolescente cuando, junto con mi familia, vivíamos en la carretera que une la ciudad de Santa Cruz de Tenerife con la ciudad de La Laguna.

Nuestra casa estaba a treinta metros del límite de Santa Cruz, por lo tanto pertenecíamos al municipio de La Laguna.

Recuerdo una familia feliz y numerosa. Un total de doce personas; mis padres, cuatro chicos y seis chicas. Yo ocupaba el número seis entre los hermanos y hermanas.

Evoco con mucho cariño a mis amigas del colegio.

Cuando salíamos de clase nos íbamos a jugar al Camino Largo, era precioso, lindo: bancos, árboles, flores,... recuerdo... recuerdo que nuestros juegos favoritos eran la cuerda, el escondite y el teje.

Nunca olvidaré el aroma de las rosas, el olor de los eucaliptos, ni los perales que habían en el borde del paseo; sus peras eran deliciosas y jamás he vuelto a comer otras iguales, ¡sabor irrepetible!

Algunos días nos dirigíamos a la plaza del Cristo o simplemente paseábamos por las calles.

A veces, cuando pasábamos por delante de algún chalet si tenían perro, lo molestábamos, –imitando ladridos– para hacerlo ladrar y cuando salía el dueño nos marchábamos corriendo.

Teníamos que coger un tranvía para ir al colegio y otro para regresar a casa. Mi madre me daba un real para el pago de los viajes. Cada billete valía una perra gorda, así que sobraba una perra chica, la cual había que devolver a mamá.

Siempre me han gustado mucho los animales. Un día regresaba del colegio muy contenta y feliz, ya que una amiga me comentó "Tu nido de pájaros, del árbol del Camino Largo, ya tiene pajaritos muy pequeños". Ese nido era muy especial, ya que, yo lo había descubierto. La ilusión infantil me hacía pensar y creer que el nido era de mi propiedad y siempre que podía trepaba y miraba, esperando con ansia el nacimiento de las nuevas vidas.

Ese día, la alegría se convirtió en tristeza. Al llegar a casa mi madre me notificó la triste noticia de que había muerto la niña de una vecina. Teníamos que ir al sepelio. Tres amigas y yo debíamos transportar la cajita blanca. Aquello fue horrible para mí, yo nunca había visto una niña muerta. La impresión me paralizó y me negué a ir con todas mis fuerzas, pero mi madre no entendió mis miedos infantiles y ante puso a ellos su palabra dada a la inconsolable vecina.

Recuerdo... recuerdo, que con paciencia y amor consiguió ponerme mis mejores galas. Me vistió con mi traje de fiesta y colocó unos grandes lazos blancos en mi pelo.

Nunca he podido olvidar mi cara reflejada en el espejo, en ese momento yo, también, me vi muerta.

Salió el cortejo fúnebre, éramos cuatro niñas temblorosas camino del cementerio. Cada una agarraba un asa de la cajita mortuoria, al llegar al campo santo y depositarla en el suelo para que le dieran Santa Sepultura... ¡Salimos corriendo!

Andábamos ya más tranquilas cuando una de las niñas observó que sobre la cruz de una tumba había unas monedas: "Vamos a cogerlas", dijo, y nos montamos en los caballitos que hay en la plaza del Cristo", "Matilde, cógelas tú", "Yo no hago eso –contesté– que es pecado".

La discusión infantil llegó a un claro razonamiento. "El muerto no puede gastarlas", pero nadie quería hacerse responsable del pequeño hurto. Al fin hicimos el juego del palito "quién saque el más corto tiene que cogerlas –dijo alguien–". ¡Fuerte desgracia! Yo tenía en mi mano el palito más pequeño.

Me toco, sin escapatoria posible, ser la autora de la hazaña.

Con el miedo en el cuerpo me acerqué a la cruz para coger las cuatro perras gordas, de pronto la tumba cedió bajo mis pies, miré,

media pierna hundida en la húmeda tierra ¡muerte, ahora sí que estoy muerta! –pensé– no podía salir del hoyo.

Las niñas desaparecieron y allí estaba yo llorando, sin poderme mover. Gracias a un hombre que pasaba cerca y oyó mis gemidos pude salir del mal paso.

Jamás he podido borrar de mi mente esa vivencia infantil, siempre que veo los caballitos el recuerdo es más intenso.

La Laguna forma parte de mi historia, no sólo porque en ella pasara la mitad de mi vida, sino porque es preciosa y fui muy feliz en mi niñez a pesar de las aventuras y desventuras.

Después de cincuenta años que resido en esta hermosa ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, siempre que viajo a la isla de Tenerife siento la necesidad de subir a La Laguna; pasear por sus calles y el Camino Largo. Ya nada es como entonces, pero yo sí percibo el aroma de las rosas y el olor de los eucaliptos porque están impresos en mí, o en ese niño interior que todos llevamos dentro.

¡Gracias ciudad de La Laguna, te quiero y te querré siempre.  
Tu hija, Matilde!

## ***Un retazo de mi primera década***

### **Pilar Gómez Rodríguez**

Tengo entre los recuerdos de mis primeros años, los viajes con mis padres en el Coche de Meliá, conocido también por "coche de hora," que comunicaba la Ciudad de Las Palmas, en Gran Canaria, con los pueblos del interior de la Isla.

Vivíamos en uno de estos pueblos, hacia el N., hoy ciudad de Gáldar, y desde muy pequeña hacía esos viajes. Recuerdo que mi padre, cuando viajábamos en el citado transporte, llevaba un "guardapolvo", (nombre que yo no comprendía pues ¿cómo se guardaba el polvo?), también lo llevaban el chofer y el cobrador y algún otro viajero.

Y el cobrador iba en los estribos del coche, para cobrar el pago del viaje, y cuando se sentaba, lo hacía al lado del chofer. Los asientos eran paralelos al delantero del coche y todos seguidos. En los laterales tenía una cortinas enrolladas, que se soltaban en tiempo de lluvia o cuando por estar la carretera muy seca (no estaba asfaltada), había mucho polvo.

Fue la zona de Vegueta, mi primer contacto con la ciudad.

La ermita de S. Antonio Abad, la Catedral, el Teatro, Mercado con sus puestos de mercería en la calle, los kioscos del Puente de

Palo, junto a la cafetería " Polo", donde mis padres me llevaban a merendar chocolate con churros.

Desde el Puente de Palo, más de una vez vi correr el agua por el barranco Guinguada. Dicho puente unía la zona de Vegeta, la más antigua de la ciudad, con la comercial de Triana, con una urbanización más moderna.

Más arriba, había otro puente, con tres arcos, llamado Puente de Piedra, Este tenía cuatro estatuas, una en cada esquina, eran de mármol y representaban las Cuatro Estaciones. Me las enseñó mi madre, un día a la salida de Misa de la Catedral. Hoy los puentes ya no existen, pero las estatuas volvieron a ocupar las esquinas que se forman al cruzar la Avenida Guinguada, construida sobre el barranco.

Todo lo citado, estaba muy cerca de la Pensión de Dña. Catalina en la calle Montesdeoca, a donde íbamos temporalmente.

En la calle Mendizábal, al final, era donde se terminaba el trayecto del recorrido del tranvía eléctrico. La calle Montesdeoca termina en la de Mendizábal. Y desde la esquina, a mí me gustaba ver cómo el conductor, al llegar y ya parado, giraba el trole, para cambiar la dirección y hacer el recorrido en sentido contrario, es decir, hacia el Puerto, y cambiaba también los asientos que eran abatibles, así los usuarios iban siempre hacia adelante.

Y un día, y como siempre, con permiso de las personas mayores, que se hacían responsables del cuidado de mis hermanos pequeños cuando mis padres iban a sus quehaceres, (yo con siete años me consideraba mayor), pedí permiso para llevar de paseo por los alrededores, al hermano pequeño. Y antes de comenzar el recorrido, me fui a la esquina de la calle Mendizábal, pues oí llegar al tranvía, para ver realizar el citado cambio, llevando a mi hermano asido.

Y sin saber cómo, se soltó o lo solté. Tan entretenida estaba que no me enteré. Y cuando me di cuenta, ya no estaba. Se había marchado. Solo tenía dos años y no podía estar muy lejos. Lo llamé, le busqué por los portales y zaguanes de las casas cercanas a la Pensión, corrí por los alrededores, llegué a la plazoleta de S. Antonio Abad y ¡nada! no le veía, gritaba su nombre y no aparecía. No quería alejarme de aquellos alrededores que era lo que yo conocía.

Me vi ante una bajada, hacia el barranco por la calle Armas y otra calle en frente, llamada Los Portugueses (hoy Colón), Pero me parecía mucho andar con tan pocos años y en tan corto tiempo, y volví sobre el recorrido, pero me encontré con la Calle La Audiencia, que al subir por Montesdeoca, no la había visto, ya que es paralela a la de la Pensión, justo detrás. Y al principio de la citada calle, por el extremo opuesto al que yo estaba, allí le vi, sentado en



el pretil de la puerta de la primera casa, mirando a unas palomas que picoteaban el suelo.

Corriendo me acerqué, lo cogí en brazos y me "lo comí a besos".

Él me miraba con asombro, sin comprender la causa de esos besos y caricias y mucho menos, la de mi llanto.

Estaba muy cerca de la esquina de mi curiosidad. Él, al librarse de mi mano, seguramente se quiso volver a la Pensión, pero se encontró con el callejón de La Gloria, hoy Agustín Millares, y al llegar a la primera esquina, que es la citada Calle de La Audiencia, ya estaría cansado y se sentó en el pretil de la primera puerta. Y mirando las palomas se quedaría ensimismado y no oía que le llamaba.

Y ese fue mi primer gran susto (al perderlo) y mi gran alegría (al encontrarlo) en la primera década de mi vida

## ***Vivencias al lado del castillo***

**Raquel Campomanes**

Mi infancia transcurre en un lugar privilegiado porque mi casa estaba apoyada en uno de los muros de un gran castillo que habían construido los Templarios hace muchos años.

El patio donde yo jugaba con mis hermanos y primos, estaba rodeado por una muralla con almenas, cubos y saeteras en las que intentábamos encestar la pelota. Nos divertíamos viendo cómo las lagartijas se deslizaban por las ranuras de aquellas robustas y pesadas piedras y podían ver el castillo por dentro. Al igual que la hiedra que trepaba por los muros y también podía entrar en aquella inmensa fortaleza tan llena de misterios a la cual no se podía acceder.

Por la otra vertiente, los muros del castillo están protegidos por un gran barranco por cuya base discurre el río Sil. Y en esta ladera está la llamada "cueva de la mora", un oscuro y profundo agujero al que nos acercábamos con mucho miedo por lo accidentado del terreno. Estaba en un terraplén y daba mucho respeto porque según la leyenda el que entraba jamás salía. Allí estaban encerradas las bellas princesas moras robadas por los cristianos a sus padres, los sultanes árabes. Nos acercábamos a la cueva con gran sigilo y,

temblando de miedo, sin respirar, escuchábamos el llanto de las desdichadas princesas. Bueno, eso era lo que nosotros oíamos, un murmullo parecido a un llanto. Pero los mayores que no entienden de princesas, decían que era el ruido del agua del río porque aquella cueva era la bajada de los templarios al río para abastecerse de agua.

Por la noche yo subía al dormitorio atravesando un largo corredor paralelo al muro del castillo cuya balaustrada estaba apoyada en vetustas piedras que yo podía tocar. Y muy cerca, casi al alcance de mi mano estaban los torreones, matacanes y almenas por donde se paseaban los moros con su chilaba, su turbante a la cabeza y un gran mosquetón. Cantaban una canción muy monótona y muy triste porque estaban lejos de su país. A mí me gustaba mucho. Yo me quedaba extasiada escuchándoles; para mí eran personajes de los *cuentos de las mil y una noches* y estaban custodiando a una princesa. Era muy hermoso ver cómo la luna, que venía para no perderse el momento, bordeaba la cabeza del soldado y daba la sensación de una aureola. Un halo de misterio, romanticismo y esoterismo rodeaba el castillo.

Lo de soldados es porque hablo del año 1940-1944 y los moros estaban en el castillo custodiando un polvorín. Esto lo decían los mayores, que todo lo ven distinto a nosotros, los niños. Han perdido la memoria imaginativa. ¡Qué pena me dan!

Nada simboliza mejor a Ponferrada (León) que su castillo ni nada me recuerda tanto mi infancia en esta ciudad como la imponente fortaleza que se alza sobre los abismos del río Sil:

Bastión de monjes templarios  
fortaleza insigne de guerreros  
muros que acogisteis los aceros  
que protegieron al Bierzo de adversarios.  
Muros somnolientos, solitarios...

*Recuerdos de mis primeros años*

**Rita T. Domínguez González**

Cuando asomé la cabeza al mundo debí de encontrarme con la cara de la vieja comadrona que vivía al final de la calle, en donde el pueblo se difumina con las tierras de labor y pasto. Desde luego no la recuerdo, murió dos o tres años después de haber nacido yo pero supongo que sería ella la que me ayudó a salir del vientre de mi madre porque en el pueblo la única comadrona que había era ella. Mi madre decía que a pesar de sus malas pulgas era una buena mujer. Supongo que mi madre lo decía mas por caridad cristiana que por auténtica creencia en las virtudes morales de aquella mujer.

El pueblo en que nací, Telde, estaba lejos de todo, igual que estaba lejos de todo esta isla, un lugar propicio para el olvido y el destierro. Incluso mi casa, en el barrio de San Gregorio, parecía lejana de San Francisco y de San Juan. Por eso mi pueblo era mi casa; el huerto donde mi padre plantaba papas, coles, rábanos, habichuelas y millo; las tuneras que rodeaban buena parte del huerto; el estanque cercano de donde sacábamos agua para regar; el alpende donde se resguardaban las dos cabras, la Pepa y la Míguela; el gallinero y el patio.

Yo fui la primera de cinco hermanos y hasta que nació, varios años después, mi hermano tuvo por compañía a Leal, un perro enorme que solo temía a los rebencazos de mi padre. Quizá por eso nunca me atacó y fue paciente conmigo. Mi madre solía dejarme en el patio al atardecer, con la compañía de Leal, para que mi piel blanca se abrasara a los últimos rayos de sol que caían oblicuos. Alguien le había comentado que era bueno poner los niños al sol para evitar el feo color de la bilirrubina. Mi piel jamás llegó a alcanzar el color moreno de alguno de mis hermanos pero entre el sol, la brisa del aire y una alimentación sana se consiguió espantar alguna que otra enfermedad.

Fue una suerte nacer sana y vivir una niñez sin enfermedades complicadas porque en aquella época, carente de medios técnicos y médicos, la enfermedad y la muerte iban casi cogidas de la mano.

Un día descubrí que mi casa era algo mas que un patio, una huerta, una cuna junto a la cama de mis padres y una cocina. Estaba en el patio, cercada entre las macetas de geranios que mi madre regaba todas las mañanas y la pila de agua cuajada de culantrillo cuando levanté la vista y descubrí una ventana que asomaban por encima de la planta baja. El nuevo descubrimiento me llevó a otro, una escalera de madera comunicaba una planta con otra. Fue al intentar subir aquellos peldaños que se me hacían enormes cuando experimenté el vértigo, una extraña sensación de ahora estoy aquí

pero seguidamente voy a estar abajo porque acabo de perder el equilibrio solo de mirar hacia atrás. Caí y lloré. Debieron ser unos pocos escalones pero me dolió el golpe o el susto, en realidad no sé que fue peor. Mi madre salió corriendo de la cocina y me recogió del suelo. Mientras me arrullaba, decía palabras cariñosas y acariciaba mi diminuta cabeza. Creo que hasta ese momento no había comprendido lo que es sentirse segura y protegida en manos de una madre.

Hasta los cinco o seis años aquella casa era mi pueblo, mi isla y mi patria. Desconocía lo que hubiera tras los muros de mi hogar y poco me importaba la extensión y formas del mundo exterior. La llegada de mi primer hermano supuso una pequeña revolución en los hábitos de vida. De repente empezó a desfilar por aquellas paredes un montón de gente nueva a que no conocía. Yo seguía apegada a un rincón del patio, con la compañía de una muñeca de trapo y del fiel Leal, aunque mis juegos se extendían por casi toda la huerta, el alpende y el gallinero. Toda esa gente nueva venía a ver a mi madre y a mi hermano, una especie de nuevo miembro al que me dejaban ver hasta cierta distancia pero a quien no podía tocar bajo el pretexto de que era todavía muy delicado. Esas visitas incluían el saludar a la niña grande de la casa, curiosamente era yo, y decirme cosas del tipo "¡pero si ya tienes a una mujercita", "hay que ver que guapa va a ser esta niña", "¡cómo ha crecido esta muchacha!" y cosas por el estilo.

Yo sabía que llegaba visita cuando mi padre se llevaba a Leal y lo amarraba a una estaca situada junto a una palmera. En esos momentos un sexto sentido me decía que tocaba la hora de oír a mujeres regordetas con el traje de los domingos cantándome alabanzas. No entendía muy bien por qué pero casi siempre terminaban dirigiéndose a mi madre y preguntando si sentía celos. Yo no sabía que querían decir con eso pero con el tiempo he descubierto que mis sentimientos de aquellos días no eran los de sentirme desplazada por una nueva persona, eran mas bien los de estar intrigada por tocar al nuevo hermano y saber si su exterior era similar al de mi muñeca de trapo.

Mi vida cambió con la llegada de mi hermano José. A partir de entonces me llevaban los domingos a la iglesia de San Gregorio. No sé quién me hizo un traje blanco con un lazo en la espalda, lo recuerdo por alguna foto de aquella época, pero sé que era el que obligatoriamente tenía que llevar el domingo para la misa. Además tenía que ponerme unos zapatos de charol que al principio debían de quedarme grandes aunque a mí poco me importaba eso. Más incómodo me resultaron cuando pasaron los meses y aquellos zapatos parecía que encogían. Mi mundo, por tanto, empezó a expandirse por los alrededores de mi casa. Me causó impresión averiguar la cantidad de viviendas que había por las calles, la verdad es que no se me había pasado por la cabeza que hubiera más gente



en el mundo y que habitaran casas parecidas a la mía. La calle donde vivía bajaba desde el Valle de los Nueve hasta la plaza de San Gregorio, asfaltada con adoquines aunque carente de aceras. Gracias al buen hacer de las vecinas se adornaba con el colorido que transmitían las macetas de geranios, ficus, claveles y rosales.

En el buen tiempo el paseíto hasta la iglesia se hacía ligero y agradable. Mi padre caminaba junto a nosotros, siempre con su terno oscuro y sombrero en la cabeza. Mi madre sacaba sus mejores galas e iba cogida del brazo de mi padre mientras yo iba un poco a mi aire, al menos siempre y cuando me mantuviera a la vista. Mi hermano se quedaba en casa de una vecina, una de aquellas mujeres cargadas de críos que se dedicaban a amamantar a todo hijo de vecino por una módica cantidad.

El recuerdo de aquella iglesia se me antoja difuminado y confuso. Tenía que permanecer callada y quieta durante la celebración, levantarme cuando todos se levantaban, sentarme si los demás se sentaban y arrodillarme durante la consagración solo si había extendido antes un pañuelo en el reclinatorio del banco delantero. Mi madre, poco antes de que el sacerdote elevara a lo alto el cáliz y el copón, me hacía una señal y me daba un pañuelo bordado por ella misma que evitaba mancharme el blanco vestido. A mí todo aquello me resultaba un rito de gente mayor, una relación entre los hombres y Dios que se escapaba a mi entendimiento. El

sacerdote, no recuerdo su nombre, era un hombre más bien grande, de cara sonrosada y voz fuerte. Subido en el púlpito sermoneaba la lectura que poco antes había leído y a mí, levantando la vista, me parecía todavía más grande y transformado, por alguna fuerza divina, en un ser a medio camino entre Dios y el hombre.

Tras los primeros cultos decayó mi interés en las palabras de aquel hombre, palabras que por otra parte apenas entendía. Asistía a la celebración pero mis ojos se perdían observando cualquier cosa que llamase mi atención, ya fueran las espaldas de la gente, las formas del sagrario, el confesionario o los colores de la indumentaria del sacerdote. Divagaba entre las paredes de aquel recinto y mis actos se iban mecanizando. Un domingo se me fue el santo al cielo y me arrodillé sin haber cogido el pañuelo de las manos de mi madre. Al levantarme miré hacia la zona de mis rodillas y descubrí dos manchas oscuras que, por más que intentaba sacudir con disimulo, se habían adherido al vestido. Mi padre, siempre con un rictus de seriedad en su rostro, se limitó a mirarme y no hizo nada hasta que llegamos a casa. Todavía, y han pasado más de cincuenta años, tengo la impresión al recordarlo que la oreja derecha me hierva tras estrujármela y bramar que la próxima vez que manche el vestido me iba a dar una paliza. El pensamiento de culpa me abordó y pensé que lo tenía bien merecido por no haber prestado atención a las palabras del cura. Dios, capaz de verlo todo,

me recordaba a través de la oreja maltratada que no había sido una niña buena y mi padre se había limitado a actuar como un ángel vengador de los designios divinos.

El paso del tiempo llevaba a ensanchar los horizontes donde me movía. Empecé a acudir al Colegio Nacional donde me daba clase doña Isabel Casañas, una maestra magnífica de quien guardo un recuerdo entrañable. Era lo que se decía antes "toda una señora", un compendio de buen hacer y sabiduría capaz de desvelar los misterios más insolubles. Vestía siempre de negro y me parecía una mujer elegantísima; su toquilla, sus guantes, su bolso, su finura al caminar, su sonrisa tan llena de ternura, su manera de enseñar. Toda ella era para mí la cima de la perfección y decidí que cuando fuera mayor iba a ser como ella, una buena profesora.

Quien me enseñó a leer y escribir fue mi madre que con enorme paciencia iba señalándome en un viejo libro de gramática el significado de todos aquellos signos situados sobre una línea negra. Mi padre fue el encargado de enseñarme las primeras sumas y restas, ¡qué menos podía esperarse de un hombre metido en el ámbito de la contabilidad!, pero quien me inculcó el amor a la lectura fue doña Isabel. Había clases en que nos leía algún relato y tenía la impresión, solo con el sonido de sus palabras, sus pausas y la entonación dada a las frases, que las situaciones que narraba me pasaban a mí. Oyéndola me convertía en una de esas princesas maravillosas,

buenas y hermosas que esperaban la llegada del príncipe. Claro que lo de ser princesa tendría que esperar a cuando creciera y me hiciera mayor, antes tenía el encargo de cuidar de mi hermano. Así fue como me convertí en una segunda madre para José; le daba de comer, le limpiaba el pompis cuando hacía caca, lo arrullaba en la cuna y le contaba cuentos para que durmiera. En cierta forma ejercía de profesora con mi hermano, igual que doña Isabel lo hacía conmigo.

Mi padre, viendo el interés que tenía hacia la lectura, fue adquiriendo algunos libros de segunda mano que compraba en una librería cercana a la calle Triana, en Las Palmas. Debido a mi buen comportamiento (entiéndase por ello el ayudar a mi madre a cuidar a mi hermano, comerme toda la comida y el sacar buenas notas en clase), fui descubriendo las novelas de Julio Verne, Emilio Salgari, R. L. Stevenson y la de Dumas. A estas lecturas se sumaban otras que doña Isabel me prestaba y yo devoraba con incansable avidez. Como la lectura no era muy numerosa me dedicaba a releer y no por saber el final dejaban de fascinarme todas aquellas aventuras impresas; *La isla del tesoro* recuerdo haberla leído al menos en cuatro ocasiones aunque fue *Veinte mil leguas de viaje submarino* la que se llevó la palma con siete relecturas. Todavía hoy en día sigo sintiendo mas admiración por personajes ficticios de la talla del

capitán Nemo o el Conde de Montecristo que por actores de carne y hueso tan renombrados como Harrison Ford o Robert Reford.

El Colegio Nacional era de una sola planta con un patio interior grande donde jugábamos durante el recreo. Se había habilitado una pequeña vivienda para doña Isabel en la parte alta de las clases y un profesor, don Juan José, se dedicó a plantar papayeros en un lateral del patio. En aquél patio aprendí a saltar a la comba y a jugar a las casitas. Allí tuve mis primeras amigas, especialmente Teresita, una muchacha guapetona y menudita que con el tiempo se convirtió en mi mejor amiga.

Algunas tardes, a la salida del colegio, mis padres pasaban a recogerme y nos íbamos al parque León y Joven (no sé si hoy en día conserva ese nombre), seguíamos hasta la Rocha y terminábamos en las tapias del cementerio de San Gregorio. Mi padre sacaba de una bolsa un puñado de papas pequeñas para asar y, juntando unas piedras, me mandaba a recoger ramas. Después, sobre un trozo de tela metálica y tras prender el fuego, se ponía a asar las papas. Enseguida aparecía el señor enterrador con una botella de ron en una de las manos y dos vasos pequeños en la otra. Me encantaba verlos reír y gritar al coger las papas ardiendo y ver como saltaban las papas entre las manos al intentar pelarlas. El señor enterrador siempre se quejaba de que llevaba una vida muy solitaria y mi madre le aconsejaba que buscara una buena mujer entre las gentes del

pueblo. No, doña Concha, solía decir, que la gente de aquí es muy supersticiosa y no quieren saber nada de vivir con un entierra muertos.

Ya fuera por el calor de las papas, el ron o la compañía, el señor enterrador empezaba a cambiar el rostro por uno más alegre, así hasta que el anochecer amenazaba con instalarse y mis padres daban por terminada la visita. La despedida siempre era del tipo: "vuelvan cuando quieran, ya saben donde tienen su casa", y mi padre le contestaba con cierta chanza: ¡"váyase al carajo cristiano, menudas ganas que tiene de enterrarnos."! Mi madre intentaba medio en broma taparme los oídos pero yo, la verdad, no entendía muy bien a que se referían con esos comentarios.

Por la época en que cumplió mi hermano José los tres años los horizontes de mi vida se ensancharon y el motivo estuvo estrechamente ligado con la visita a la isla de un hermano de mi padre procedente de América. ¿Dónde está América?, Pregunté a mis padres. Lejos niña, muy lejos. ¿Mas lejos que Las Palmas? Sí hija, más lejos.

De aquel lugar lejano trajo mi tío una cámara fotográfica, un armatoste maravilloso capaz de retratarnos a toda la familia en blanco y negro. En las semanas en que estuvo con nosotros recorrimos los alrededores de Telde, cámara en mano, retratando el paisaje circundante. Más de cincuenta años después todavía

recuerdo la impresión producida en una de aquellas excursiones al observar, con todo el asombro que cabe en una niña de ocho o nueve años, el paisaje abierto y hermoso que se abarca desde lo alto de la carretera que llevaba hasta Agüimes. Ante mí se extendía la bahía de Gando y el lazareto. Pero lo que más me impactó fue aquella masa azul celeste de la que tanto había oído hablar a través de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Forcé la vista buscando algún velero, barco pirata o a mi admirado submarino Nautilus, por si emergía del interior de las aguas. Por más que miraba no dejaba de maravillarme toda aquel enorme manto de agua que se perdía a ras del horizonte. Estaba extasiada con aquella visión. Mi padre, señalando unas pistas de tierra, me dijo solemnemente que desde allí despegaban y aterrizaban aviones, unos aparatos que iban por el aire volando y llegaban a sitios lejanos. Aquél día no tuvimos la suerte de ver un avión pero, como un tesoro, guardaré siempre en mi interior la impresión causada al ver el mar.

Días después pude tocarlo por primera vez. Había un vecino de la misma calle que tenía un camión con el que transportaba tomates y fruta desde el pueblo hasta los muelles de Las Palmas. Encajonada en la cabina dejamos atrás Telde pasando por el puente de los siete ojos, bordeamos los palmerales de Jinámar y terminamos atravesando el túnel de la Laja. El camión paró en un pequeño recodo de la carretera y tras bajar eché a correr hacia la playa

solitaria. No fueron los gritos de mi madre ni las amenazas de mi padre los que me detuvieron sino el rugir del mar contra las rocas. Quedé quieta y el olor marino me embargó hasta sentir el escalofrío de una ola que me cubrió los pies. Al mirar hacia abajo seguí su movimiento de avance y retroceso, un rítmico bamboleo que viene y va desprendiendo aromas de sal y sonidos de océano. Miré hacia atrás, vi a mi padre acercándose y antes de que me abofeteara me agaché para que el mar acariciara las palmas de mis manos.

Debió ser el canto de las sirenas o bien los efectos relajantes que transmite el océano, el caso es que en lugar de pegarme por echar a correr y mojar los zapatos mi padre me tomó en sus brazos, me acercó hasta donde la marea no llegaba y con enorme cariño me los quitó y los puso a secar sobre una gran roca. Él, tan propenso a guardar las distancias y tan poco amigo de las bromas, escondía en su interior un corazón tierno y capaz de algunas delicadezas. Fue allí, en aquella playa estrecha y cercada de grandes lajas, donde me dijo que pronto iba a tener un nuevo hermanito.

Poco después nos mudamos a Las Palmas, concretamente a la zona de las Alcaravaneras, una casa terrera desde la que se podía ver algo del mar si nos asomábamos a la azotea. Mi padre había encontrado trabajo como contable en una consignataria instalada en las cercanías del muelle Santa Catalina, con un sueldo más desahogado, a lo que había que sumar las ganas de mi madre por



dejar Telde y volverse a Las Palmas, en donde había nacido y vivían mis abuelos y tíos.

La mudanza fue sencilla. Nos llevamos unos baúles con nuestra ropa, unos cuantos libros de mi padre y unos pocos enseres que se habían comprado durante nuestra estancia en Telde. La casa era de alquiler, muebles incluidos, por lo que no había mucho que llevarse. El vecino del camión se encargó de transportarlo todo y a cambio se quedó con las dos cabras, la Pepa y la Miguela, mientras las gallinas y los dos o tres conejos que criábamos fueron vendidos a una granja cercana.

El último día lo pasé fatal. Me despedí llorando de doña Isabel y sé que ella también lloró mi marcha. Buena prueba de su cariño y amistad resultó el libro que me regaló: *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, una preciosa edición magníficamente encuadernada que aún conservo como oro en paño. Esté donde esté no dejo de agradecerle a la vida el haberla conocido.

Tampoco fue fácil despedirme de Leal, el perro que fue lazarillo y mascota de mis primeros años. Hasta le escribí una poesía y se la recité acariciándole el lomo. Podía muy bien haberse venido con nosotros pero mi padre, viendo el apego que yo sentía por el animal y los achaques que ya tenía por la edad, decidió que era mejor que yo no viera sus últimos años o quizá solo meses de vida.

Teresita, curiosamente, se había mudado unos meses antes a una casa cercana a la cala del Lugo, al final del paseo del mismo nombre. Con ella proseguí mi amistad en infinidad de tardes paseando juntas por las arenas rubias de la playa de las Alcaravaneras, cuando el muelle apenas ocultaba el mar abierto.

Repasando lo vivido me doy cuenta que, involuntariamente, me desplazé del campo a la ciudad, de vivir tierra adentro y degustar los olores de la tierra húmeda a respirar los aromas del salitre que desprende el mar al llegar a la costa. Después de tantos años en ocasiones echo de menos la huerta, el patio y el contacto con los animales. No sé si es una vuelta a los orígenes, a esa pequeña parcela de tierra en donde mis piernas dieron sus primeros pasos, o es sencillamente nostalgia de la niñez. En cualquier caso mi pueblo era más o menos lo que he contado: los geranios, los libros, el sonido de la lluvia en las tejas, los ladridos de Leal, la leche recién ordeñada de las cabras, el gallo que cantaba al amanecer, las escaleras que comunicaban un piso con otro, las tuneras y sus espinas, mi padre regando el huerto cuando volvía del trabajo o mi muñeca de trapo. Todo esto era mi mundo, mi isla y mi pueblo. El resto, llámese plazas, iglesias, calles o edificios no son mas que obras de otros, mas o menos bonitas, pero un tanto ajenas a mi verdadero pueblo interior.

## ***Redescubriendo la ciudad***

**Rosa M.<sup>a</sup> Rodríguez González**

Valleseco, municipio situado en la vertiente norte de la isla se extiende desde los 1.771 metros de altitud en los Moriscos, vértice en el que confluyen varios municipios, hasta los 600 metros en su parte más baja, por aquí limita con Firgas. Al este queda Teror, al sudeste la Vega de S. Mateo. Siguiendo los Riscos de Chapín hasta los Moriscos aparece Tejeda, ya en el sudoeste. Por último, hacia el oeste, y desde la mencionada cumbre, se encuentra Moya.

Compuesto por los barrios de Lanzarote, Zumacal, Valsendero, Madrelagua, y algunos caseríos más. En mi infancia se accedía a ellos sólo por caminos reales. El medio de transportar víveres y demás se hacía con animales de carga: las mulas y los burros. También estaba "el coche de hora", que hacía un viaje a Las Palmas de G.C., la capital, cada día. Cuando llegaba por la tarde, recuerdo que tenía dos paradas, una delante de la iglesia y otra a la salida del pueblo donde estaba el garaje. Antes había chófer y cobrador, y éstos, al bajar los pasajeros, nos dejaban subir, a nosotros los pequeños, hasta el garaje, para nosotros era una diversión.

De mi infancia recuerdo que a la entrada del pueblo había una gran huerta de árboles frutales con una fuente en el centro. La huerta

estaba muy bien cuidada. El propietario era el médico del pueblo. La huerta tenía las ciruelas, peras y manzanas más hermosas, lo que daba lugar a que la juventud de entonces se le fueran los ojos; entraban a robar la fruta. Como esto pasaba todos los años, el médico hartado, decidió inyectar la fruta con un producto, de modo que cuando alguien la comía le producía unas diarreas tan grandes que se veía obligado a ir a su consulta así él sabía quien le robaba la fruta.

El centro del pueblo se asienta alrededor de la Iglesia, construida entre los años 1887 y 1898.

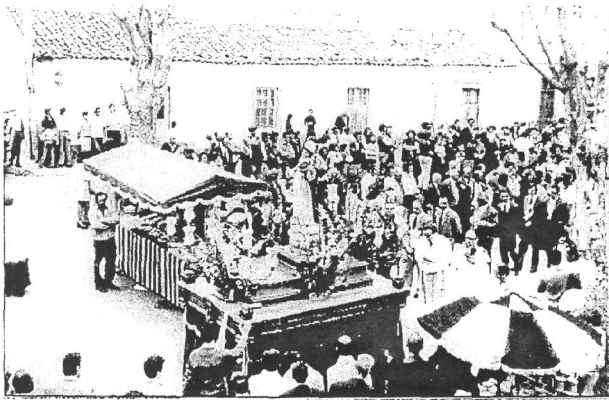
El parque ocupaba el mismo espacio que el actual, pero el centro ahora está reformado. Antes era de picón con una fuente en el centro y muy cerca un enorme pino y un castaño. Al llegar el otoño todo el que pasaba por allí tiraba los erizos del castaño y se comía las castañas, y así como éstas no llegaban hasta el alcalde, éste lo mandó quitar.

Las casas en su mayoría eran terreras con patios interiores y techos de teja.

Recuerdo como jugábamos a las casitas. Con piedras pequeñas hacíamos paredes de hasta medio metro formando unas casitas como las de verdad.

Recuerdo los inviernos tan largos que teníamos nueve meses de lluvia y en diciembre no veíamos el sol. Cuando llegaban las

primeras lluvias mis amigas y yo nos divertíamos jugando descalzas en los charcos, luego se nos hinchaban los pies y por la noche llorábamos porque nos picaban mucho. Con la lluvia crecía mucho la hierba y mi madre me mandaba cogerla para las gallinas, al mismo tiempo hacía ramilletes de violetas muy abundantes en aquella época.



Procesión de San Vicente. Junio de 1970

Los dos meses que teníamos de verano eran extremos como el invierno, con muchísimo calor. En estos meses el pueblo se animaba bastante. Con las vacaciones llegaban muchos veraneantes, que le daban vida. Por las noches como hacía mucho calor, jugábamos al escondite corriendo por todo el pueblo.

La economía era y sigue siendo aún eminentemente agrícola y ganadera. Recuerdo cuando iba a una vaquería a tomar la leche recién ordeñada con gofio.

Este es el pueblo donde nací. En la actualidad ha mejorado muchísimo.

## *Pasajes de mi niñez*

**Rosario Bermúdez Rodríguez**

Son muchos los recuerdos que vienen a mi mente y me cuesta trabajo seleccionar alguno, puesto que, todos los que recuerdo suponiendo que sean aproximadamente hasta los diez años, fueron muy buenos, entonces empezaré a recordar, por ejemplo:

*Mi Primera Comunión en los Salesianos:* Por aquella época la comunión se tomaba a edades muy tempranas, seis o siete años, resulta casi imposible recordar como me sentía, pero, sin embargo, no se me ha podido olvidar la procesión del *Corpus Christi*, en aquellos momentos no se libraba nadie, creo que todavía me duelen los pies; era un largo recorrido por Ciudad Jardín y parte del Barrio de Lugo con zapatos nuevos, cuando llegué a mi casa recuerdo que tenía los pies pegado a los zapatos, luego vino el corte de los tirabuzones y del vestido para que me sirviera para ir a Misa los domingos y fiestas de guardar a la que ya nos veíamos obligados, complementándolo con la Mantilla Canaria.

Otro recuerdo de mi niñez, que no puedo pasar por alto ya que lo tengo muy presente, es el barrio de Las Alcaravaneras, al que mi familia se mudó cuando yo tan sólo contaba con tres añitos. Yo nací “fuera La Portá” y al cambiarnos al citado barrio en aquélla época

(1936), fecha sobradamente conocida, fue como un destierro, según contaba mi madre. Yo era el número seis de los hermanos y es obvio decir que para mí es como si hubiera nacido en el mismo y creo que merece un punto y aparte.

Barrio de las Alcaravaneras, 1936: este barrio, a pesar de contar en aquel momento con sólo seis calles verticales partiendo de la calle Valencia y cuatro horizontales desde la calle León y Castillo, ha sido uno de los barrios, yo diría que el único que por las circunstancias ha crecido comercialmente y lógicamente también en dimensión. Toda la parte alta eran gigantescas montañas de arena, donde solíamos jugar a la salida del Colegio de don Antonio Ojeda, (Colegio Arenas), el cual estaba enclavado en la citada arena, en un llano; era un colegio mixto, en aquella época creo que era el único; en mi misma calle de Blasco Ibáñez, se encontraba el Colegio Antúnez, del que recuerdo tenía bastante historia por la época, en la que no voy a entrar por ser de sobra conocida, allí iban mis hermanos.

En este barrio a pesar de ser tan pequeño, todos sus habitantes vivían en casas terreras y de propiedad, contaba además con tres grandes fábricas; la de las Galletas Tamarán de don Luis Correa Medina, la de los Cigarrillos Cumbres la de la Fedora y la Tintorería París; ni que decir tiene que en el barrio no faltaba trabajo, recuerdo que todo el mundo trabajaba en las mismas; la Tintorería con su



silbato recordaba las horas de entrada y salida de sus trabajadores y se oía, incluso, hasta en el Puerto, según la dirección del viento. Y hablando de silbato o pito, no puedo pasar por alto la popular Pepa, aunque yo era pequeña, recuerdo a la gente que se mataba corriendo por aquellas calles abajo cuando oían el citado pito.

Un poco más tarde, no sé por qué motivo, en Las Arenas acampaban muchos moros con sus familias y sus tradicionales tiendas de campañas para diversión de la chiquillería ya que no les dejábamos en paz.

También había un cine muy conocido en Las Palmas, era el Cine Goya y el Cuartel de Tiradores de Ifni.

Por último, la Playa, la tan discutida Playa de las Alcaravaneras, de la que guardo muchísimos, muchísimos recuerdos con su Avenida, donde ya íbamos a "mociar".

Estos son unos muy buenos recuerdos de mi niñez de la que no borraría ni un ápice.

## ***Parque de San Telmo***

**Rosario Bordes Benítez**

Un rincón de mi infancia fue el Parque de San Telmo. Viví junto a él y con el paso del tiempo ha sufrido algunos cambios. El mar llegaba donde está hoy la Estación de guaguas. Había una avenida con bancos cara al mar. Los muros que la bordeaban tenían una piedra muy erosionada por los efectos de las olas. Muchos iban cuando el mar estaba “furioso”, para salir corriendo al saltar la ola,.

Vi el inicio de la construcción de la Avenida Marítima. Se comenzó hacia el Sur por lo que era el Muelle de Las Palmas, donde estaba la estatua de D. Benito Pérez Galdós. Por cierto, un día de mar alborotado, vino una ola enorme y se llevó grúa, camiones y hombres. No recuerdo si hubo víctimas, pero me impactó mucho y cada vez que hoy veo las olas saltar, recuerdo la escena.

El parque seguía rodeado por el mar por la calle Francisco Gourié. Donde hoy están instalados los juegos infantiles, había una especie de plaza en alto, con escaleras por los cuatro costados. En el centro había arena, pero un bordillo las separaba de las baldosas por donde se podía pasear. Muchas veces jugábamos a recorrer todo el bordillo haciendo equilibrio. Este solar pertenecía a la parroquia de

S. Bernardo para construir una nueva. Gracias a dios nunca se hizo y podemos conservar la artística ermita que fue de los pescadores.

La parte de Triana ha tenido menos variación. Falta el kiosco de la música, tan polémico desde hace algunos años, donde tocaba la Banda los domingos. Debajo había un bar que colocaba mesas y sillas en el exterior y donde muchos tenían sus partidas de dominó y ajedrez.

Hacia el centro del parque había una gran fuente, al menos yo la veía así, pero que yo recuerde nunca funcionó. Era de cantería con una gran columna del mismo material en el centro y por donde se suponía salía agua. Era curiosa, pues tenía varios escalones por diferentes sitios para subir hasta donde estaría el estanque y allí jugábamos. Nuestros juegos eran saltar a la soga, el escondite, el perrito agachado. Los niños también jugaban al tirarse las “perinolas” que caían de los enormes ficus. En aquella época había poca bicicleta, patines, etc.

Otra característica del parque era el “banco de los vagos”. Es un saliente adosado a todo lo largo de la fachada de la iglesia que da al parque y donde se sentaban muchos jóvenes que empezaban a estudiar comercio, perito, etc.

Las golosinas las comprábamos en unos carrillos que se conocían con los nombres de los colores por los que estaban pintados. Uno el azul y el otro el verde. El primero estaba situado en

la entrada del parque junto al kiosco de la prensa. Su dueño era Bernardo siempre con su boina y creo que era peninsular. El verde estaba más hacia la fuente y era su dueño un matrimonio bastante cascarrabias tenían los dos carrillos unos pirulís riquísimos de fresa y menta con forma de cono y envueltos en celofán. Los chupábamos hasta que la punta se iba afilando y nos hacía daño en la lengua. Otra cosa buenísima era el regaliz. Yo casi sigo conservando ese sabor y cuando pruebo algo de los de ahora me sabe fatal. Claro, no había conservantes.

Cuando ya llegamos a la edad del “pavo” nos íbamos a pasear a Triana. La acera de la derecha hacia Vegueta, era la de las pandillas, donde se empezaba a tontear con el sexo opuesto. La otra acera era más tranquila. Iban los matrimonios o gente mayor.

Con los años sesenta todo cambió.

## ***Mi infancia en Guanarteme***

**Soledad Deogracias Gómez**

Nací en Guanarteme hace cincuenta y nueve años, mi niñez fue bonita pero con anécdotas muy extrañas para una niña de ese tiempo.

Me enojaba mucho cuando me decían negra, pero tuve unos padres maravillosos: me hicieron comprender que entre negros y blancos no había diferencias como seres humanos y nos decían que Dios quería tanto a los negros como a los blancos.

También me acuerdo que cuando era pequeña jugaba con los niños, ya que si jugaba con las niñas terminaba llorando porque mi madre me pegaba, ya que las niñas le llevaban cuentos.

Me acuerdo mucho que en el año 1952, ese día empezó con un viento muy fuerte, nuestros padres, ya que éramos dieciséis chicas de once o doce años, creían que el viento nos había arrastrado hacia el mar, pero qué sorpresa cuando nos encuentran en la playa jugando con una pelota de trapo y nosotros no teníamos ni idea de lo que estaba pasando, pero la paliza nadie nos la quitó.

Otro recuerdo que tengo es de cuando estaban haciendo las carreteras en Guanarteme: los obreros abrían las zanjas de día y nosotros las tapábamos de noche, bueno, las llenábamos de tierra otra vez para que esos hombres no se quedaran sin trabajo. Es que la

novia de uno de ellos nos dijo que cuando terminaban se lo llevaban para otro sitio.

Otra de las cosas que esta pandilla hacíamos en Guanarteme donde estaban todas las factorías y mucha gente no tenía nada para comer, nosotros esperábamos los camiones de pescado, nos subíamos y tirábamos algunos para luego partirlos en pedazos, y así comía mucha gente. En Guanarteme éramos todos una gran familia.

Esto ocurrió en el año 1950.

***Mi infancia***

**Venancio Monzón**

Sí, cuánto encierra esta palabra, cuántas historias podrían contarse a partir de esta bella palabra, pues sí, para mí esta palabra tiene mucho romanticismo.

Corrían los años 50 cuando yo era sólo un niño, pero qué niño, bastante travieso por cierto, pero ya a esa edad intentaba vivir a tope como hoy aún sigo practicando.

Entonces vivía en el barrio costero más bonito y romántico de Las Palmas de Gran Canaria, sí, San Cristóbal era mi barrio, era un barrio limpio y ruidoso, por lo menos así lo recuerdo yo, la calle principal del barrio era la arteria principal de carreteras para desplazarse a la zona sur de Gran Canaria, era un largo barrio que ya entonces tenía de casi todo, su pequeña iglesia con su plaza, no era de ningún estilo clásico digno de recordar pero sí era muy entrañable, donde los vecinos iban todos engalanados con sus mejores ropas de los domingos a la santa misa, casi todos nos conocíamos y los mayores de entonces se paraban en la plaza para charlar de sus problemas o alegrías. La sociedad de bailes, que entonces estaba ubicada en la calle Santiago Tejera, que al mismo tiempo era la carretera del Sur-Las Palmas. Las tiendas de ultramarinos que había a lo largo de la calle y, como no, la tienda

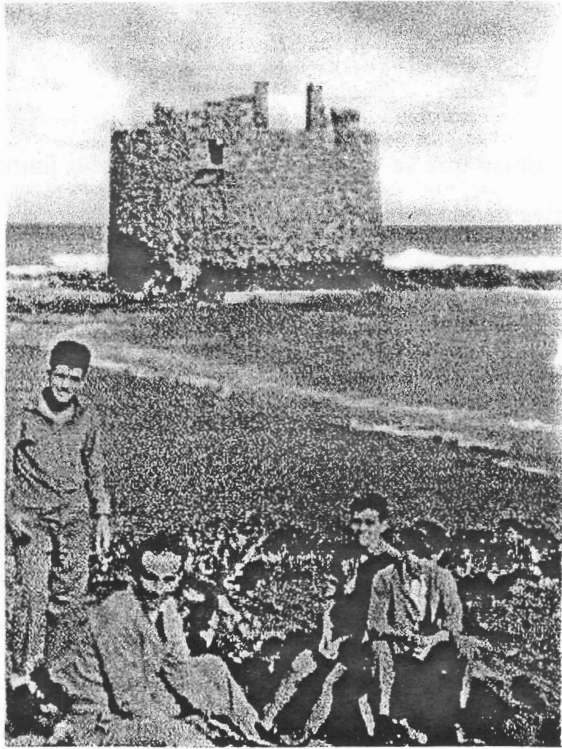
principal, la de Juanito Viera, que por cierto uno de los hijos de aquel momento ya era muy bueno dibujando y pintando, terminó emigrando a París, pues aquí no lograba hacer fortuna, hablo de Julio Viera .

También recuerdo cómo por las noches, las barcas se hacían a la mar (creo que le llamaban petronar) a estas barcas, pues disponían de dos grandes farolas una a cada lado, no sé si de petróleo o azufre, en cualquier caso, resultaba muy romántico entonces; por las mañanas sacaban el chinchorro, o sea, tiraban de las redes por unas largas sogas, entre diez o veinte personas de ambos sexos pero mayoritariamente eran hombres y algunos niños como yo ayudábamos y luego nos compensaban con unos kilitos de pescado muy frescos.

Y cómo no hablar de nuestro castillo de San Cristóbal, que servía de recreo y desafío para nosotros los niños, hacíamos nuestras guerras, unos arriba del castillo defendiéndolo y otros desde abajo, por las rocas, atacando a pedrada limpia, así se decía en aquella época.

También recuerdo de aquella época y casi al amparo del castillo y aprovechando la pleamar, cómo llegó una galera preciosa, parecida a la Niña o La Pinta, que fondeó muy cerca del castillo para cargarse de provisiones en general y de muchos sacos de papas y otros tantos de gofio en particular, ¡hermosa estampa la de aquel barco!





Dentro de lo malo de aquella época, que era de hambre y de miserias, los niños vivíamos con alegría y con muchas ansias de vivir.

## ***Recuerdos de la niñez***

### **Cualquiera (Anónimo castellano)**

Érase que se era una vez un muchacho llamado *Cualquiera* en la aldea donde nació.

Cualquiera tenía allá en la penumbra recóndita del subconsciente recuerdos lejanos de su infancia.

Unos los intuía en la lejanía del olvido, solían ser los considerados como alegres; otros, para pena suya, seguían latentes en su mayoría con plena pujanza en su memoria.

Cualquiera recordará la postguerra española en el pueblo lejano que le vio nacer (que fue el que le tocó vivir por su edad), para rememorar un momento y un lugar de su infancia.

No podrá el relato atenerse literalmente a la sugerencia planteada en lo que respecta a la experiencia grata, pues no recuerda ninguna que pueda ser considerada como tal.

Vio la luz por primera vez en una casona vieja propiedad de la familia paterna, situada en un lateral de la plazuela central del pueblo, donde estaban situadas las viviendas de parte de la gente principal: como el alcalde, el juez o el maestro.

Desde todas ellas se veía el único árbol existente en el pueblo, seguramente un roble, que esparcía su sombra sobre una amplia

superficie y que abarcaba un buen espacio del centro de la plaza; tal era la espesura de su ramaje y la frondosidad de sus hojas.

Este árbol deba cobijo y sombra a la gente en verano, donde se sentaban los mayores a reposar su cansado y sudado cuerpo, tras los quehaceres diarios; mientras, los pequeños jugaban con lo que podían, como el peón, las chapas o el escondite; en ellos no intervenía ningún elemento que constituyera gasto económico alguno, debido a la escasez de aquellos años.

Los mayores con “autoridad”, el cura, el médico, el secretario, el alcalde, el juez, el maestro y algún otro cultillo residente en la capital, debatían distraídamente a su sombra sobre “vete tú a saber” qué cosas; pues los niños bastante tenían con intentar distraerse con sus juegos.

Le viene a *Cualquiera* a la memoria en primer lugar la escuela, situada al lado de su casa y del frontón, y sobre todo el maestro; no sabe si él imponía respeto y temor, o más bien, es que era de ánimo pusilánime; aunque por los recuerdos debió ser más lo primero.

Recuerda nítidamente el día que comenzó su hermano *Quienquiera* a acudir a las clases; como no estaba aún en edad escolar, le puso el maestro de vigilante con la consigna de dar un palo al que se moviera; estaba cualquiera escribiendo en su cuaderno, cuando sin previo aviso sintió un fuerte golpe en la cabeza que le dejó momentáneamente sin conocimiento, se le cayeron dos

lagrimones enormes y lleno de rencor le amenazó con esperarlo a la salida; tuvo suerte, ya que la cercanía de la escuela a su casa lo impidió al encontrar a su madre en la puerta.

Otro suceso que se le quedó grabado de la escuela fue que el maestro solía ponerse a saltar sobre la tripa de los niños cuando hacían algo mal, al saberlo la madre, se lo recriminó y dejó de hacerlo.

Un día cercano a su quinto cumpleaños, sus padres le dijo a los hermanos que su tío iba a llegar al pueblo y les iba a traer caramelos: les entró a todos tal ansiedad, que no durmieron por las noches hasta la llegada del ansiado tío, pues no habían probado ni conocido hasta entonces ninguno al natural.

Por fin llegó el momento, dio caramelos a todos menos a él, pues según comentó, estaba malito y a lo mejor le sentaría mal.

Cualquiera no puede describir con imparcialidad lo que sintió, sólo sabe que no lo ha olvidado, aunque sí al menos la angustia y la sensación de ser un ser marginal carente del más mínimo derecho a cariño por parte de nadie.

En la trasera de la casa de *Cualquiera* había una pendiente que desembocaba en una plazoleta menor en la que estaba la iglesia del pueblo (posiblemente de estilo gótico) y por encima de ella al final del camino, se encontraba la casa del médico; era la más lujosa del pueblo y estaba situada en un altozano desde donde se veía toda una

vasta meseta poblada de tierras labradas, en las que en invierno se mezclaba el verde con el amarillo chillón de los girasoles; y en verano quedaba el amarillo tenue de los campos yermos tras la época de la siega.

En lontananza se vislumbraban las casas de los pueblos cercanos y las torres de sus iglesias.

Acudía, por aquel entonces, *Cualquiera* con asiduidad a la casa del médico debido a la fragilidad de su salud; llegó un momento en que estuvo al borde de la muerte en la que tuvo una experiencia en su tránsito pero que no contaba por causarle gran desazón.

Se entrevé en lo expuesto hasta ahora, que en su casa se pasaba necesidad a causa de la postguerra; así recuerda *Cualquiera* que en los fríos inviernos castellanos con grandes nevadas solían salirle sabañones en los pies con grandes picores, el padre los llevaba al médico en brazos para que les curara y solían tardar todo el invierno en curar. Esto era debido, en parte, a que andaban en alpargatas muchas veces rotas por el prolongado uso sobre charcos y barrizales.

A veces la cena consistía en una sopa de ajos y, en ocasiones, tomaban una sardina después. La merienda solía consistir en pan untado con nata o con aceite.

No desea *Cualquiera* cansar más al lector con sus penurias, pero al ser la primera vez que se ve en la necesidad de recordar su

pasado, percibe que le ha servido de remembranza de aquellos años que ya no volverán.

Así se siente más unido a su triste pasado y a la edad en que se forja el carácter que le va a servir en el futuro de núcleo central de su personalidad.

Pero sobre todo, le une más a los suyos a aquellos que le dieron el ser y todo lo que poseían en aquel momento.

P. D. Lo narrado está extractado de un libro sobre horrores, *Cualquiera* no recuerda al autor, pero Sigmund Freud (en lo profundo de su psicoanálisis), a su lado, era un ATS.